

PASOS  
DE UN  
PEREGRINO  
SON  
ERRANTE

*Lasanche*

UNMSM-CEDOC



PASOS DE UN PEREGRINO SON ERRANTE...

UNMSM-CEDOC

LUIS ALBERTO SANCHEZ

PASOS DE UN PEREGRINO SON  
ERRANTE...

(Antología 1919 - 1968)

SELECCION Y PROLOGO DE JORGE PUCCINELLI

L I M A

1 9 6 8

UNMSM-CEDOC

IMPRESO EN EL PERU

UNMSM-CEDOC

Pasos de un peregrino son errante  
cuantos me dictó, versos dulce musa:  
en soledad confusa  
perdidos unos, otros inspirados

GONGORA. *Soledades, Dedicatoria  
al Duque de Béjar*



No podemos improvisar el proceso de nuestra naciente cultura americana, ni asustados de su caos, del carácter tumultuoso que toman la vida colectiva y las ideas de estas sociedades en formación, asumir ante ellas el aristocrático aislamiento de algunos estetas. Mejor es comprender. Si hay algo de dramático en la misión del escritor en estos pueblos que, más que bellas frases, parecen demandar las máquinas del ingeniero o las grandes botas del "pionner", es que, como ellos, también estamos descubriendo, trazando, explorando; tratamos de crear un Universo moral, una conciencia de perduración que nos eleve del estado de Naturaleza al estado de Cultura.

Mariano Picón Salas

*Cuarenta años de magisterio universitario constituyen ocasión oportuna para reunir estos Pasos de un peregrino. . . que quieren reflejar en forma antológica los principales aspectos de la caudalosa producción de Luis Alberto Sánchez, constituida por numerosos libros de crítica y de historia literaria, biografías noveladas, ensayos, obras históricas, crónicas de viaje, memorias, estudios sobre problemas universitarios, tratados didácticos, antologías, traducciones, prólogos, notas varias, recensiones bibliográficas y artículos periodísticos.*

*El título de la presente antología, con reminiscencias de Soledades gongorinas, alude a la condición de desterrado político que abarca prolongados lapsos de su existencia, signa indeleblemente su obra con el fatum del proscrito y del combatiente y alienta una vocación de viajero que ha prolongado su magisterio y su prestigio de conferenciante y de escritor a numerosas universidades del orbe.*

*La existencia de Luis Alberto Sánchez corre pareja con el siglo. Nacido en Lima el 12 de octubre de 1900, se educó en el Colegio de los Sagrados Corazones, en el viejo local de la Recoleta (hoy Plaza Francia), donde el dominico Hojeda había escrito los versos de La Cristiada. A los trece años recibe simbólicamente de su padre, D. Alberto L. Sánchez, como estímulo por el éxito de sus estudios, el Diccionario Histórico Biográfico del Perú de Mendiburu y la Historia de la Conquista de Prescott. La lectura de esos libros acendra sus aficiones histórico-literarias que revelan sus primeros trabajos de escritor en agraz. Son semblanzas de Melgar, de Salaverry, de Palma, de Cisneros, de Márquez, en las que se prefigura su interés por la literatura peruana y se percibe una suerte de tropismo que luego será búsqueda y afirmación de la constante romántica en nues-*

tras letras y en la cultura americana o hallazgo de un denominador común anticartesiano en la "literatura nueva" europea. Su formación superior y lo esencial de su actividad intelectual, desde abril de 1917, en que traspuso el umbral del patio de los Naranjos, del viejo claustro, están ligados indisolublemente a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Con Raúl Porras y con Jorge Guillermo Leguía fue uno de los animadores del Conversatorio Universitario, fundado en 1919 con la participación de Manuel Abastos, Víctor Raúl Haya de la Torre, Guillermo Luna Cartland, Ricardo Vegas García, Jorge Basadre, Carlos Moreyra, José Quesada y José Luis Llosa Belaúnde. El Conversatorio impulsó la investigación de la independencia peruana, anticipándose a la celebración de su centenario, y fue un semillero de inquietudes universitarias y de vocaciones históricas: los "José-toribios" se llamaron irónicamente entre sí los de más definida orientación historicista, en clara alusión y reconocimiento al magisterio de Medina. La importancia de este núcleo, coetáneo del grupo Colónida, de orientación antiacadémica, fue tal que su nombre signa a toda la generación conocida como la Generación del Conversatorio Universitario o del Centenario.

En el Conversatorio Universitario leyó Sánchez, el 22 de setiembre de 1919, su trabajo "Los poetas de la revolución", tercera conferencia del ciclo en que participaron Jorge Guillermo Leguía (Lima del siglo XVIII) y Raúl Porras Barrerenechea (José Joaquín de Larriua). Ese opúsculo abre la ruta de una tarea crítica que luego se consagra en su primer libro: *Los poetas de la colonia*, (1921); en su *Elogio de D. Manuel González Prada*, tesis doctoral de 1922; en sus monografías *D. Ricardo Palma y Lima* (1927), premiada por la Municipalidad; *Góngora en América y El Lunarejo y Góngora* (1927); hasta llegar a su obra fundamental *La Literatura Peruana*. Derrotero para una historia espiritual del Perú que alcanza varias ediciones. La primera en tres volúmenes publicados en 1928, 1929 y 1936; un resumen de la misma, de Buenos Aires, 1939, bajo el título *La Literatura del Perú*; una segunda edición totalmente reescrita, en seis volúmenes, también de Buenos Aires, Editorial Guaranía, 1951; y la última de *Ediventas de Lima*, en cinco volúmenes con el subtítulo *Derrotero para una Historia Cultural del Perú* (1965-66). En el interregno, y después de ese hito, se acumulan en incesante producción, que nos recuerda el clásico adagio "Nulla dies sine linea", cientos de libros, opúsculos, folletos, artículos periodísticos, crónicas, etc., que al decir de José Jiménez Borja darán menudo trabajo a los bibliógrafos del futuro. En la *Cronología y Bibliografía del presente volumen* se consignan, sin pretensiones exhaustivas, los títulos más importantes. Los estudiosos pueden consultar con provecho la *Contribución a la Bibliografía* de Luis Alberto Sánchez, por Vidal Galindo Vera, con la colaboración de Luis Alberto del Pozo que inicia la impropia tarea del fichado bibliográfico y hemerográfico del autor.

En la imposibilidad de analizar la producción total, lo que excedería las proporciones de este prólogo y será materia de un capítulo más amplio, dentro de un

*estudio acerca de la Crítica y la Historia Literaria en el Perú, debemos limitarnos a señalar aquí las direcciones principales de su obra y las notas distintivas de su contribución crítica. En este campo, además de los libros ya mencionados, tenemos América, novela sin novelistas (1933) que, notablemente ampliado publicó en 1953 la Editorial Gredos de Madrid, bajo el título Proceso y contenido de la Novela Hispanoamericana, y en el cual tras examinar los problemas comunes del género y los de la novela como expresión americana sigue su trayectoria desde sus primeros vagidos hasta nuestros días. Su Historia de la Literatura Americana, con numerosas ediciones, constituye un cuadro animado, una síntesis final de vastos estudios desplegados en sus cátedras universitarias y conferencias, al igual que sus ensayos y monografías críticas reunidas en varias series de Escritores representativos de América. El Breve tratado de Literatura General, de carácter didascálico, ha nutrido a numerosas promociones de estudiantes en los secretos de la creación literaria.*

*Entre sus ensayos sobresalen Panorama de la literatura actual (1934); Vida y pasión de la cultura en América (1935); Balance y liquidación del novecientos (1941); ¿Existe América Latina (1945); El Perú: retrato de un país adolescente (1957), en los que expone problemas literarios, históricos, sociológicos y culturales, con enfoques novedosos y polémicos que responden a la esencia del género ensayístico.*

*La Biografía es otro filón que ha trabajado con fortuna y en el que ha logrado aciertos celebrados por la crítica internacional como Don Manuel, traducido al francés por Francis de Miomandre, obra maestra en su género que refleja cómo su vocación crítica no es incompatible con la del creador, que recurre a lo que Ortega llamaba las "emociones tornasoladas", con toques líricos que nos introducen en la intimidad de la existencia del autor de Minúsculas y Páginas Libres. Pertenecen a este grupo, que lo define como nuestro André Maurois, sus libros Garcilaso Inca de la Vega, en el que vuelca su propia experiencia del destierro; El señor Segura, hombre de teatro, basado en rica documentación; Una mujer sola contra el mundo, lírica evocación de la existencia de Flora Tristán; Haya de la Torre o el político; Aladino o la vida de José Santos Chocano; La Perricholi.*

*El día en que se reúnan sus Obras Completas deberán incluirse, además, sus trabajos históricos Historia General de América; El pueblo en la revolución americana; Los fundamentos de la Historia Americana; Breve Historia de América; sus estudios sobre la universidad: La Universidad Latinoamericana (1949); Sobre la reforma universitaria (1959); La Universidad no es una isla (1961); sus prólogos a numerosas ediciones de otros autores; sus antologías como el Índice de la Poesía Peruana Contemporánea (1900-1937); su novela El pecado de Olazábal; sus libros de crónicas Sobre huellas del Libertador y Un sudamericano en Norteamérica.*

*Capítulo aún no estudiado es el de su copiosa tarea como traductor, desarrollada principalmente durante los años de exilio. Más de cuarenta títulos comprenden esta actividad y entre ellos figuran Rahab y parte de Holiday de Waldo Frank, Pedro y Lucía de Romain Rolland, Aspectos de la Biografía de Maurois, Historias del Buen Dios de Rilke, Dubliners de Joyce y libros de Van Loon, Mauriac, Siegfried, Montherlant, Plejanov, Kazantzakis.*

*La literatura peruana le debe a Sánchez su más amplio cuadro de conjunto, su primera visión total y orgánica. En la generación precedente sólo encontramos la notable tesis juvenil de Riva-Agüero Carácter de la Literatura del Perú Independiente, de 1905, que va desde Melgar hasta Ricardo Rossel; y el opúsculo de Ventura García Calderón La Literatura Peruana, de 1914, que como el propio autor lo califica, no es, sino “un paseo entre libros”, que se inicia pesimistamente afirmando que “no es posible deslindar escuelas y definidas tendencias en la dispersa y lánguida literatura peruana. Más que literatura hubo literatos...” En su esquema VGC no considera ni la literatura de los incas ni los cronistas, excepción hecha de Garcilaso. Luis Alberto Sánchez, desde 1927, en que asume la cátedra de Literatura Americana y del Perú, y desde el año siguiente en el primer volumen de su Literatura Peruana, pone énfasis en lo aborigen, en su doble aspecto de pasado y presente, y anexa nuevas áreas vírgenes para la historia de nuestras letras, incorporando definitivamente al sentimiento de lo peruano el aporte indígena. Antes de su libro fundamental nadie comenzó esta historia sino por la llegada de los españoles. En el programa de su primer curso universitario planteaba, por otro lado, para comprender la simbiosis americana, la influencia occidental, el papel del viajero, el sermoneo, el escritor palaciego, el elegante o culterano, el afrancesado, el revolucionario y nacionalista, el casticista en plena república, el costumbrista, el romántico en sus dos fases, las desviaciones del romántico, el modernismo, la vanguardia, la vuelta a lo criollo. El empeño metodológico de Sánchez se sintetiza en el neologismo acuñado por él: la socio-literatura, que se anticipa en muchos años a la idea de Hauser de una historia social del arte y de la literatura. “Deseo estudiar a grandes rasgos —nos dice— la evolución literaria del Perú, sin olvidar su evolución política, social, cultural, económica... Mi plan comprende, pues, sólo las principales tendencias o movimientos intelectuales; abarca, en grandes lapsos, la vida nacional desde el punto de vista de la literatura o, como dirán algunos, de la cultura”. El autor aspira hacer más bien historia que erudición, seguir el rumbo de los pensamientos y de los sentimientos nacionales, observar a los escritores egregios y rastrear la raíz popular. De ahí el subtítulo de la obra en su primera edición “Derrotero para una historia espiritual del Perú”, que en la última versión de 1965 pasará a ser “Derrotero para una historia cultural del Perú”. No es la suya una visión estetizante: no se trata de la ritual mirada de las “bellas letras” sino de las letras “que siempre son bellas porque rezuman vitalidad. Todo lo que expresa vida contiene en su fondo una belleza poderosa. Si a veces el gusto ambien-*

te la pospone, no tardará en readquirir su señorío". Muchas veces el autor ha tenido que leer los versos "con los ojos de la Historia", como quería Menéndez Pelayo, para que sobrevivan todos los que puedan reflejar la trayectoria de la palabra en el tiempo y resulten así engarzadas la historia literaria y la civil, aunque marchen a veces por distinto sendero. El logro denso y ágil alcanzado en su trabajo de más aliento es la expresión de la voluntad y del denuedo para encarar una tarea vasta, sin concesiones al desaliento; denuedo para meterse en la ignota selva de los materiales imprevistos; denuedo para proyectar su balance.

La obra de Luis Alberto Sánchez, y en general la de su generación —Orrego y Mariátegui serían otros ejemplos típicos— rompe el misoneísmo tradicional de la crítica peruana, esa suerte de aversión a todo lo nuevo, a todo lo vivo, a todo lo actual, ese horror a enfrentarse a lo vario, ondeante y lábil de la vida y de la producción literaria contemporáneas. "Il me semble beaucoup plus difficile —decía con razón Joubert— d'être un moderne que d'être un ancien". El tono de modernidad de LAS fluye del contenido y de la forma, de su estilo y del planteamiento de la problemática literaria de nuestro tiempo, de haber abordado sin temor, y muchas veces con espíritu polémico, a sus contemporáneos y coetáneos, suscitando debates cuyo proceso dialéctico ha resultado, a la postre, esclarecedor de tendencias individuales y de orientaciones generacionales. Confróntese por ejemplo El Anti Rodó, Filtrando a los García Calderón, Balance y Liquidación del 900 de LAS, Nosotros de VGC y Cómo conocí a Riva-Agüero del propio LAS.

En Sánchez se concilian las dos vertientes fundamentales de la crítica: la profesoral o universitaria, que tiende a la erudición, a la que no son ajenos muchos de sus trabajos, y la crítica periodística, más ágil, libre y juvenil, que orea invariablemente con un rasgo característico de alacridad todos sus libros. Erudición e imaginación, matizada por momentos de ironía; espíritu zahorí que descubre con fruición nuevos valores; interés por los escritores olvidados por la crítica tradicional que, por debilidad o pereza, prefería instalarse en un mundo de cosas juzgadas; creación de términos nuevos como perricholismo, que han tenido fortuna, son otras tantas notas de su obra renovadora. El estilo, cortado y dialéctico, se acoge conscientemente al precepto de su maestro González Prada: claro como el alcohol rectificado, natural como un giro respiratorio. Escorzos rápidos, gusto por la frase colorida, aversión a la garrulería, expresión cargada de lirismo, de pathos, que es padecimiento, y de simpatía humana, que es con-padecimiento, sintonía espiritual con sus personajes, llámense Garcilaso, Micaela, Flora o Don Manuel. . .

Nada mejor que sus propias palabras para definir la personalidad literaria de LAS y fijar su posición frente a su propia obra, a su generación, a su pueblo: "He pretendido ser claro. Mi mejor empeño como escritor ha consistido en tratar de expresar toda mi verdad en las palabras menos copiosas, más accesibles y en lo posible poco vulgares. Creo que este método implícito e instintivo coinci-

*de con el temple de mi generación, una de las menos gárrulas de nuestra experiencia cultural. Si, como alguien me ha reprochado, he escrito mucho, pido a mis acusadores tener en cuenta que soy sin remedio un escritor de raza. Y que a escribir he consagrado el tiempo que a menudo se dedica a otros menesteres, porque sólo escribiendo ahorro mis pensamientos y entretengo agonías que de otro modo pudieron alguna vez llegar a la desesperanza. Debo a mi condición de escritor mis placeres más hondos y no pocas desdichas. Creo en mi duro y dulce oficio no sólo como un destino y derivado individual, sino como una de las funciones más bellas, ennoblecedoras y útiles de un pueblo.”*

Lima, 1968.

JORGE PUCCINELLI

u

## CRONOLOGIA DE LUIS ALBERTO SANCHEZ

- 1900 — Nace en Lima el 12 de octubre.
- 1908 — Ingresa en el Colegio SS. CC. (Recoleta).
- 1909 — Publica su primer artículo en el *Boletín Escolar* del Colegio de la Recoleta.
- 1913 — Recibe como estímulo paterno el *Diccionario* de Mendihuru y la *Historia de la Conquista del Perú* de Prescott.  
— Redactor del *Boletín Escolar Recoletano*.
- 1916 — Edita la revista *Lux*.
- 1917 — Ingresa en la Universidad de San Marcos.  
— Edita la revista *Ariel*.
- 1919 — Secretario de la Biblioteca Nacional.  
— Redactor del "*Mercurio Peruano*".
- 1920 — Bachiller en Letras con la tesis "Nosotros", sobre nacionalismo literario en el Perú.  
— Redactor de la revista "Hogar".
- 1921 — Redactor de la revista *Mundial*.
- 1922 — Doctor en Historia, Filosofía y Letras.  
— Profesor de instrucción secundaria (Colegio Alemán).
- 1923 — Viaja a Colombia, Venezuela, Ecuador y Panamá.
- 1925 — Miembro correspondiente de la Academia de Historia del Ecuador.
- 1926 — Abogado.
- 1927 — Es elegido Catedrático de la Facultad de Letras de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- 1928 — Subdirector de la Biblioteca Nacional.  
— Catedrático de Literatura General.  
— Miembro de Número del Instituto Histórico del Perú.
- Gerente y Profesor del Liceo Comercial del Perú.
- 1930 — Presidente de la Asociación Nacional de Periodistas.  
— Profesor Visitante de la Universidad de Chile.  
— Miembro Correspondiente de la Sociedad de Historia y Geografía de Chile.  
— Miembro Honorario de la Facultad de Filosofía y Pedagogía de la Universidad de Chile.  
— Condecoración de la Orden del Mérito de Chile.
- 1931 — Se afilia al Aprismo.  
— Co-fundador y Subdirector de *La Tribuna*.  
— Miembro de la Constituyente del Perú.  
— Director Fundador del Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de San Marcos.
- 1932 — Febrero: primer destierro.  
— Profesor conferenciante del Instituto Hispano-Cubano de Cultura de La Habana, del Instituto Nacional de Panamá y de la Universidad de Guayaquil.
- 1933 — Profesor Extraordinario de la Universidad Central de Quito.  
— Columnista de "El Día", bajo el seudónimo de Juan Fernández.  
— 1º de setiembre: retorno al Perú al amparo de la amnistía (10 de agosto).
- 1934 — Director de "La Tribuna".  
— Noviembre: segundo destierro. Llegada a Chile (13 de diciembre).  
— Subdirector de la Editorial Ereilla de Santiago de Chile.

- 1936 — Conferenciante de las Universidades de Buenos Aires, La Plata y de la Sociedad Amigos del Arte de Montevideo. Participa en la reunión del PEN Club Internacional en Buenos Aires.
- 1937 — Profesor-Fundador de la Escuela de Verano de la Universidad de Chile.  
— Profesor Visitante de las Universidades de Buenos Aires, La Plata y del Litoral.
- 1938 — Profesor de la Escuela de Verano de la Universidad de Chile, y visitante de las de La Plata, del Litoral y Cuyo.
- 1939 — Director de la Editorial Ercilla.
- 1941 — Consultante de la Biblioteca del Congreso de Washington D. C.  
— Electo in absentia Catedrático Honorario de la Universidad del Cuzco.
- 1942 — Profesor Visitante de la Universidad de Columbia (Nueva York).  
— Conferenciante en la Universidad de Pennsylvania y en la de California.
- 1943 — Profesor de la Universidad de La Plata.
- 1944 — Profesor Visitante del Michigan State College.  
— Invitado por el Ministerio de Educación de México.  
— Noviembre: retorno a Chile.
- 1945 — Enero: ingresa subrepticamente al país para asistir al sepelio de su padre.  
— Diputado por Lima.  
— Presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores y de Educación en la Cámara de Diputados.  
— Miembro de la Comisión Consultiva del Ministerio de RR. EE.
- 1946 — Presidente de la Delegación Peruana a la UNESCO (París).  
— Ascendido a Comendador de la Orden del Mérito de Chile.  
— Embajador Especial a la transmisión del Mando de Colombia.  
— Gran Oficial de la Orden del Sol del Perú.  
— Decano de la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos.
- Rector de la Universidad de San Marcos.  
— Doctor Honorario de la Universidad de San Carlos de Guatemala.  
— Doctor Honorario de la Universidad Nacional de Colombia.
- 1947 — Doctor Honorario de la Universidad de Panamá.  
— Profesor Visitante de las Universidades de La Habana y de Caracas.
- 1948 — Invitado Especial a la transmisión del Mando en Venezuela.  
— Octubre: nuevo destierro.
- 1949 — Profesor de la Universidad de San Carlos de Guatemala, y de la Universidad de Puerto Rico.  
— Participa en el Congreso Iberoamericano de Literatura (La Habana).  
— Conferenciante en la Universidad de Columbia (Nueva York).
- 1950 — Miembro Organizador de la Conferencia de Partidos Democráticos en La Habana.
- 1951 — Profesor de la Universidad de Puerto Rico.
- 1952 — Invitado del Gobierno de México para un estudio sobre Educación.  
— Profesor Visitante de la Universidad de La Habana.
- 1953 — Profesor investigador de la Universidad de Chile.  
— Profesor Visitante de la Universidad de Montevideo.
- 1954 — Profesor Visitante de la Universidad de Montevideo.
- 1955 — Profesor Visitante de la Universidad de Puerto Rico y de la Universidad de La Habana.  
— Participa en la Reunión Mundial del Congreso por la Libertad de la Cultura (Milán).  
— Miembro latinoamericano del Comité Ejecutivo de la misma institución y del Comité de honor de la revista "Cuadernos". Delegado a las reuniones del Congreso por la Libertad de la Cultura en París y en México.
- 1956 — Profesor Visitante de la Universidad de París (La Sorbona).  
— Conferenciante en el Congreso de la

- Libertad y la Cultura, de La Habana, San José de Costa Rica y México.
- 1957 — Profesor Visitante de la Universidad de París.
- 1958 — Invitado del Gobierno de Israel.
- Profesor Visitante de la Universidad de Jerusalén.
- Conferenciante en Beirut (Libano).
- Decano interino de la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos.
- Conferenciante en La Sorbona.
- Miembro del Comité Organizador de la Exposición de Arte Peruano (París).
- Participa en una Mesa Redonda en la isla de Rodas (Grecia).
- 1959 — Profesor de la Universidad de Columbia.
- Profesor Visitante de la Universidad de París.
- Condecoración de la Gran Cruz de la Orden del Sol.
- Decano interino de la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos.
- Confirmado en la Junta Consultiva de RR. EE.
- 1960 — Embajador Cultural en México.
- Participa en la Reunión del Congreso por la Libertad de la Cultura (Berlín Occidental).
- Decano interino de la Facultad de Letras de la Universidad de San Marcos.
- Concorre a la Conferencia sobre América Latina en Couchinching (Toronto, Canadá).
- 1961 — Decano Titular de la Facultad de Letras.
- Organiza la Exposición de Arte Peruano en México.
- Rector de la Universidad Mayor de San Marcos.
- Miembro de la Comisión Interamericana de Educación Superior, encargado por la OEA de formular los planes educativos para la Alianza Para el Progreso.
- Gran Cruz del Aguila Azteca de México.
- 1962 — Miembro del Comité de Fideicomisarios del American Institute for Free Labor Development.
- 1963 — Invitado de honor a la transmisión del mando en la República Dominicana.
- Miembro del Comité Organizador de la Conferencia de Educación Latinoamericana (OEA).
- Senador por Lima.
- Preside Comisión de Educación Superior Diplomática y Consular.
- 1964 — Preside la Comisión Bicameral que redacta la nueva Ley de Educación.
- 1965 — Viaje a Génova. Conferencia sobre el Tercer Mundo.
- 1966 — Rector de San Marcos.
- Presidente del Senado.
- Gran Cruz "Vasco Núñez de Balboa", Panamá.

## BIBLIOGRAFIA

- 1918 : *Breve noticia de la fundación y transformaciones de la Facultad de Filosofía y Letras*: LAS, Luis Aurelio Loayza y Reynaldo Saavedra Pinón, bajo la dirección del catedrático doctor Carlos Wiesse. Lima, Casa E. Rosay, (publicase de orden del decano doctor A. O. Deustua, 47 p.).
- 1919 : *Los Poetas de la revolución*. Lima, 47-48 p. (A la cabeza del título: Conversatorio universitario, 1800-1825. "Tercera conferencia leída el 22 de setiembre de 1919. Lima, Imp. Torres Zumarán, 1919.)
- 1921 : *Los Poetas de la colonia*. Lima. "Euforion", 1921. 301 p. (Antes del título: Historia de la literatura peruana, I)
- 1922 : *Elogio de D. Manuel González Prada*. Lima, Imp. Torres Aguirre, 1922. 142 p.
- 1925 : *Sobre las huellas del Libertador*. Lima, E. Rosay, 1925, 179 p.
- 1927 : *Don Ricardo Palma y Lima*. Lima. Imp. Torres Aguirre, 1927. 144 p.

- Trabajo premiado por la Municipalidad de Lima.
- *Góngora en América, y El Luna-rejo y Góngora*. Lima, "El Sol", 1927, 44 p.
- *Góngora en América, y El Luna-rejo y Góngora*. Quito, Imp. Nacional, 1927, 38 p. (Publicaciones de la Biblioteca Nacional de Quito).
- 1928 : *La Literatura Peruana: derrotero para una historia espiritual del Perú*. Lima, Imp. y encuadernaciones "Perú".
- 1929 : III. Fuente Benavides, Rafael de la, 1908. La casa de cartón. Lima, Tall. de impresiones y encuadernaciones "Perú", 1928. 113 p. Antes del título: Martín Adán (seud. del autor). "Prólogo" firmado LAS. Colofón firmado: José Carlos Mariátegui.
- *Se han sublevado los indios. Esta novela peruana*. Lima, Casa Ed. "La Opinión Nacional", 1928. 69 p. (Publicado conjuntamente con "Equivocaciones" de J. Basadre).
- 1929 : *La Literatura Peruana. Tomo II*. Lima, La Opinión Nacional, 1929.
- Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Facultad de Letras. *Programa de Literatura americana y del Perú, dictado en 1928 por LAS*. Lima, Tall. tips. de La Prensa, 1929. 20 p.
- 1930 : *Don Manuel*. Lima, F. y E. Rosay, 1930. 266 p. (Biblioteca peruana. Director: Jorge Guillermo Leguía).
- 1931 : *Don Manuel: vie de Manuel González Prada, un précurseur sud-américain*. Tr. de l'espagnol par Francis de Miomandre. París, Ed. Excelsior, 1931. 318 p.
- 1932 : *Carta a una indoamericana*. Cuestiones elementales del aprismo. Quito, 1932. 39 p. Carta dirigida a la escritora peruana Rosa Arciniega.
- 1933 : *América: novela sin novelistas*. Lima, Ed. "Librería Peruana", 1933. 211 p.
- *Castellano para la instrucción media, primer año*. De conformidad con el novísimo programa oficial. Lima, Ed. "Librería Peruana" de Domingo Miranda, 1933. 76 p.
- *Castellano para la instrucción media; segundo año*. De conformidad con el novísimo programa oficial. Lima, Ed. "Librería Peruana" de Domingo Miranda, 1933. 84 p.
- *Curso de historia literaria, para la instrucción media, quinto año*. De conformidad con el novísimo programa oficial. Lima, "Librería Peruana" de Domingo Miranda, 1933, 82 p.
- *Nociones de literatura y arte nuevo, para el cuarto año de instrucción media*, de conformidad con el programa oficial. Lima, Ed. "Librería Peruana" de Domingo Miranda, 1933. 110 p.
- *Aprismo y religión. El anti-Rodó*, Lima, 1933. 47 p. (Colección Ensayos. Serie Trujillo).
- *La escuela primaria en el Perú; conferencia*. Quito, Imp. Nacional, 1933. 42 p. Antes del título: Publicaciones del Ministerio de Educación Pública.
- 1934 : I. *Gramática castellana, para el uso del cuarto y quinto año de primaria* (conforme al programa oficial). Lima, Ed. "Librería Peruana", 1934. 86 p.
- *Historia de la Edad Media*. Lima, "Librería Peruana" de Domingo Miranda, 1934. 142 p. ilustr.
- *Panorama de la literatura actual*. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1934. 209 p. (Biblioteca América, IV).
- *Principios de economía política aplicada al Perú*. (Conforme al programa oficial). Lima, Ed. "Librería Peruana" de Domingo Miranda, 1934. 174 p. Texto escolar, quinto año de instrucción secundaria.
- *Raúl Haya de la Torre o el político. Crónica de una vida sin tregua*.

- Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1934. 103 p. (Biblioteca América, VII).
- II. Siegfried, André, 1875-1961. *América Latina*. Tr. y anotado por LAS. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1934. 103 p. (Biblioteca Ercilla, v. XLII).
- III. Diez Canseco Pereira, José, 1904-1949. "Duque", novela. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1934. 123 p. (Biblioteca americana, v. 1 N° 1). Prólogo firmado: LAS.  
— Rebaza Acosta, Alfredo. "Historia de la revolución de Trujillo". "Prólogo" firmado LAS. Trujillo, s. ed., julio 1934, p. I-IX. (El ejemplar de que se toma esta referencia está impreso hasta la p. 140. La edición no acabó de tirarse por razones policiales. Es un ejemplar muy raro, al parecer no circuló).
- 1935 : *Breve tratado de literatura general y notas sobre la literatura nueva*. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1935. 174 p. (Biblioteca Ercilla).  
— Historia contemporánea; cuarto curso. Lima, Ed. "Librería Peruana" de Domingo Miranda, 1935. 223 p. ilustr. (incl. retrato, mapas).  
— Panorama de la literatura actual. 2ª ed. corr. y aum. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1935. 233 p. ilustr. (incl.) (Biblioteca América, IV).  
— *Vida y pasión de la cultura en América*. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1935, 135 p. (Biblioteca América, XVI).  
— Rilke, Rainer María, 1875-1926. *Historia del Buen Dios*. Primera traducción al castellano por LAS. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1935.  
— Germaine Ramos. *Sólo tu cuerpo*. Trad. de LAS, Santiago, Ercilla.
- 1936 : *La Perricholi*. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1936. 175 p. (Colección Contemporáneos).  
— *La literatura del Perú republicano; derrotero para una historia espiritual del Perú*. Santiago de Chile, 1936. 145 p. Tirada aparte de "Atenea", revista de la Universidad de Concepción.  
— Federico Lefebvre, *Aquel vagabundo*. Trad. de LAS. Santiago, Ercilla.
- 1937 : *Historia de la literatura americana* (desde los orígenes hasta 1936). Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1937. 631 p.  
— Frank, Waldo, 1889-1967. *Rahab*. Tr. especialmente por LAS. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1937. 287 p. (Colección Contemporáneos).  
— Maurois, André, 1885-1967. Aspectos de la biografía. Tr. de LAS. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1937. 182 p.  
— Maurois, André, 1885-1967. *Bernard Quesnay*. (Ed. aum.) Tr. de LAS. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1937. 241 p. (Colección Contemporáneos). Novela.  
— Rolland, Romain, 1866-1944. *Los Precursores*. Tr. especial de LAS. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1937. 241 p. (Colección Contemporáneos).  
— Jorge Plejanov. *Materialismo militante*. Trad. de LAS. Santiago, Ercilla.
- 1938 : *Índice de la poesía peruana contemporánea (1900-1937)*. Santiago de Chile. Ed. Ercilla, 1938. 359 p. (Colección Biblioteca americana).  
— *Drama de las palanganas Veterano y Bisoño*, publicado, prologado y anotado por LAS. Santiago de Chile, Imp. Universitaria, 1938. 115 p.  
— Mauriac, Francois, 1885. *Las Fracasadas* (Plongées). Tr. de LAS. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1938. 182 p. (Colección Contemporáneos).  
— Monthierlant, Henri de, 1896. *El Demonio del bien* (le demon du bien). Tr. de LAS. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1938. 192 p. (Colección Contemporáneos).
- 1939 : Garcilaso Inca de la Vega, primer criollo. Santiago de Chile, Ed. Ercilla.

1939. 257 p. (Colección Contemporáneos).

— Malraux, André, 1895. *La Esperanza* (Le Spair). Tr. por LAS. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1938.

— *La literatura del Perú*. Buenos Aires, Imp. de la Universidad, 1939. 189 p. (las literaturas americanas, I). A la cabeza del título: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Instituto de cultura latino-americana.

1940 : Palma, Ricardo, 1833-1919. *Tradiciones peruanas escogidas* (edición crítica). Prólogo, selección y notas de LAS. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1940. 218 p. (Colección Contemporáneos).

— Bolívar, Simón, 1783-1830. *Doctrina política*. Prólogo y notas de LAS. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1940. 129 p. (Biblioteca Amauta. Serie América, dirigida por LAS).

1941 : *Balance y liquidación del novecientos*. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1941. 210 p. (Colección Contemporáneos).  
— *Valdivia : el fundador*. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1941. 220 p. (Colección Contemporáneos).

II. Alberdi, Juan Bautista, 1810-1884. *Ideario*. Prólogo y selección de LAS. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1941. 244 p. (Biblioteca Amauta. Serie América, dirigida por LAS).

— Benda, Julien, 1867. *La traición de los intelectuales* (La trahison des clercs). Tr. de LAS. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1941. 225 p. (Colección Contemporáneos).

— Garcilaso de la Vega, Inca, 1539-1616. *Comentarios Reales*. Selección, prólogo y notas de LAS. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1941. 266 p. (Biblioteca Amauta, Serie América, dirigida por LAS).

— Rodó, José Enrique, 1872-1917. *Ideario*. Selección y noticia preliminar por LAS. Santiago de Chile, Ed.

Ercilla, 1941. 148 p. (Biblioteca Amauta. Serie América, dirigida por LAS).

III. Bilbao, Francisco, 1823-1865. *La América en peligro. Evangelio Americano*. Sociabilidad chilena. Prólogo y notas de LAS. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1941. 220 p. (Bibliot. Amauta. Serie América, dirigida por LAS).  
— Bolívar, Simón, 1793-1830. *Doctrina política*. Carta de Jamaica. Discurso de Angostura. Preámbulo a la constitución boliviana. Prólogo y notas de LAS. 2ª ed. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1941. 129 p. (Biblioteca Amauta. Serie América, dirigida por LAS).

— Emerson, Ralph Waldo, 1803-1882. *Siete ensayos*. Santiago de Chile. Ed. Ercilla, 1941. 203 p. (Biblioteca Amauta. Serie América, dirigida por LAS). (Prólogo firmado por LAS).

— Fernández Macedonio. *Una novela que comienza*. Prólogo LAS. Santiago de Chile. Ed. Ercilla, 1941. 104 p. (Colección Contemporáneos).

— Lastarria, José Victorino, 1817-1888. *El Manuscrito del Diablo*. Prólogo y notas de LAS. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1941. 248 p. (Biblioteca Amauta. Serie América, dirigida por LAS).

— O'Higgins, Bernardo, 1778-1842. *O'Higgins pintado por sí mismo*. Prólogo de LAS, notas de E. de la Cruz y otros. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1941. 152 p. (Biblioteca Amauta. Serie América, dirigida por LAS).

— Portales, Diego, 1793-1837. *Diego Portales pintado por sí mismo*. Prólogo de LAS. Notas tomadas de la edición de Ernesto de la Cruz y Guillermo Feliú Cruz. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1941. 124 p. (Biblioteca Amauta. Serie América, dirigida por LAS).

— *San Martín pintado por sí mismo*. Prólogo y notas de LAS. Santiago de Chile. Ed. Ercilla, 1941. 168 p. (Bi-

- biblioteca Amauta. Serie América, dirigida por LAS).
- 1942 : *El pueblo en la revolución americana*. Buenos Aires. Ed. Americanalíee, 1942. 226 p.  
— *Historia general de América*. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1942. 2 t. ilustr. (incl. mapas). (Colección Cón-dor).  
— *Una mujer sola contra el mundo*. (Flora Tristán, La Paria). Buenos Aires, A.L.A., 1942. 241 p. (Tercera serie, IV).  
— *Un Sudamericano en Norteamérica; ellos y nosotros*. Prólogo de Waldo Frank, Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1942. 393 p.  
— Martí, José, 1853-1895. *Ideario*. Selección, prólogo y notas de LAS. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1942. 112 p. (Biblioteca Amauta, Serie América).
- 1943 : *Los Fundamentos de la historia americana*. Buenos Aires, Ed. Americanalíee. 1943. 223 p. (Los Fundamentos, 5).  
— Joyce, James, 1882-1941. *Dublineses (Dubliners)*. Tr. de LAS. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1945. 193 p.
- 1944 : I Breve Historia de América. México, Ed. Coli, 1944. 664 p. (Biblioteca de historia, v. II).  
— *Nueva historia de la literatura americana*. Buenos Aires, Ed. Americanalíee, 1944. 476 p.
- 1945 : ¿Existe América Latina? México, Fondo de Cultura Económico, 1945. 289 p. (Colección Tierra Firme).  
— González Prada, Manuel, 1848-1918. *Manuel González Prada*. Selección y prólogo de LAS. México, Imp. Universitaria, 1945. 170 p. (Antología del pensamiento democrático americano). A la cabeza del título: Publicaciones de la Universidad Nacional de México. Ensayos.  
— Manuel González Prada. El tonel
- de Diógenes. Prólogo de LAS. México, Tezontle, 1945.
- 1946 : III González Prada, Manuel, 1848-1918. *Páginas Libres*. Edición definitiva conforme al nuevo texto del autor. Prólogo y notas de LAS. Lima, ed. P.T.C.M., 1946, 293 p. (Obras Completas de González Prada, I).  
— González Prada Verneuil, Alfredo, 1891-1943. *Redes para captar la nube*. "Apuntes para la vida de Alfredo", prólogo y compilación por LAS y cartas de José Enrique Rodó y José María Eguren, Lima, Ed. P.T.C.M., 1946. 293 p.  
— *Apuntes para la vida de Alfredo* Lima. Lib. e Imp. Gil, 1946, 46 p. (Ediciones del Seminario de la Facultad de Letras). "Prólogo del libro "Redes para captar la nube".  
— *La literatura peruana; derrotero para una historia espiritual del Perú*. Lima, Ed. P.T.C.M., 1946. + segunda edición totalmente reescrita.
- 1947 : *El señor Segura, hombre de teatro; biografía y crítica*. Lima, Ed. P.T.C.M., 1947. (i.e. 1948). 165 p.  
— González Prada, Manuel, 1848-1918. *Minúsculas y Adoración*. 8ª ed. Prólogo y notas de LAS. Lima, ed. P.T.C.M., 1947.
- 1949 : *Reportaje al Paraguay*. Asunción, Ed. Guaranía, 1949. 124 p. (Biblioteca paraguaya).  
— *La Universidad latinoamericana; estudio comparativo, compendio*. Prólogo del Dr. Carlos Martínez Duran. Guatemala, Imp. universitaria, 1949. 220 p. (Ed. Universitaria, 1).  
— *Notas sobre Pedro Henríquez Ureña*. México, 1949. "Sobretiro de la revista ibero-americana, vol. XXI, números 41-42".
- 1950 : *La literatura peruana; derrotero para una historia espiritual del Perú*. Buenos Aires, Ed. Guaranía. 1950-51. 6 t. "Texto totalmente re-escrito".

- *La Tierra de Quetzal*. Santiago de Chile, Ed. Ercilla, 1950. 217 p.
- 1952 : *México en el mundo de hoy*. En: González Natalicio y otros. México, Ed. Guaranía, 1952. 561 p. front. (retrato color) tablas parcialmente plegadas. (Colección Nezahualcoyoll).
- 1953 : *Proceso y contenido de la novela hispano-americana*. Madrid, Ed. Gredos, 1953. 664 p. (Biblioteca románica-hispana. Estudios y Ensayos, 11).
- 1954 : *Haya de la Torre y el Apra. Crónica de un hombre y un partido*. Santiago de Chile, Ed. del Pacífico S. A. 1954. 475 p.  
— Chocano, José Santos, 1875-1934. *Obras completas*. Compiladas, anotadas y prologadas por LAS. México, Aguilar, 1954. 1170 p.
- 1955 : *Repertorio bibliográfico de la literatura latinoamericana*, dirigido por LAS. Santiago de Chile, Talls. gráfs. de Enc. Hisp. Suiza, 1955. t. en v. a la cabeza del título: Universidad de Chile. Facultad de Filosofía y Educación.  
— *Walt Stewart*. Henry Meiggs. Un Pizarro yanqui. Tr. de LAS. Santiago. Prensa de la Universidad de Chile.
- 1956 : *¿Tuvimos maestros en nuestra América? Balance y liquidación del novecientos*. Buenos Aires, Ed. Reygal, 1956. 192 p. (Biblioteca "Nuestra América". Director: Gabriel del Mazo, III).  
— *La libertad de la cultura en América latina*. México, 1956. II p. (Cuadernos Americanos, 1). Sobretiro de Cuadernos Americanos.
- 1957 : *Escritores representativos de América*. Madrid, Ed. Gredos, 1957. 2 t. (Biblioteca hispánica, dirigida por Dámaso Alonso. II. Estudios y ensayos, 33).  
— *Repertorio biblio-gráfico de la literatura latino-americana*. Dirigido por LAS. Lima, Ed. San Marcos, 1957. t. en v. (t. II), a la cabeza del título: Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Universidad de Chile.
- 1958 : *El Perú : retrato de un país adolescente*. Buenos Aires, Ed. Continente, 1958. 201 p. (Colección biografía de América, I).  
— Valdelomar, Abraham, 1889-1919. *Obra poética*. Prologada, compilada y anotada por Javier Chesmann. Proemio de LAS. Lima. Talls. Gráfs. P. L. Villanueva, S. A., 1958. 127 p. (Asociación peruana por la libertad de la cultura. Serie: literatura e historia N° 1).
- 1959 : Chocano, José Santos, 1875-1934. *Poesía*. Prólogo, selección y notas de LAS. Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Patronato del libro universitario, 1959. 158 p. (Biblioteca de cultura general. Serie literaria, 2).  
*I. Sobre la Reforma Universitaria*. Con un apéndice de la ley N° 10555. Asociación Peruana por la Libertad de la Cultura. Serie : Política y Polémica. N° 1, Lima, 1959. 84 (2) p.  
— Enrique A. Carrillo (Cabotín). *Cartas de una turista*. Palabras iniciales de LAS. Prólogo de José Jiménez Borja. Asociación Peruana por la Libertad de la Cultura. Serie : Literatura e Historia. N° 2, Lima, 1959. 51 (1) p.  
— César Vallejo, artículos. Prólogo de LAS. Tall. Gráf. P. L. Villanueva.
- 1960 : *Aladino, o vida y obra de José Santos Chocano*. México. Libro Mex. 1960. 551 p.  
— Discurso de agradecimiento en : "Homenaje a LAS en el 40 aniversario de su primer libro". Asociación Peruana por la Libertad de la Cultura. N° 5. Lima, 1960, p. 14-21. Ed.

- Médica-Peruana. Tomo que no circuló, ejemplares muy raros. 34(2) p.
- 1961 : *La Universidad no es una isla...* Lima. ed. P. L. Villanueva. 1961. 237 p.
- 1962 : *Examen espectral de América Latina.* (2ª ed. de *¿Existe América Latina?*). Buenos Aires, Ed. Losada, 240 p.  
 — *La Universidad en la América Latina.* Lima. Imp. de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. 61 p.  
 — *Escritores representativos de América,* 1ª Serie, 2ª Ed., 3 Vols. Madrid. Gredos.  
 — *Repertorio Bibliográfico de la Literatura Latinoamericana,* Tomo III, Chile y Colombia, preparado por Sergio Castagliola. Dirigido por LAS. Santiago, Universidad de Chile, 282 p.  
 — *Repertorio Bibliográfico de la Literatura Latinoamericana.* Tomo IV. Cuba y Ecuador. Preparado por W. Pinto, D. Carrión y S. de Westphalen. Dirigido por LAS. Lima, Universidad de San Marcos. 241 p.
- 1963 : *Escritores Representativos de América,* Serie 2ª, 3 Vols., Madrid, Gredos, 1963.
- 1964 : *Historia General de América,* 7ª Edición, 2 vols. Santiago, Ercilla.  
 — *La Perricholi* (4ª Edición), Lima, Universidad de San Marcos.  
 — *La Perricholi,* (5ª ed.), Lima, Ed. Lumen.
- 1965 : *Breve Historia de América,* 2ª Edición, corregida y puesta al día. Ilustrada, Buenos Aires. Losada.
- *Historia General de América,* 8ª Edición, 2 vols., Santiago, Ercilla, 1965.  
 — *Willy Pinto Gamboa. Contribución de la Bibliografía de la Literatura Peruana en la Prensa Española.* Serie —B— N° 1. Prólogo de LAS, Lima. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- 1966 : *La Literatura Peruana,* Derrotero para una Historia Cultural del Perú, 3ª Edición. 5 vols., Lima, Ediventas S.A.  
 — *Imagen del Perú,* Col. Perú vivo con un disco del autor, Lima, Juan Mejía Baca, 1966, 58 págs. (Ed. de 1,000 ejemplares).  
 — *¿Valdelomar mal estudiante? y un Poema Inédito,* Lima, Lib. Juan Mejía Baca. Editorial, 1966, 22 págs., más 4 fotocopias. (Ed. de 300 ejemplares).
- 1967 : *Homenaje a Dos Centenarios* (Otra ventana sobre Rubén Darío). Preludio Cervantino (1947). Lima, Universidad Mayor de San Marcos, 1947, pág. 67.  
 — *Ricardo Palma. Seis Cartas Inéditas* (1895-1902), con 11 fotocopias de cartas de Doña Lola Tió, con prólogo y anotación de LAS, Lima, Universidad Mayor de San Marcos, 1967, 44 págs.  
 — *El Doctor Océano,* Estudios sobre Dn. Pedro de Peralta Barnuevo, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1967, 338 p.  
 — *Gabriel del Mazo,* La Reforma Universitaria, 3ª Edición, puesta al día. Con prólogo de LAS. Tomo I, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1967.

## LOS POETAS DE LA REVOLUCION

( 1919 )

Con la Revolución se transformó el escenario, y los hombres también. Mejor dicho, los hombres no cambiaron. Eran los mismos que habían loado al Rey, los mismos que alabaron a Pezuela y que habían abrumado a elogios al perspicaz Abascal; eran los mismos en fin, que habían deseado vivir eternamente sometidos al gobierno de la península.

Pero vino el alud revolucionario. Ya en los cafés, en el Caballo Blanco y el Café Comercio, había fermentado el espíritu emancipador. En 1810, Riva-Agüero, jefe de varias sociedades secretas, fue desterrado a Tarma. Baquíjano, el conde de la Vega y don Francisco de Paula Quiroz afrontaron resueltamente las iras del Virrey. Y hasta las mujeres se dedicaron a proteger a los conspiradores: Pepita Ferreyros y la condesa de Gisla descuellan entre las revolucionarias.

En esta situación vino la expedición de San Martín. Sin Abascal, el virreinato vacilaba. El motín de Aznapuquio puso fin al gobierno de Pezuela (Enero de 1821). Surgió La Serna y, simultáneamente, surgió la Independencia.

¿Qué podrían hacer los poetas, al contemplar tan radical transforma-

ción? ¿Llorar sobre las ruinas de un gobierno aún no destruido del todo? Jamás. Y nuestros versificadores del año 21, se adaptaron a las circunstancias, y, con la misma pluma con que celebraron los triunfos realistas, alabaron a San Martín.

A este período pertenecen el Himno Nacional con letra de Torre Ugarte y música de Alcedo; la Oda a Lima independiente (1821) de D. Manuel B. Ferreyros, diplomático, poeta y educador; la altisonante oda a San Martín del Dr. D. José Manuel Valdez, en la que —anticipándose el paralelo de García Calderón— compara al héroe argentino con Wáshington y declara que aquél es superior por su desinterés; la jocosa canción La Chicha, con música de Alcedo; la insignificante canción A San Martín (1822) de F. Llanos, y muchas otras canciones populares dispersas en los periódicos de entonces y en hojas sueltas que se han perdido. Debe añadirse a esta lista El Perú Esclavizado de Benito Lazo (1812) que, por su índole revolucionaria, no cabe al lado de sus aduladores coetáneos.

Pasó el fervor sanmartiniano. La difícil situación de los patriotas obligó al argentino a buscar el auxilio de Bolívar. En la conferencia de Guayaquil

se decidió el porvenir de Suramérica. El Protector partió a su voluntario destierro, y entonces, ¿quién iba a recordarle? Los poetas peruanos que venían quemando su incienso al caudillo triunfante, y cuyos anhelos se concretaban en uno solo: obtener una prebenda, ¿cómo iban a acordarse de quien no les podía ya dar un cargo público y mitigar, así, su voracidad insaciable?

A la llegada de Bolívar, los rimadores se vuelven bolivaristas. ¿Qué importa que cuando el Libertador esté en desgracia, exclamen que:

*el tal don Simón  
nunca ha sido santo  
de mi devoción!*

Lo raro hubiera sido que le siguieran loando cuando carecía de poder! ... Se improvisaron poetas. Don Justo J. Figuerola, el presidente del Congreso, aquel que años más tarde (1844) arrojó la banda presidencial por el balcón, fue el primero en dedicar versos a Bolívar, y tanto le adula en ellos, que se evoca con pena los panegíricos de Peralta y de Bermúdez de la Torre.

Cunde la locura bolivarista. Los pocos cuerdos acaban por enloquecer con las victorias de Junín y de Ayacucho. Es el delirio. Se multiplican los cantos al 9 de Diciembre, y, mientras de un lado se escucha la épica trompetería de Olmedo, del otro sólo se oye los insulsos clamores de un J. M. Corvacho, autor de una canción A Ayacucho (1824). Don José María Pando, representante del Perú ante el Congreso de Panamá del año 26, contribuye también a la apoteosis del Libertador: dos sonetos y su célebre epístola A Próspero lo acre-

ditan como un versificador muy aceptable. Tampoco le faltan a Olmedo imitadores: don M. López Lissón es uno de ellos.

En fin, don José Pérez de Vargas elogió también a Bolívar. Había nacido este poeta en Italia el 19 de Marzo de 1776, según refiere D. Manuel García, en artículo publicado en El Comercio del 9 de Junio de 1855. Era un eximio latinista, y Bolívar le nombró inspector de primeras letras y director del Museo Latino. Con tal motivo Larriva, que era muy amigo de Pérez de Vargas, publicó un folleto (Lima, 1826), elogiando la iniciativa del Libertador, y copió, asimismo, varias composiciones de aquél, en latín y en castellano, en una de las cuales llama Pérez a Bolívar,

*hijo de Marte, alumno de Minerva.*

Pérez de Vargas reformó la enseñanza de la Retórica. Escribió los ya citados versos en loor de Pezuela y una elegía latina a la muerte de don Justo Figuerola. Colaboró en los periódicos de entonces y tuvo predilección por las fábulas y las traducciones latinas. En un folletito, sin carátula e incompleto, hay versos que Pérez de Vargas publicó en El Mercurio por lo que su actual poseedor, Raúl Porras, cree que se trata de una colección de poesías de aquel rimador. La estrechez del tiempo de que dispongo, no me ha permitido hacer una comparación escrupulosa entre los versos insertos en el folleto y los publicados en dicho periódico; pero la predilección que tiene el autor de esas estrofas por los temas antiguos, sus frecuentes traducciones y paráfrasis de

Horacio y, sobre todo, los versos lamentando la muerte de Larriva, por quien Pérez de Vargas tuvo gran estimación, me inclinan a creer que fue éste el autor de aquel folleto.

Escribió además Pérez de Vargas *El Vaticinio, epopeya al Febo Peruano* (Lima, 1826), precedida de un soneto en italiano dedicado a Bolívar. Celebra en dicha composición los triunfos del Libertador, con gran acopio de ci-

tas de personajes de la *Eneida*, y haciendo lujo de una gran facilidad para versificar.

José Pérez de Vargas falleció el 30 de Mayo de 1855.

Bolívar, en suma, fue el dueño de la inspiración de nuestros poetas durante casi un lustro; pero de aquel período sólo ha merecido pasar a la posteridad el canto *A la Victoria de Junín* de don José Joaquín de Olmedo.

## LOS POETAS DE LA COLONIA

( 1921 )

### AMARILIS

En nuestra noche colonial, esta singular mujer adquiere un encanto irresistible, a causa de la aureola romántica que la rodea. Yo confieso mi admiración por Amarilis.

Debí de nombrarla antes que Carvajal y Robles, para guardar el orden cronológico; mas, como quiero tratar de ella con alguna detención, la he dejado, deliberada y anacrónicamente, para el final de este capítulo.

Al estudiar la Epístola en Silva a Lope de Vega, surge una enorme dificultad: ¿Quién fue su autor? Y, si se conviene en que Amarilis escribió la composición aquélla, ¿quién fue Amarilis? Esto es lo que pretendo resolver.

Ante todo: ¿fue realmente mujer la autora de la Silva? . . . Partidario de la masculinidad de Amarilis es Ricardo Palma, quien, basándose en los mismos argumentos con que combate la feminidad del anónimo del Discurso en loor de la Poesía, ataca también la condición de mujer de nuestra poetisa.

Se funda Palma en la escasez de instrucción de las mujeres de aquel tiempo y en una serie de minucias torcidamente interpretadas las unas, y las

otras, desprovistas por entero de valor. Así, le echa en cara a Amarilis el "platonismo" amoroso de que hace gala en la Silva, como si cupiera otra laya de amor entre dos enamorados distantes y que por ende, jamás se habían visto ni tratado; y como si ese "platonismo" desinteresado no fuera propio de una mujer romántica, como indudablemente debió de serlo Amarilis. Arguye, también, Palma que la Silva está demasiado bien versificada para haber sido escrita por mano de mujer. ¿Qué? Donoso argumento que, de ser aceptado, equivaldría a negar la autenticidad de los versos de Sor Juana Inés de la Cruz, la célebre poetisa mexicana, casi contemporánea de la adoradora de Lope y, como ésta, americana. Palma, empero, dice que no se puede negar la autenticidad de las estrofas de Sor Juana, porque en ellas no se transparenta el menor asomo de erudición, sino "femeninas exquisiteces". A lo cual respondo que esta declaración vale más para nuestra poetisa que para la mexicana, porque la huanuqueña fue mucho más femenina que Sor Juana, desde que en su Silva transparen-

tó, no ya un amor divino —como la mística de San Miguel Nepantla— sino un desesperado amor profano.

Don Ricardo encuentra, además, sospechoso el afán autobiográfico de Amarilis, pues que ninguna mujer románticamente enamorada de un hombre a quien no conoce —don Ricardo lo dice— es capaz de entretenerse en referirle sus pequeñeces y grandezas. Perdóneme el maestro Palma, permíteme su memoria: pero una mujer románticamente enamorada de un hombre desconocido y distante, procede como mejor le viene en gana, y más cuando se ampara bajo el incógnito. El mismo Palma, al tildar a Amarilis de “comadre cotorrera” confirma, sin quererlo, la condición de mujer de la poetisa: ¿no es término corriente comparar a la mujer con las cotorras, a causa de su verbosidad? Y hay algo más aún: don Ricardo dice que en la Silva a Lope no hay “pretensiones de sabiduría”, y que, si Clarinda (?) aspira a ser hombre, Amarilis “se conforma con pertenecer al sexo bello”. De nada vale, pues, contra esta declaración explícita, los demás argumentos que da Palma.

Llega a avanzar don Ricardo la presunción de que Lope sospechó la pretensa superchería de que era víctima, y que, por eso, anduvo tan parco en su respuesta y no rimó la demandada vida de Santa Dorotea. Me parece mucho presumir. Más lógico sería culpar a la inminente vejez del Fénix de los Ingenios y a su fatiga mental —en 1620 había cumplido ya cincuentiocho años de vida laboriosísima— el desgano que trasluce su respuesta. Pero ello es aplicable. A tal edad, nadie se pone a trabajar rudamente por una enamora-

da del . . . otro mundo, como quien dice, desconocida por ende, y que a lo mejor, puede resultar ser una vieja solterona reñida con Venus y por Cupido desgraciada. ¡Locuras son éstas que, si no raras en la juventud, no se explican en los umbrales de la ancianidad, en los que a la sazón estaba Lope y mucho menos si se considera que éste andaba muy ocupado en sus amores con doña Marta de Nevarés Santoyo! . . . Por último, no me extraña como a Palma, el súbito silencio de Amarilis. ¿Qué otra cosa iba a hacer una monja que así, con tamaña sinceridad y candidez tanta, había confesado un amor profano —platónico, es cierto— reñido con su profesión religiosa?

Sostienen, en cambio, la feminidad de Amarilis, Menéndez y Pelayo, José Toribio Medina y Manuel Mendiburu; y la respetan Riva-Agüero y Ventura García Calderón. El primero de todos, Menéndez y Pelayo, afirma, con harta ligereza, que la poetisa debió de llamarse María de Alvarado, porque Amarilis es rebozo corriente de María, y Alvarado fue el fundador de Huánuco, de quien se decía nieta la enamorada de Lope.

Me permito rectificar al polígrafo español. La poetisa no se dice nieta del fundador de Huánuco, sino de dos de los fundadores de esa ciudad, los cuales, eran, además, de los primeros conquistadores del Perú. Y, en segundo lugar, que si es cierto que el primer fundador de Huánuco fue apellidado Gómez de Alvarado (1536), igual título puede acordarse sobre todo, a Pedro Barroso, que la “restableció” en 1549, y a Pedro Puelles que la trasladó y mejoró en 1542.

Otros creen que Amarilis fue un seudónimo de doña Marta de Nevares "postrera amiga de Lope". Quienes sospechan que fue hija de Diego de Aguilar y Córdoba, el autor de *El Marañón* y la *Soledad Entretenida*. Mendiburu la hace hermana de doña Isabel de Figueroa, la cual casó en segundas nupcias con el licenciado don Diego Alvarez, vecino de Huánuco. Y, en fin, Medina la cree hija del famoso doctor, don Francisco de Figueroa, uno de los versificadores que escribieron composiciones laudatorias para el Arauco Domado de Pedro de Oña y para la *Miscelánea de Dávalos y Figueroa*.

La verdad de las cosas es que todas estas conjeturas carecen de seriedad, por inatención de sus autores. Yo no dudo de la feminidad de Amarilis. Fue mujer. Sus versos lo están diciendo. Lo dicen la ternura y la dulcedumbre que la Silva destila. Y lo dicen los datos que en seguida expongo.

Probablemente, Amarilis se llamó María Tello de Lara y de Arévalo y Espinoza, siendo sus padres, don Juan Tello de Lara y doña María de Arévalo y Espinoza. Voy a decir por qué. Pero, mejor, oigámosla a ella misma:

*... mis "dos" abuelos  
que aqueste nuevo mundo conquistaron  
y esta ciudad también edificaron*

He aquí, pues, que ella se dice descendiente de dos de los conquistadores del Perú que, a la vez, fueron de los fundadores de "León de los Caballeros" o sea Huánuco, y que, por ende, eran ricos y nobles. Pues bien: con Gómez de Alvarado fueron a poblar Huánuco, Juan Tello y su hijo Juan

Tello de Sotomayor, los cuales habían venido al Perú entre los primeros conquistadores. Ambos eran ricos, pues que, como escribe Calancha, los primeros habitantes de "León de los Caballeros", fueron toda gente adinerada que, malaventuradamente, con el tiempo, empobrecieron, lo que fue causa de que muchos de sus descendientes "se han pasado a vivir a Lima", y no desde Huánuco, no obstante de ser descendiente de los ricos fundadores de esa ciudad:

*y quien del claro Lima  
sus primicias te ofrece...*

Pero hay algo más expresivo. Y es que ella escribe refiriéndose a Huánuco y a sus abuelos:

*Es frontera de bárbaros y ha sido  
terror de los tiranos que intentaron  
contra su rey enarbolar bandera:  
"al que en Jauja por ellos fue vencido",  
su atrevido estandarte le arrastraron  
y volvieron al reino a cuyo era.*

El rebelde a quien se alude aquí es Francisco Hernández Girón. Derrotado en Pucará, huyó, pero fue aprehendido en Jauja por ellos, los abuelos de Amarilis, Juan Tello y Gómez Arias Dávila. El hecho ocurrió así. Iban los capitanes Juan Tello de Sotomayor y Miguel de la Cerna, camino a Huánuco, cuando los oidores les dieron el encargo de prender al fugitivo Girón. Perseguía al insurgente Gómez Arias Dávila con un pelotón de soldados; y entre éste y los otros capitanes apresaron al desdichado Francisco Hernández. Y, cuentan Montesinos y el Palentino, que al conducirlo preso, iban delante de él "quatro vanderas tendi-

das, la del Maestre de Campo y del capitán Balthasar Belásquez, que se pintaron, con los capitanes en Xauxa, y las del Capitán Juan Tello y Miguel de la Cerna; en medio de estas vanderas, iba el preso, por aver sido de los Capitanes que le prendieron; a los lados del preso iba Hernando Pantoja y Juan Estevan Silvestre y Gómez Arias como personas que se hallaron más cerca en esta prisión”.

Y bien: del matrimonio de Juan Tello de Sotomayor con doña Constanza de Contreras, nació don Hernando Tello, quien casó con doña Eufrasia de Lara, hija precisamente de Gómez Arias Dávila, el otro aprehensor de Francisco Hernández. Reunió, pues, ambas sangres don Juan Tello de Lara, casado con la dicha doña María de Arévalo y Espinoza. Ahora bien, el genealogista no apunta ninguna hija hembra de este matrimonio; pero, lo saben muy bien quienes alguna vez se aventuraron por tales senderos, cuántas omisiones tiene Saldamando y basta para probarlo su incompleta y equivocada genealogía de los Ribera y Dávalos, como resulta de los papeles originales que posee José de la Riva-Agüero, y de los documentos publicados por Medina en su monumental Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Lima.

En definitiva, según los datos apuntados anteriormente, la biografía de Amarilis es la siguiente: descendía de dos de los conquistadores del Perú, que fueron, a la vez, dos de los fundadores de Huánuco: Juan Tello y Juan Tello de Sotomayor; también figuraba entre sus abuelos dos de los que apresaron a Girón en Jauja: el dicho Juan

Tello de Sotomayor y Gómez Arias Dávila. Vivía en Lima, reclusa en un convento, ya que ella declara:

*Yo, siguiendo otro trato,  
contenta vivo en limpio celibato  
con virginal estado,  
a Dios con gran afecto consagrado,  
y espero en su bondad y su grandeza  
me tendrá de su mano  
guardando inmaculada mi pureza.*

La Silva a Lope era la primera composición que escribía, no obstante su loca afición a las musas. Tenía una hermana menor llamada Isabel (Belisa), que había casado con un joven. Este dato viene, también, en apoyo de mi tesis: desde que Isabel, era el nombre de la hermana menor, nada más natural, entonces como ahora, que la mayor llevase el nombre de la madre; y María era el de la presunta madre de Amarilis, y este seudónimo es rebozo muy corriente del nombre de María. Tenía, en fin, nuestra poetisa un grande y delicado espíritu, poseía una sensibilidad exquisita, y era una excelente, ¡oh sí!, excelentísima rimadora... Más elocuentemente que mi prosa desgarbada y torpe, dirán el elogio de Amarilis los siguientes fragmentos de su Silva:

*El sustentar amor sin esperanza  
es fineza tan rara que quisiera  
saber si en algún pecho se ha hallado,  
que las más veces la desconfiada  
amortigua la llama que pudiera  
obligar con amar lo deseado:  
mas, nunca tuve por dichoso estado  
amar bienes posibles,  
sino aquellos que son más imposibles.*

.....  
*Versos cansados, ¿qué furor os lleva  
a ser sujeto de simpleza indiana,  
y a ponerlos en manos de Belardo?*

*Al fin, aunque amarguéis, "por fruta  
(nueva",*

*os vendrán a probar aunque sin gana,  
y verán vuestro gusto bronco y tardo:  
el ingenio gallardo*

*en cuya mesa habéis de ser honrados,  
hará vuestros intentos disculpados:  
navegad; buen viaje: haced la vela:  
guiad un alma que sin alas vuela.*

A estos versos contestó Lope, excusándose de no poder escribir la vida de Santa Dorotea, como le pedía Amarilis. Su respuesta principiaba así:

*Ahora creo, y en razón me fundo,  
Amarilis Indiana, que estoy muerto,  
Pues que vos me escribís del otro mundo;*

y es forzoso confesar, cual Menéndez y Pelayo lo hace, que, por esta vez, la humilde y desconocida poetisa huanuqueña superó al fatigado Fénix de los Ingenios. No en vano es ella, junto al igualmente ignorado Toribio Bravo de Lagunas, la lírica más sincera y dulce y tierna de nuestras letras coloniales<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> El autor ha rectificado y afirmado su criterio sobre Amarilis en el capítulo pertinente de *Escritores representativos de América*, 2ª serie, Tomo I, Madrid, Gredos, 1963 pág. 9 y sigtes.

## ELOGIO DE D. MANUEL GONZALEZ PRADA

( 1 9 2 2 )

La posición de este poeta sereno, pero violento prosador, no admite dudas. En verso o en prosa, un faro lo guía: la Belleza. Bella será su vida cincelada como una obra de arte. Al combatir no descuidará los pliegues de la túnica, que precisa ser bello hasta al proferir un dicitio.

Y combate siempre. Por algo o contra algo, nunca le falta razón. En verso combatirá contra la fealdad. Que se respete lo bello por encima de todos los intereses, y él estará satisfecho. Si alguien le hubiera interrogado acerca de su credo, él pudo responder: definiendo la Belleza.

¿No será ésta la clave de su obra?

Porque es bello el socialismo, lo amó fervientemente; pero, como también hay belleza en el sacrificio de un Graulógico era que su verbo enalteciera a los héroes, cuyas hazañas son el único perfume de la historia. Porque es bella amó la serenidad griega, y fue sereno; mas hubo de contrariarse y ser violento porque la belleza del arte y la belleza del orden social andaban en peligro.

Poderoso inculador de energía, supo y pudo orientar. Tuvo capacidad para comprender las necesidades pre-

sentes —así lo reconoce RIVA-AGÜERO— y sus derivaciones para lo porvenir —así lo palpamos hoy. Al mismo tiempo que capacidad para prever, poseyó autoridad indispensable, para indicar el sendero. ¿Qué más necesita un orientador? Por conservar su autoridad no aceptó prebendas. Hoy, más que nunca, lo puedo afirmar. El único cargo público que aceptó, fue la dirección de la Biblioteca Nacional. Y allí —lo relataré más adelante— más es lo que el país le debe a él, que lo que él debe al país.

Comprendió, sin embargo, que la tarea de indicar rumbos es de solitarios y de profetas. Desde mozo lo sollozaba en verso. Después, lo repitió en su madurez. “Quién sabe —escribía en 1898— si en el Perú no ha sonado la hora de los verdaderos partidos! Quién sabe si aún permanecemos en la era del apostolado solitario!”

Queja, que era un eco del <sup>61</sup>lamento juvenil:

*En el mar proceloso de la vida  
eres mi puerto, soledad querida.*

Eran los días de la reorganización. La coalición triunfante pretendía reno-

varnos. GONZALEZ PRADA, soldado en Miraflores, testigo de nuestra derrota y de nuestra desorganización, predicaba sus dolorosas verdades. El desastre nos volvió un instante de la inconsciencia. Por natural resultado, el examen de conciencia deprimió los valores existentes, y el famoso grito de GONZALEZ PRADA: “¡los jóvenes a la obra, los viejos a la tumba!” no fue sino la expresión de una censura unánime contra la generación de la derrota.

Necesaria la reacción, no hay que titubear entre la abulia, el pesimismo, la desesperanza patriótica, y el credo combativo, renovador y rotundo de GONZALEZ PRADA. Como toda reacción, la encabezada por el apóstol fue apasionada. Su violencia se desfoga en el civilismo de PIEROLA, en el clero, desorientados y desorientadores. Positivista, patriota, reaccionario. GONZALEZ PRADA descarga terribles calomnias sobre los políticos responsables y la clerecía cómplice.

En vano se habla de reacciones democráticas; él no verá en PIEROLA sino al Dictador del 81, al amigo de los conservadores. En vano le anuncian el fracaso: su desencanto, le arrancará esta frase: “los que en el Perú marchan en línea recta, se ven al cabo solos, escarnecidos, crucificados”. Pero su esperanza encuentra un asidero en el hombre superior que recons-

truya la patria contra las ascchanzas de los “hombres prácticos”. ¡Los hombres prácticos! ¡Qué amarga queja arrancan a GONZALEZ PRADA! Políticos prácticos fueron los que en Alemania desoyeron las exhortaciones de GOETHE para abrir el canal de Panamá; los que nos condujeron a la ruina económica y al desastre militar; los que, por faltarles la altísima guía de un ideal, empujaron el mundo al caos.

La esperanza de este hombre se fortifica avizorando al ser superior, al Regenerador. Zarathustra vendrá de sus montañas; Jesucristo descenderá de los cielos; Alonso Quijano abandonará la huesa: él lo sabe y lo espera. Pasan los años y su esperanza permanece incólume. En 1905, dirigiéndose a los obreros, les dice: “el soplo de rebeldía que renueva hoy a las multitudes viene de pensadores o solitarios. Así vino siempre”. No recuerda ya las risotadas burlonas con que los filisteos acogieron las palabras del superhombre; que, en esos momentos, a sus ojos aparece la faz venerable del viejo TOLSTOY, removiendo desde su retiro de Yasnaia Poliana, el alma de Rusia. Y él, sintiendo que las ideas marchan, que sus prédicas de otrora están sobrepasadas y envejecidas, añade a los obreros: “el propulsor se transforma en rémora”. Y pulcramente vuelve a su retiro para auscultar, en calma, el corazón de la Humanidad.

## DIEGO DAVALOS Y FIGUEROA

( 1 9 2 3 )

### *Antecedentes*

En carta privada del 29 de setiembre de 1922, me reprochaba D. José Toribio Medina no haber yo incluido en mis "Poetas de la Colonia" el resumen de la "Miscelánea Austral" de Dávalos, consignado por él en su "Imprenta en Lima". No era justo el reproche pues yo dediqué dos páginas a reseñar la obra de Dávalos, no obstante de que, como lo manifesté en una nota, no había podido hallar en Lima un solo ejemplar de la Miscelánea. Lo cierto es que, a pesar de esta imposibilidad, de leer un libro tan interesante, fui lo suficientemente honrado para recomendar el resumen de Medina y citar las referencias de Calancha, Mendiburu y Menéndez y Pelayo, así como la "Antología de poetisas líricas" compilada por D. Manuel Serrano y Sanz. Ya era bastante. Mis apuntes eran más amplias que las de estos autores y que las de Nicolás Antonio, Gallardo, Brunet, Ternaux y nuestro empeñoso Paz-Soldán. Todo esto como simple explicación preliminar. Ni me tengo por maravilla, ni aspiro por desgracia a serlo. Los años, con ser tan pocos lo que cuento, se encargan de castrarnos la ilusión.

Repliqué, pues, yo a D. José Toribio que ya José de la Riva-Agüero me había prometido enviarme, desde España, copia de la "Miscelánea" pero que demorando tanto —dos años— sin venir, no había yo tenido más remedio que publicar mi libracó así. Libretín de ensayo, como lo dije, interpolado y oscurecido por grave descuido editorial, forzoso era que tuviera defectos entre los que felizmente, no figuraba la omisión de la "Miscelánea". El sabio bibliógrafo tuvo a bien responderme dudando de que Riva-Agüero hubiese conseguido, durante su permanencia en Europa, ver un ejemplar de esa rara obra. Menos mal que el tiempo ha querido darme a mí mismo una sorpresa inapreciable al brindarme la lectura de la "Miscelánea Austral" en la biblioteca particular del erudito ecuatoriano D. Jacinto Jirón y Caamaño, durante mi estancia en Quito.

### *BIBLIOGRAFIA Y CRITICA*

Entre las principales referencias que conozco cito éstas que, por cierto, no son completas:

*Anónimo.* "Discurso en loor de la poesía"...

En el "Parnaso Antártico" de Diego Mexía de Fernangil. Sevilla, 1608. Fol. 21 vuelta.

*Calancha.* Crónica Moralizada. Barcelona, 1638. t. 1º p. 59.

*Nicolás Antonio.* Bibliotheca Nova. Matriti. M.D.CC. LXXXIII. t. 1º p. 269.

*Ternaux.* Bibliothéque Americaine. París. M.DCC.XXXVII. p. 51. Nº 254.

*Fernández de Navarrete,* Biblioteca Marítima, Madrid, 1851. t. 1º p. 314.

*J. Ch. Brunet.* Manuel du Libraire. París, 1860. t. 1º col. 577 (alude a una opinión elogiosa de *Diego Rubadan* en su *Bibl. Heber.* VI. Nº 1023.

*Gallardo.* Ensayo de una bibl. española de libros raros y curiosos. Madrid. 1863. t. 1º col. 317.

*Mendiburu.* Dicc. his. biogr. del Perú. Lima 1878. t. III. p. 2.

*M. F. Paz Soldán.* Bibl. Peruana. Lima. 1879. P. 540 Nº 396.

*Menéndez y Pelayo.* Antología de poetas hispanoamericanos. Madrid. 1894. t. III. p. CXCIV-V.

*id.* Historia de la poesía his.amer. Madrid. 1913. t. II. p. 178.

*Medina.* La Imp. en Lima. Santiago de Chile 1904. t. 1º p. 184. Nº 445 y cita, entre otros, una referencia en el "Catálogo de *Conde*, Nº 257" en donde se coloca la *Miscelánea* en el año 1603.

*Serrano y Sáenz.* Antología de poetisas líricas. Ed. de la R. Academia Esp. Madrid. 1915. t. 1º p. 83.

*Cejador y Frauca.* Hist. de la leng. y lit. cast. Madrid. 1916. t. IV. p. 212.

De entre esta colección de autores basta leer las referencias de Medina, Brunet y Menéndez y Pelayo para formarse idea aproximada de la obra de Dávalos. La pretendida poetisa del "discurso en loor de la poesía" no ofrece luces mayores, aunque tengo para mí sospechas que ya revelaré en otro capítulo. Calancha da cuenta de los conocimientos botánicos de Dávalos y Figueroa.

D. Diego Nicolás Antonio limita su sapiencia a estas palabras: "*Didaco d'Aualos : Scripsit : Miscellaneu Austral*". No conoció la obra. Tampoco la conocieron Mendiburu, que se remite a Calancha, ni Paz Soldán que escribe ingenuamente: "es una relación de la historia y antigüedades del Perú". En semejante situación se encuentran Navarrete, quien sólo copia el título de Nicolás Antonio, y Cejador, el cual sólo por referencias sabe de la existencia y contenido de esta obra, resumiendo los apuntes de Menéndez y Pelayo. D. Bartolomé Gallardo se limita a copiar las carátulas de la "*Miscelánea*" y la "*Defensa de Damas*". Ternaux sólo reparó en aquélla y no en ésta. En la "*Antología*" de Serrano y Sáenz hay dos renglones: en ellos se adopta la fecha de 1602 como la de la edición de toda la obra. Por el contrario, según las citas de Medina, Salvá trae copiosos datos. Pero casi todos concuerdan no haber parado mientes en la "*Defensa de Damas*". Sin embargo, de formar parte del mismo libro; y en decir que la obra consta de cuarenta y cuatro coloquios en prosa y verso, sobre materias diversas, sin añadir que hay seis cantos en octavas reales dedicados exclusivamente a la mujer.

## BIOGRAFIA

Del texto de la propia "Miscelánea" voy a extractar la biografía de su autor.

Había nacido en Ecija. Cuando ocurrió la rebelión de los moriscos de Granada, tenía, según él mismo dice, diecisiete años. Probablemente se refiere Dávalos a la rebelión que, iniciada el 1º de enero de 1567, culminó con el golpe del 14 de abril de 1568, pues de este modo tendríamos que su nacimiento ocurrió en los años inmediatamente posteriores a 1550; que cuando llegó al Perú, en 1574, por lances de amor y de honor, apenas había cumplido los veinte años, y que la "Miscelánea Austral" escrita fue en su madurez, ya que la cultura en ella revelada, fruto seguro es de la plenitud de una vida.

Descendía D. Diego de D. Tello González de Aguilar y de ilustres ecijanos (coloquio 38). Fue su abuelo, por línea paterna, D. Diego Dávalos, "señor de la villa de Ceuti", el cual, a su vez, era hijo del Adelantado de Murcia D. Pedro López Dávalos, quien había sido engendrado por D. Ruy López Dávalos, Condestable de Castilla. Por línea materna, Dávalos y Figueroa descendía de Murcia. (Coloquio 39).

Sólo tuvo dos hermanos: uno varón, D. Tello de Aguilar y Figueroa, cuyo elogio hace Diego en el coloquio 42 de la "miscelánea"; y una hembra Da. Aldonza Figueroa. Diego era el menor de los tres: era el segundón. Cuando escribía su obra ya habían muerto sus dos hermanos. Da. Aldonza falleció de menos de 30 años, casada, habiendo recibido la noticia D. Diego cuando esta-

ba en el Perú o en el Alto Perú (fol. 196 vta.). Por este dato podría colegirse que la "Miscelánea" fue escrita desde 1580; pero esto no es posible. Aquel dato se debió a la demora de las comunicaciones y a la vida andariega del poeta o no pasó de una ficción suya.

"Criéme -dice D. Diego- en noble estado y en honrada disciplina". Se enamoró muy joven de una dama, por cuyo amor se puso en tal condición "que me forzó a perder no sólo la dulzura de este amoroso estado, más la alegre vida de mi deleitosa patria" (coloq. 39). Tan apasionada historia tuvo un intempestivo desenlace. Iniciada con la audaz entrega de un billete, al entrar a la iglesia, terminó de un modo dramático. El suceso -confiesa él- fue una reñida contienda de que resultaron irreparables daños, y tales que aunque yo no fui el agresor, ni aun parte, me cupo lo que bastó, para que se me recresciessen gastos, prisión y disgustos largos de referir y pesados de llevar". (coloq. 40. fol. 188).

Don Diego relata añorante las circunstancias que rodaron su partida: la despedida de la dama, el romántico aleteo del pañuelo en la ventana inolvidada. (Coloq. 4). Desde este punto, el poeta empieza su accidentada romería. Se embarcó en el puerto y barra de San Lúcar y pasó a las islas Canarias. Terrible tempestad deshizo la flota en que viajaba, salvando casi prodigiosamente. Desembarcó en la Española. Pasó a Tierra Firme. Otra tempestad cogió a Diego en el mar, le obligó a tocar costa y durante 22 días, él y sus compañeros hubieron de sustentarse de mariscos. Por fin llegó a Pa-

namá, pasando luego a este "reino del Perú" en tiempo del "Virrey", como llama a Toledo, el año de 1574.

Aquí anduvo trabajando en diferentes menesteres. Fue soldado y le gustó la minería, del propio modo que a Enrique Garcés (loado por Cervantes) y a Mexía de Fernangil. Así lo prueba una carta dirigida por Dávalos al Virrey, desde Salinas, en febrero de 1588, y en la cual le habla de ciertos minerales. Por estos mismos asuntos, fue, tal vez, a La Paz en donde firma la dedicatoria de su "Miscelánea Austral". En el ejercicio de su profesión que "es el de las armas y caballos", escribe en dicha dedicatoria, hubo algunos ratos de descanso, durante los cuales escribió su obra, de idéntica manera como Diego Mexía aprovechaba los instantes de reposo que le dejaba un viaje penosísimo para traducir hermosamente "Las Heroidas".

El 6 de setiembre de 1601 firma su dedicatoria en La Paz. Ahí tuvo otro profundo amor, según refiere en el coloquio 41 : probablemente el de su esposa Da. Francisca de Bribiesca y Arellano, quien bajo el nombre de Cilena, es uno de los interlocutores de la "Miscelánea".

A partir de 1603 piérdense completamente las huellas de D. Diego Dávalos y Figueroa.

Fue u<sup>o</sup> segundón...

### RAREZA DE ESTA OBRA

Escribo tan extensamente sobre Dávalos, por la extremada rareza de su libro, que no por sus méritos, muy modestos desde luego.

Gallardo vio un ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid. Medina describe el del British Museum. En Quito existe otro en la biblioteca particular de Don Jacinto Jirón y Caamaño. Lleva el N<sup>o</sup> 23-2. Ignoro el paradero de otros ejemplares. En todo caso, desde los tiempos de Rubadán, Ternaux y Brunet, eran muy escasos, tanto que Nicolás Antonio no pudo conocer uno solo.

### ESBOZO CRITICO

Por cierto que es una de las obras más interesantes de nuestra literatura colonial. Ternaux la leyó muy de corrido o no la leyó, cuando se atrevió a tratarla tan despectivamente. Mejor gusto revela Brunet, reproduciendo el juicio de Diego Rubadán, quien pondera a la "Miscelánea" tanto por su rareza como por las excelencias del estilo en que está escrita. Y así es. Quien compuso la prosa de la "Miscelánea Austral" y rimó sus versos, bien pudo sentirse orgulloso de ello. Enrique Garcés, traductor de los "Lusiadas" de Camoens y de los sonetos de Petrarca, no es más armonioso y elegante que Dávalos y Figueroa. En el famoso "Parnaso Antártico" de Mexía de Fernangil, y, sobre todo, en la segunda parte inédita de esta obra, hay trozos que revelan un exquisito estro, pero ninguno lleva mucha ventaja sobre los versos de Dávalos.

Aludiendo a la variedad de asuntos en ella contenida, Menéndez y Pelayo compara la "Miscelánea" con una *Silva de varia lección*; harto semejante a la de Pero Mexía en lo inconexo y abigarrado de las materias. Por cierto que

éstas no se reducen a dar razón de árboles y plantas salutíferas como, con risueña ligereza, generaliza Mendiburu la cita de Calancha. Cejador, en seis líneas y media, no logra ni siquiera sintetizar el juicio de Menéndez y Pelayo. Y, así estuviéramos de apreciaciones, si Salvá, siguiendo las huellas de Brunet, Rubadán y adelantándose al autor de "La Historia de los Heterodoxos" no hubiera elogiado los méritos de la "Miscelánea". Porque Medina se limita a reproducir el comentario de Salvá, como corresponde a una obra de pura bibliografía donde poco o nada tiene que hacer la crítica literaria.

Naturalmente, el anónimo del "Discurso en loor de la Poesía" encomia poco a Dávalos. Yo tengo para mí, que toda enumeración de poetas, sabios o héroes es siempre defectuosa e injusta. En ellas figuran siempre nombres sin importancia, pero amables, con evidente desmedro de los valores auténticos. Hay una especie de defensa innata e inmanente en las mediocridades; la misma que en el "discurso" del anónimo salva a Luis Pérez Angel, a Cristóbal de Arriaga y al licenciado Falcón, cuyas obras rodaron al olvido; la misma que en el "Canto de Calíope" de Cervantes, enaltece a los ignorados poetas Juan Montes de Oca, Diego Martínez de Rivera y otros; la misma que en el "Laurel de Apolo" de Lope, o en "El Marañón" de Diego de Aguiar levanta a desconocidos.

En el caso de Dávalos y Figueroa es comprensible la parquedad del anónimo. El mismo lo dice, y será tema de otro capítulo. Pero, eso sí, la prosa de la "Miscelánea" poco tiene que mere-

cerle a la de los "Comentarios Reales" y a la del cronista Fray Bernardo de Torres, aunque sin llegar a la elegancia del Lunarejo; y su verso no sale tan mal parado si se le pone en parangón con la *Silva* de Amarilis. El "Parnaso" de Mexía y las traducciones de Garcés. Claro está que siempre sobrepasa a Pedro de Oña, al padre Ayllón y al fraile Alecio, y que no llega nunca ni a la elevada y robusta entonación de "La Cristiada", ni a la agilidad descoyuntada de Caviedes.

La cultura de Diego Dávalos es vasta. Cultura bien digerida y asimilada de hombre maduro. Los autores latinos, griegos, italianos y españoles le son familiares. Geógrafo, poeta, botánico, historiador, astrólogo, prosista, todo lo abarca su inquietud. Por inquieto, su estilo marcha al compás desigual de su pensamiento cabriolante. La erudición no pesa en su pluma como la de Peralta y Barnuevo. Con igual deleite refiere las vicisitudes del camaleón, la leyenda del cisne, su propia historia, una anécdota del emperador Carlos V y las fábulas incaicas. Vivía en plena Edad Media, y sentía vagos anhelos humanistas.

Segundón de familia linajuda, hasta esa circunstancia favoreció su vocación literaria. Su destino se concretaba en tres senderos: fraile, soldado o aventurero. Optó por el último. ¡Era la ruta de tantos otros inconformes! Para dicha suya hasta encontró dolor de amor que abroqueló su espíritu y templó sus nervios, tensos y vibrantes como cuerdas de guitarra andaluza, de esa evocadora Córdoba que está apenas a "ocho leguas de mi amada Ecija", como suspira D. Diego en alguna pá-

gina de su "Miscelánea". (Coloq. 37).

Estando un día con su esposa Da. Francisca de Bribiesca y Arellano, "cuya prosapia es bien conocida en Nuestra España", concibió el proyecto de componer un libro, con motivo de un soneto que él le recitara, mientras paseaban por su huerto. Y así fue, como robándole horas a su oficio de militar, escribió los 44 coloquios de la "Miscelánea" y los seis cantos de la "Defensa de las Damas".

Hacía ya bastantes años que estaba lejos de su patria, como él mismo se queja, hablando del Guadalquivir, "en alabanza del cual me puse a componer unos tercetos, traduciendo partes de los del Ytaliano autor, que hallé propósito de mi desseo, porque el deuer y gozar este ameno y dulce río, me hizo imaginar que después de mi larga y cansada ausencia, me vía en él y en sus deleytosos jardines y florestas".

Así se lamentaba el segundón.

#### DESCRIPCION DE AMBAS OBRAS

El tomo que he consultado, reúne, como todos, ambas obras. He aquí la descripción de ellas:

Contienen:

1 port.— 5 fol. prlms.— 15 fol. comp. laudat.— 218 fol. texto.— 8 fol. tabla.— 1 port. de "Defensa de Damas"— 4 fol. comp. laudat.— 80 fol. verso; 1 fol. comp. laudat.— 1 fol. índice de "Las Historias que se tocan en la Defensa de Damas etc".

Las portadas de ambas obras dicen así:

"Primera parte — de la Miscelánea Auftral — de Don Diego D'Aualos y — Figueroa, en varios co-loquios, in-

terlocutores, Delio y Cilena.— Con la Defenfa de Damas, — Dirigida al Excelentissimo Señor don Luys de Velafco, Cavallero de la Orden de Santiago, — Viforrey, y Capitán General de los Reynos del Pirú, — Chile y Tierra Firme.— Con licencia de su Excelencia — Impreffo en Lima por Antonio Ricardo, Año — (pleca) — M.DC. II".

"Defensa de — Damas, de Don — Diego D'Aualos y Figue-roa, em octaua rima, diuidodio en feis cantos, donde fe alegra co me — morables hiftorias — donde florecen algunas senten-cias refutando las que algunos Philo s ophos decretaron contra las Muger es prouando fer faltas, con cafos-verdaderos, en dierfos siepos fuccedidos. — Con licencia de su Excelen- Impreffo en Lima por Antonio Ricardo — M. DC. III."

Preceden a la "Miscelánea": licencia con el parecer del P. Ojeda, erratas de la 1 parte, tasa, dedicatoria al Excmo. Sr. Luis de Velasco; Al lector; Sonetos de Cilena a Delio, del General Fernando de Córdova y Figueroa, de Don Diego de Carbajal, Correo Mayor del Perú, del mismo, del almirante don Lorenzo Fernández de Heredia, del Dr. Francisco de Sosa, en razón de la censura que se dirigió al Autor, el Dr. Hormas", del Doctor Francisco de Figueroa, del lic. Don Bartolomé de Acuña Olivera, de Pedro de Oña, del mismo, de Don Francisco Núñez de Bonilla, de Don Cristóbal García de Rivadeneyra, de Don Antonio Maldonado de Silva, del Capitán D. Juan de Salcedo Villandrando, de Leonardo Ramírez, de un religioso grave, del mismo, una égloga de D. Francisco

Moreno de Almaraz, en la que dialogan Cilena y Delio.

Consta la "Miscelánea" de 44 coloquios entre Delio y Cilena, en prosa y verso, y en ella van insertas varias meritorias traducciones del italiano, entre las cuales sobresalen las de "lágrimas de San Pedro" por Tansillo, en 41 octavas, y la de varios sonetos de Victoria Colonna, Marquesa de Pescara.

La "Defensa de Damas" va precedida por sonetos laudatorios del Lic. Pedro de Oña, del Lic. Bartolomé de Acuña Olivera, de D. Sancho de Marañón, del Lic D. Francisco Fernández de Córdoba; por una canción de Ruy López de Frías Coello, y Estancias de D. Juan de la Portilla y Agüero.

Al final se inserta dos quintillas a Cilena, de Pedro Muñoz y Sambrano y un Epigrama en latín de D. Francisco Fernández de Córdoba, Colegial Real de su Majestad.

La "Defensa" está compuesta de 6 cantos en 471 octavas reales o sea 3768 versos.

#### FECHA DE LA EDICION

Como es fácil de observar, hay discrepancia entre las fechas de edición de ambas obras: la "Miscelánea" trae el año de 1602 en su carátula, la "Defensa" el 1603, y así, como es justo, la colocan en sus catálogos los bibliógrafos. Mas esto que, a todas luces es imposible, tiene desautorización total en el texto de la "Tassa" de la "Miscelánea", firmada por D. Antonio de Nagera Medrano, "secretario de Cámara de la Audiencia y Chancillería Real", la cual tassa está fechada así:

"en los Reyes en v eynte y nueue días del mes de Nouienbre de mil y feyf-cientos y tres años".

Por consiguiente tanto la "Miscelánea" como la "defensa" no aparecieron hasta fines de 1603 y aun quizá, principios de 1604.

#### LA OPINION DEL PADRE OJEDA

Al encomendar el virrey al padre fray Diego de Ojeda el examen de la "Miscelánea Austral", reveló un tino grande. De poeta a poeta era el certamen. El autor de la "La Cristiada" venía a dar su parecer sobre este peregrino fruto del ingenio ecijano. Precisamente, por aquellos días hallábase Ojeda preparando su poema. Y dijo al informar sobre el libro de Dávalos, que se podía imprimir "porque el verso es justo y grave, la prosa fácil y clara, las materias que contiene diversas y gustosas."

#### ALGUNOS ELOGIOS PRELIMINARES

Medina copia en su "Imprenta en Lima", tres sonetos de los que preceden el libro de Dávalos: dos de Diego Carbajal y uno de Pedro de Oña; aquéllos, por buenos; éste, por malo. Aquí copio uno del primero; otro del Almirante Fernández de Heredia, autor de una loa en verso en el citado libro de Garcés, y en fin, otro de Juan de Salcedo Villandrando, el panegirista del padre Ayllón. Este Salcedo fue muy encomiado por el anónimo del "Discurso" y a él se le atribuyen unos amores con la tal *Clarinda* (dama limeña linajuda, a la que Javier Prado

llama antojadizamente *Clarisa*), en los cuales tenía como rival al poeta Juan Montes de Oca.

He aquí los tres sonetos:

*De D. Diego de Carvajal*

*Qual cauta abeja, pródiga y cuidadosa  
Que de susurro sordo el ayre embuelue,  
Y cuando el campo el zéfiro revuelve,  
De su colmena sale bulliciosa.*

*Por la floresta plácida y umbrosa  
De donde, en agostándola, se vuelve,  
A dó el tomillo en rubia miel resuelve  
Oculto conversión maravillosa:*

*Tal de tu ingenio (Delio) que es colmena  
Depósito del néctar de escriptores  
Sales al campo con tu rica estrena;*

*Mas porque restituyas los favores  
A cuyos son, confiesa que Cilena  
En toda esta labor te dá las flores.*

*Del Almirante Lorenzo Fernández  
de Heredia*

*Aquella es a los ojos fuente grata,  
Que por el valle humilde el passo tiende,  
Y de camino un árbol y otro prende  
Con grillos de Christal o fina plata:*

*Mas todos los sentidos arrebatá,  
Si del soberbio monte en salto pende,  
Y de la cumbre que las nubes hiende  
Hasta el nativo centro se dilata.*

*Bien que el ingenio en agradable vena  
Corriendo por el subjeto no tan alto  
Regala del discreto los oydos;*

*Mas que en la cima ilustre de Cilena  
Y del sublime Delio, de tal salto  
Eleva el alma y roba los sentidos.*

*De D. Juan de Salcedo Villandrando*

*Componga amor a Delio una corona,  
Don sus efectos por laurel dedique,  
Y en su adorno la Sciencia comuniqué  
En lugar de Amaranto, y su Elicona:*

*La Verdad (pues verdad su acento entona)  
Su fuerza en vez de roble, sacrifique,  
Y un sabio persuadir Genio le aplique  
Y Belleza sus triumphos, que pregona.*

*Celos su origen, Música su nombre,  
Suerte el Amante, y la Virtud su alteza  
La Dama perfección: pues por su fama*

*Harán eterno al mundo su renombre  
Amor, Sciencia, Verdad, Genio, Belleza,  
Celos, Música, Amante, Virtud, Dama.*

Así resume Salcedo el contenido de la "Miscelánea" hasta el noveno colquio.

*DAVALOS, POETA*

Ya he dicho cómo es de elegante y discreto este poeta, cuyas traducciones superan a muchas de las de sus contemporáneos. Claro está que su verso no es alambicado como el de sus gongorinos sucesores. Por ser tan rara su obra, no bastaría mi afirmación. Precisa comprobarla. He aquí mi bien probanza; son tres sonetos sobre el Amor, el primero de los cuales ha sido incluido en la "Antología de poetisas líricas", no sé por qué razón.

*De Cilena a Delio*

*¿Cuál fuerza inexpugnabile o duro freno  
En potestad de brazo poderoso  
Podrá oponerse al curso presuroso  
Del tiempo esquivo, de mudanzas lleno?*

*Su vuelo muestra al parecer sereno,  
Manso, agradable, dulce y deleitoso,  
Un móvil siendo raptó y riguroso  
De todas vidas el mayor veneno.*

*Es un fuerte ministro de la muerte,  
De ilustres obras tenebroso nido,  
De alegre vista y manifiesto engaño.*

*Mas triunfa dél con alta y raza suerte  
Delio en su canto, y del voraz olvido  
Y yo en su nombre sin contraste o daño.*

(comp. prims.)

*Animoso temor, flaca esperanza,  
Paz sin sosiego, guerra con reposo,  
Alegría falaz, gusto dañoso,  
Incierta lealtad, cierta mudanza:*

*Vida de muerte, falsa confianza,  
Grata prisión en fuego deleytoso,  
Eladisimo ardor, yelo fogoso  
Dulce llanto y dolor, bien en balanza.*

*De nutrimento tal desde la cuna,  
Alimentó mi vida, el niño ciego,  
Vendiéndome por miel esta amargura:*

*Mas colocó mi ser, no la fortuna  
Sino quien puede dar gloria y sosiego  
Que no se le concede a la ventura.*

(coloq. I, fol. I.)

*Fuego es Amor, no es fuego pues no  
enfria  
(El que enciende mi pecho) a mi Cilena,  
Ni yelo pues no apaga ni refrena  
El inmenso calor del alma mía :*

*No es tristeza que a veces da alegría.  
Ni gloria pues que da tormento y pena  
Y no es dulzura, que de acibar llena  
Su miel, ni es hiel, que dulce es algún día.*

*El es vida y salud? nó, que da la muerte.  
Ni muerte porque a muchos da la vida.  
Es locura su ser? Seso le hallo.*

*Es niño flaco? nó, que es varón fuerte.  
Ni es fortaleza porque está rendido  
Pues es un no sé qué, que no ay nombrallo.*

(coloq. III, fol. 10 vta.)

Con gran donosura traduce unos  
versos de Luis Alamán, que empiezan :

*Quel che'n piu lieta e'u tranquila vita  
Vive, dil suo contrario tema sempre...*

(coloq. IV)

De entre los mejores sonetos de Dávalos, merece recordarse uno en el coloquio VI, que principia :

*Lágrimas que aumentáis el mar ondoso,  
Suspiros que cresceis el vago viento...*

y otro, en el coloquio XV, cuyo primer verso dice armoniosamente :

*Cayóse de las manos mi esperanza...*

En el coloquio XLIII, la emprende con la traducción de las "Lágrimas de San Pedro" por Tansillo, en 41 octavas. Como curiosidad copio la primera :

*El magnánimo Pedro que afirmado  
Con tantas veras a su Dios auia  
De morir con sus armas a su lado  
Porque en sí no conoce couardía:  
Viendo que tal al punto le a saltado  
Con tal dolor, que el alma le afligía.  
De su delicto siendo compungido  
El pecho siente con rigor herido.*

No menos meritorias son las muchas otras composiciones de que está salpicada la "Miscelánea", así como la colección de sonetos sobre el amor, traducidos del italiano, de la Marquesa de Pescara, en el coloquio XLIV; y las bien rimadas, pero insípidas octavas de la "Defensa de Damas" de que hablaremos después.

## RESUMEN DE LA "MISCELÁNEA"

Para dar una idea aproximada de la obra resumo aquí su contenido: Del *Coloquio primero al undécimo* las materias de que trata son el mal de amor, los celos, la belleza, la fortuna, con gran acopio de citas de Platón, Horacio, San Dionisio, Garcilaso, Guicén d'Arezzo, etc. La prosa es fácil, salpicada de erudición, sin pesadez. Escogidas las traducciones de poetas extranjeros, como la ya citada de Alamán, y airoso y galano el verso. En los coloquios *duodécimo* y *décimo tercero* elogia la lengua toscana, sobre todas las existentes, para expresar la poesía, loando además el arte poético a Ausias March, Juan de Mena, Jorge Manrique, Garcilaso y el Marqués de Santillana. (fol. 48).

Prosigue en los dos coloquios siguientes discurrendo sobre la caballería, los caballeros y los caballos, y cae, en los coloquios *décimo sexto* y *décimo séptimo* en las diferencias entre amor y amistad. Así continúa hasta el *vigésimo*, en donde habla de los vestidos de las Damas. Los temas de los cuatro siguientes son sumamente heteróclitos: los sueños, Prometeo, la ociosidad, las estampas, vida y muerte del Ave Fénix, el Pelicano, el Redentor, el Cisne, el Aguila, los Príncipes que tienen águilas en sus blasones y una anécdota de Carlos V. . . ¡No se puede dar confusión mayor! El coloquio *vigésimo quinto* está dedicado a referir las virtudes, dones, leyendas del camaleón. El *vigésimo sexto* a definir los atributos del Tiempo y de la Muerte "con la del Rey Nuestro Señor Don Phelipe Segundo". A partir del colo-

quio siguiente la "Miscelánea" cobra gran interés histórico.

Con efecto, desde el coloquio *vigésimo séptimo* precisa ir con más calma. Medina cita su título completo. Empieza Dávalos por rimar sonetos en lenguas toscana y castellana a un mismo tiempo, tal como fr. Rodrigo de Valdez lo hizo, en castellano y latín, en su engendro sobre las "Grandezas de Lima". Divaga sobre el origen del nombre del Perú, atribuyéndolo a un río llamado Berú, o a un indio principal llamado Pirú (fol. 114 vta. 115). Y luego trae estos apuntes que, por ser de aquella fecha, tan cercana a la conquista, tienen gran interés.

EXTENSION DEL IMPERIO  
INCAICO

Dice Dávalos: "Tomo este Reyno el nombre que tiene, que es desde Quito hasta el principio de la prouincia de Tucumán. Y por otra parte (que es por la costa) hasta tierra de Chile, aunque él no gouernaba mas que algunos pueblos cerca de la mar" (coloq. XXVII. fol. 114 vta.). En lo que, como es natural, siendo tan devoto del virrey Toledo, se halla de acuerdo con las informaciones levantadas por éste, y con la dudosa veracidad de Sarmiento de Gamboa.

Al tratar en el coloquio *vigésimo octavo* de diversas etimologías de ciudades, planetas, árboles y pájaros, se refiere especialmente a las aves del Alto Perú y a sus nombres indígenas, diciendo: "a los páxaros pequeños por delicado canto los llaman Piscos, a las Perdizes Yutos, a la Tórtola cucuri en unas prouincias y en otras Co-

rocuto. Al Martinete llaman Guacama y a la Bandurria (aue grande) así llamada en España la llaman Caquin-gora. A los Ansares Guallatas. A los patos ñuñumas. A las palomas llaman en esta provincia urpis, a otras aues que parecen aues frías (a lo menos en el canto) les llaman Lequelques". Y así siguen desfilando todos los animales "deste reyno llamado Aimara" (fol. 124 vta.).

Las lenguas indígenas atraen su atención, insistiendo, en la aimara y en la quechua, "que es la más general".

En el coloquio *vigésimo nono*, que es el citado por Calancha, se ocupa de yerbas frutales y salutíferas, del membrillo, el durazno, el plátano, y la palta o aguacate, del oso y del león. En el *trigésimo*, habla de ríos y fuentes, del modo de matar caimanes y de sucesos ocurridos en Guayaquil, el río de la Magdalena, De la Plata, el Marañón, y el Paraná. Igual materia sigue en los dos coloquios siguientes, añadiendo consideraciones sobre el oro de España y las imágenes de Copacabana y Pucarani cuyos milagros pondera. No puede ocultarse el fanático. ¡Al cabo español del siglo dieciséis! Por eso incurre en las mismas falsedades que Sarmiento y las informaciones de Toledo sobre la religión incaica y su importancia. Por ejemplo, asevera que los edificios incaicos de Coricancha y los de Tiahuanaco, no son de los Incas, sino debidos a los Españoles: aquél porque, dice, quedó inconcluso; éstos porque no había materiales para acarrear tamañas piedras. Cree en los gigantes del Imperio, y diserta sobre las piedras sonoras del Eten y las cons-

trucciones de Cacha y sobre el Cuzco. Comenta los ritos, leyes, y sortilegios incaicos. Con respecto a Manco, escribe que fundó el Imperio saliendo de la "Cueva de Tambo, seis leguas del Cuzco". Hablando del pueblo de Cañete aclara que así se llamó "por estar cerca de un pueblo de españoles deste nombre", habiéndolo fundado el Virrey Don Hurtado (fol. 146 vta.).

Siguiendo los propósitos de Toledo, dice en el coloquio *trigésimo cuarto*, que los Incas creían en "la inmortalidad del ánima" y que sacrificaban animales "y así mismo niños de diez años para abaxo" (fol. 149 vta.). A veces tiene observaciones exactas, verbigracia: al referirse al uso inmoderado de la coca por parte de los indios, apunta: "El umor de que los indios más participan es flema, en el cual pocas veces se enciende el amor" (fol. 154 vta.). Con cuanta mayor perspicacia exclamaba el licenciado Matienzo esta frase lapidaria sobre los indios: "Para ellos no ay mañana".

De la escasez de lluvias en la costa peruana trata el coloquio *trigésimo quinto*; de la poca prédica cristiana, el siguiente; en el que continúa, la emprende con el elogio de la ciudad de Ecija y las riquezas de España. Con este motivo trae este dato sumamente interesante e importante: "*Los españoles del Perú, así los acá nascidos, como los venidos de España no pasan de quinze mil hombres, cantidad poca para una común ciudad de España* (fol. 170 vta. coloq. XXXVII) y sujetaban un territorio de 600 leguas de largo por 80 de ancho."

Los coloquios siguientes hasta el *cuadragésimo segundo*, refieren las ya na-

rradas cuitas de D. Diego, sus amoríos, su salida de España, su linaje, su venida al Perú y la muerte de su hermana Da. Aldonza y de su hermano D. Tello. El *cuadragésimo tercero* contiene la traducción de "Lágrimas de San Pedro"; y el último un elogio del amor y los sonetos de Victoria Colonna.

Como detalle final agregaré que Medina copió los títulos íntegros de los coloquios I, XXVII, XXIX, XXX, XXXI, XXXII, XXXIII y XIV.

### LA DEFENSA DE DAMAS

Anteriormente he descrito ya la portada y el sumario de este libro. Compuesto en octavas reales, el asunto que lo inspira rebaja el vuelo poético de Dávalos y Figueroa restándole brillos y colorido. Es un poema correcto. Casi me atrevería a comparar con esos textos hechos especialmente *ad usum scholarum*. Dávalos y Figueroa, dueño de un espíritu selectísimo y de incuestionable soplo lírico, decae en esta especie de parodia del "Arte de Amar" de Ovidio. Por esto me limito a copiar la primera octava y, según la bibliografía, enumerar el asunto de cada canto con el número de octavas que contiene :

"Canto Primero de la defensa de Damas, de D. Diego Dávalos y Figueroa— contra la objeción de imperfectas y— de instables". — 98 octavas. La primera dice:

*Canto el valor, y el ser inmenso canto  
Que el cielo puso en femeniles pechos;  
Efectos castos, y grandezas, quanto  
Varones cantan por heroicos hechos:  
A defender las Damas me levanto  
Con fuerte escudo y bélicos pertrechos,*

*El que se offende con su injusta offensa  
Solo me escuche y salga a mi defensa.*

Canto segundo contra la oposición de sediciosas, altiauas— y profanas. — 73 octavas.

Canto tercero : contra Parleras y liujananas. — 78 octavas.

Canto cuarto contra couardes e invidiosas. — 78 octavas.

Canto quinto contra guerra—del varón, vanuativas y auarientas; —y otras objeciones. — 73 octavas.

Canto sexto— Contra Particulares— y diversas objeciones. — 71 octavas.

Es inútil agregar que de la "Defensa de Damas", salen estas limpias de toda mancha. Verdadera agua bautismal para la femenil reputación, este poema del ecijano D. Diego Dávalos y Figueroa, segundón de familia linajuda, comprueba cómo una naturaleza para el amor nacida, jamás se aparta del amor, aunque éste no le traiga sino tormentos y malaventuras. Por causas de amor hubo D. Diego de abandonar España; por amor, también, compuso sus versos, desde los líricos sonetos esparcidos entre la apretada y sutil erudición de sus coloquios hasta las sonoras octavas de la "Defensa" escrita para vindicar la femenina fama maltratada. Lejano esbozo de D. Juan, por seguir su estrella hasta atraviesa mares demandando olvido, como vehemente personaje de teatro. Sin duda por eso, cuando discurre seriamente sobre los templos incaicos, los afeites de las damas y las cualidades del camalcón, suavísima remembranza viene a dictarle rimas galantes, doloridos lamentos de un amor insatisfecho.

(Boletín Bibliográfico de la Universidad Mayor de San Marcos, Año I, N° 7 Lima, abril de 1924, pág. 1.

## SOBRE LAS HUELLAS DEL LIBERTADOR

(1925)

### AMORES DEL LIBERTADOR

El primer recuerdo vivo del Libertador, la primera huella profunda que hallo, es al desembarcar en Paita: "Señor —me han dicho— aquí vive *la Morito*".

No he entendido el anuncio. ¿Quién será esta Morito, cuyo nombre creen sería para mí un talismán?

*La Morito* —continúan— conoció a la mujer de Bolívar.

Roto está el encanto de la siesta. He aquí el rastro de Bolívar, perdido en el mar. La historia miente, pero, en veces, tiene sus reparos y desliza algo cierto. Esta es una de esas raras ocasiones.

El acento cantarín de un vendedor de la Plaza del Mercado me informa:

—¿*La Morito*? Pues se sienta todas las tardes en el muelle. . .

¿A qué se sentará en el muelle, *la Morito*? No ha de ser, por cierto, la nostalgia, sino el calor sofocante de este puerto destartalado, el que la obliga allí a fingir la figura de uno de esos personajes de cuento de hadas; una novia envejecida esperando el bienamado, como comentaría algún poeta mántico. . .

*La Morito* no está en el muelle. Me encamino a su vivienda. Es una casucha de madera; me atrevería a decir que de troncos de árboles, con techo triangular, como cabaña de bruja, como casita de muñecas.

Pienso en la Caperucita, en la abuela y en el lobo. Sólo que esta abuela vive, y yo no he de ser el lobo, ni mucho menos la Caperucita.

Como es día domingo, la gente está asomada a las ventanas, parada en las puertas, tomando fresco. Un mozallón me llama de pronto, a grandes voces, cuando ya estoy a punto de volverme a bordo:

—Ahí viene *la Morito*, ahí viene. . .

Desando. Una "morena" vieja avanza pausadamente por la calleja terrosa. Ella es *la Morito*. La detengo. Me acerco con respeto. Estoy a punto de quitarme el sombrero.

—¿Usted es Paula Orejuela?

—Para servirlo, señor.

—Me han dicho que usted conoció a la Libertadora, doña Manuelita..

*La Morito* se recoge. Baja los ojos pardos, agudos, se inmuta visiblemente y no responde nada. Se calla un rato,

agita los labios, y al fin, pronuncia resuelta:

—No, yo no la conocí.

—Pero...

—Yo no sé quién es esa señora.

—Pero, ¿usted no es Paula Orejuela?

—Sí...

Se detiene otro instante. La viejita desconfía y no me atrevo a sospechar por qué guarda con tanta avaricia su secreto. Al cabo se decide a responder:

—¿Para qué quiere usted que hable de esas cosas?— El tono triste me gana el alma. Estoy a punto de despedirme y dejarla que siga con sus confianzas dentro del corazón.

Puede más mi curiosidad. Yo he venido tras de las huellas de Bolívar, y no puedo abandonarlas, ahora que encuentro un retazo de su espíritu... *La Morito* habla. Al hacerlo, se transfigura. Es una anciana mulata, casi negra, de esas que llamamos morenas; blancos son sus cabellos; a pesar de los años, camina erguida, resuelta, como las mujeres bíblicas que han acostumbrado llevar una vasija sobre la cabeza; la pobre boca desdentada, sumida, tiembla antes de pronunciar cada palabra... Las manos son sarmentosas, nudosas como bordón de peregrino. Una de ellas sostiene una canasta. La manta terciada sobre los hombros le da un aspecto enérgico. Mira, al hablar, mira a los ojos, con curiosidad, con imperio, y, luego, aparta los suyos con desconfianza. Su frente llena de arrugas y su voz trémula me llenan de emoción. Acaso, la añoranza de la niñez lontana, me hace ver en esta anciana el recuerdo de mi deshecho hogar. Cuando la ternura empieza a faltarnos,

cualquier acento trémulo es suficiente para adueñarse de nuestro corazón...

*La Morito* es pobre, pero no tiene recursos: —Vivo con mis hijos— dice orgullosa. Y bajo el sol brillan las arracadas de oro que cuelgan de sus orejas. No sé cómo ni por qué impone respeto el aspecto de esta vieja. Para librarme del sortilegio empiezo a interrogar:

—¿Sirvió usted mucho tiempo a la Libertadora?

—Yo no la serví, señor. Ella fue mi madrina de bautismo. Me quería mucho, y yo decidí no apartarme de su lado nunca. Yo la quería mucho, mucho. Con sólo verla daba ganas de quererla y respetarla. Era una señora alta, robusta, de cara redonda. Me parece que había nacido en Quito...

—¿Y nunca le habló de Bolívar?

—Jamás señor. Ni siquiera ví un retrato de él, a pesar de que la acompañé durante tanto tiempo...

—Pero, ¿no había recuerdos del Libertador en la casa de doña Manuella?

—Ninguno.

—¿A qué edad murió su madrina?

—Le voy a decir.— Paula Orejuela se queda pensativa; ahora mira fijamente el horizonte. —Yo nací... bueno, tengo setenta y ocho años.

—En 1845...

—Así será... Yo tenía catorce años cuando se la llevó la angina. Hasta el mismo día de su muerte estuve junto a ella. Me negué a separarme de su lado. Le debía muchos favores y la quería demasiado. Murió en esa casa. Mire...

La casa en que murió la Libertadora está ocupada hoy día por un ne-

gocio de Don Ricardo Wong. Es una casuca de dos pisos.

—No ha cambiado nada; así era cuando murió mi madrina... Desde antes de caer enferma no salía a la calle para nada. Vivía retirada en su casa, haciendo flores. No tenía dinero y había que ganarlo para pasar mejor la vida. La ayudaban sus dos sirvientas, Dominga y Juana Rosa, las dos muertas hace tiempo. Yo iba siempre y la ayudaba también. Hacíamos flores de trapo, y luego las vendíamos. Trabajaba mucho, todo el día cosía, cosía sus flores y nos auxiliaba a las tres. Dominga, Juana Rosa y yo, las tres trabajábamos así juntas. Y ella con nosotras. No era orgullosa, sino con la gente de afuera. La angina vino a desbaratarlo todo. Murió aquí, en Paita...

—¿Usted es paitaña?

—Sí, señor.

*La Morito* no quiere hablar más. Se asusta de lo que ha dicho y me ruega insistentemente:

—No vaya usted a repetir lo que le he contado. Aquí la gente es muy curiosa y me va a volver loca con sus preguntas...

—Pierda cuidado, abuela...

Y la abuela se va, mientras yo vuelvo a la pesadez del barco, a aburrirme nuevamente en la cubierta, a relcer las páginas de Mancini, a aprender algo nuevo sobre la complicada vida del Libertador y a soñar en los últimos días de la que fue el gran amor de Bolívar. La leyenda nos la describe genial. Manuelita Sáenz conoció a Bolívar en Quito y, desde ese punto, se enamoró locamente de él. Dejó a su esposo, que era un caballero a las derechas, el médico inglés James Thorne, por seguir el destino aventurero del Héroe. En todas partes fue su genio tutelar. Le salvó cien veces la vida, y lo mismo supo aduicorarle las horas dubitativas de Bogotá que las gloriosas de Lima. Cuando su esposo, muerto ya el héroe, la llamó de nuevo al hogar, ella tuvo una respuesta olímpica que darle: Después de haber sido la querida de Bolívar no podía resignarse a ser la esposa de un Thorne.

¡Amores de Leones! Bendita la aurora de este día en que una negra humilde me regala una tradición espléndida...! (1923).

## DON RICARDO PALMA Y LIMA

( 1 9 2 7 )

### INTRODUCCION

“Ciudad de Lima”, exclamó Rubén, al alejarse de ella: “ciudad de Santa Rosa y de Ricardo Palma”, y desde entonces —por no decir desde antes— andan unidas la fama de la ciudad y la de su imaginero.

Limeño neto, limeño inconfundible, cuanto en su obra hay de alado y cuanto hay digno de reservas, es limeño. Por eso, cuando ya ausente de la antigua capital de los Virreyes, pensó Darío en su visita a ella, quedábanle en la memoria, como suave fragancia, la leyenda perfumada de Rosa de Santa María y la figura egregia de Ricardo Palma.

Lima y el tradicionista fundieron sus prestigios, pues, en la fantasía exuberante del Poeta; y como si ello no fuera suficiente, se unieron en el recuerdo de todo viajero culto que viniera atento. Desde el argentino Cané hasta el español Altamira, la ciudad y su imaginero no pudieron separarse nunca. Y así, a través de críticas y evocaciones diversas, lo mismo en la opinión desapasionada de Isaac Goldberg, Philip Ainsworth Means, Menéndez Pidal y Sáenz Peña, que en la vehemencia de Ventura García Calderón, en

la censura acerba de González Prada y en la vibrante glosa de Unamuno; en el dardo acerado de More y en la ponderación admirable de Menéndez y Pelayo; en el sereno concepto de Riva-Agüero y en el tumultuoso pensamiento de Haya de la Torre; en la sintética concepción de “Xenius” y en el violento ataque de Blanco Fombona, en cualesquiera críticas, Don Ricardo Palma apareció como tipo central de una ciudad cargada de leyendas. En derredor de su nombre alzaron sus murallas quiméricos palacios; y, bien sea como resurrector de un pasado formalista y retórico, bien como incomparable trasunto de un “tiempo mejor”; ya como demoledor sonriente o ya como panegirista un tanto excéptico, Palma encarnó un tipo y una etapa únicos en la literatura peruana y en la historia de la ciudad.

La más alta calidad y también el mayor defecto de la obra de Palma son su limeñismo. Lo mismo le ensalzaron por ser un criollo neto y, sin lugar a dudas, que lo vituperaron cambiando, maliciosamente, en “Limeñas” el adjetivo de “Peruanas” llevado por sus Tradiciones. No han reparado muchos

críticos en la dualidad que se vislumbra en éstas; que si asoma el escritor devoto del pasado, casi diríamos enamorado del tiempo viejo, en cambio la vida dinámica, su espíritu inquieto y su liberalismo acendrado, le impiden poner en las genuflexiones virreinales, respeto profundo, y suelta el trapo a reír de tanto embeleco, y zurce chistes y refranes, en los que, quizás, entre elogios y narraciones suntuosas, se descubre la irreverente sorna con que el abuelo tradicionalista mira toda aquella pompa colonial. Ya en los "Anales de la Inquisición", ya en sus "Verbos y Gerundios", ya en sus mismas "Papeletas Lexicográficas", aparece el socarrón. Escoge episodios humorísticos, y la tragedia la disfraza entre nubes de ironía. Si algunas veces se le sorprende prendado de su Tradición, de sus personajes, es porque en ellos puso hartos de su espíritu.

He aquí, un aspecto sumamente interesante de esa obra sugestiva. Muchos han tomado las Tradiciones Peruanas como relatos rigurosamente históricos, torciendo así su significado y la labor de un hombre que, antes que todo, y sobre todo, fue poeta. El mismo, alguna vez, definiendo la Tradición, escribió que el "tradicionalista tiene que ser poeta y soñador"; "el historiador es el hombre del raciocinio y de las prosaicas realidades". Y a fe que cumplió fielmente su lema. Profesó a la poesía y el ensueño, el culto más fervoroso de su vida. De otra manera no habría dado brillo y sugestión a la opaca edad en que le plugo hacer actuar a sus personajes.

## LA CIUDAD EN QUE VIVIO

Palma vivió en una Lima singular. La abarcó en toda la plenitud de su historia. Basado en sus lecturas, pudo resucitar las épocas conquistadora y virreinal; la emancipadora la conoció tanto por los libros, cuanto por las consejas y por lo que sus absortos ojos de niño sorprendieron en las calles de la capital recién independiente.

Nació Palma, como he dicho ya, en los años inmediatamente posteriores a la gesta libertadora: nueve después de Ayacucho. Alcanzó, por consiguiente, la agitación nacional en pos de una constitución definitiva. El 33 señala las postrimerías del poder de Gamarra. Dos años después contemplará el surgimiento de Salaverry y el alborear de la Confederación. Los recuerdos del niño Palma identificaron a Lima con la caída de los santacrucinos. La ciudad era aún triste y pobre. No habían pasado las inquietudes de la guerra, y la revolución perenne, excepto en el período de Gamarra, llenaba de zozobra a los pobladores. Se vivió en constante sobresalto. Los días transcurrían monótonos como en aldea dormida. Al leer las obras de Segura se comprende cuál era la existencia limeña de entonces. Primaban los militares engraidos por sus triunfos de la campaña emancipadora. La policía temía los asaltos de los bandidos, porque la miseria y la agitación habían favorecido la formación de montoneras. En los alrededores de la ciudad merodeaban bandas de forajidos. Cuando sonaba un tiro en cualquier portada, tembla-

ban los vecinos, pensando en un probable asalto. La autoridad no podía preocuparse lo suficiente del orden, porque antes tenía que atender a su duración. Si Alberdi dijo en sus "Bases" que el primer deber de los gobiernos americanos es el de poblar, en esos tiempos, el principal deber era el de durar. Durando, se pensaba que era posible cimentar la paz, como lo había ensayado Gamarra, y lo ensayaría, luego, Castilla. Y por durar, los demás servicios, que no fueran los bélicos, andaban descuidados. Como un consuelo para esa época turbulenta, recordemos la frase de Seignobos, el ponderado profesor francés, quien ve en las revueltas sudamericanas, manifestaciones de una vitalidad exuberante.

Era tipo frecuente el "sargento Canuto". Andaba suelta "Ña Catita", la criolla zurcidora de voluntades, nuestra Trotaconventos, la Celestina Limeña, de parche de papa salada en las sienas y puchito en boca. En la plaza de Armas, bajo los portales, cuando no existía el absurdo panorama de los parquesitos ingleses en esta tierra tropical, se juntaban los politiqueros, a rumorrear de conjuraciones. "Fulano se ha levantado en Arequipa" era voz limeñísima, que Palma aprendió en la infancia. Y así, con cierto mentido recato, en voz baja, pero no lo suficiente para que el rumor no circulara pronto, con la costumbre del "secreto a voces", el chiquillo iba formando su imaginación propensa a levantar castillos y vestir de fantasía, pedestres realidades urbanas.

Las casas de la ciudad eran grandes, de ese estilo del último siglo colonial, o mejor, de la primera edad republi-

cana. Casas anchurosas, de patio y traspatio, corralón con pesbrera, de puerta enorme y dos ventanas de reja en las cuales pelaban la pava los enamorados. Palma, nacido en una de esas casonas de la calle de Puno, se trasladó luego a unos altos en el Rastro de San Francisco, cuyos balcones de cajón, corridos, con celosías de madera, ofrecían campo propicio a sus travesuras: ahí fue en donde en una de esas noches inquietas, en que se sabía que Gamarra y los chilenos andaban cerca, oyó un trote de caballos, y, fiel a las convicciones de su padre lanzó el "Viva Santa Cruz" que el ya viejo mariscal recordaría, después de casi treinta años, en su retiro de Versalles.

Ese año 39, Lima experimentaba algunas reformas. Se fundaba un diario que hasta ahora existe, "El Comercio", y dos años después un Colegio que es el primero de la República, el de Guadalupe. No cesaban por eso, las inquietudes. Los orbegosistas que eran muchos, los enamorados de la trágica gloria de Salaverry, los partidarios de la Confederación, los nacionalistas recalcitrantes, no veían con buenos ojos el triunfo de Gamarra, Castilla, Pardo, etc. ayudados por los chilenos de Bulnes; y andaban a salto de mata, en complots de café, sembrando alarma entre los vecinos. Así, también, en las portadas, era mayor el espanto. No se contentaban los bandoleros con su reinado en la Tablada de Lurín y Piedras Gordas, sino que hacían incursiones a la capital. Por Guía entraron muchas veces entre la sombra de la noche, a favor de un grito partidista, y saquearon a algún tendero acomodado.

A la luz de los mecheros, Lima, pre-

sentaba un aspecto de leyenda. Las calles eran apenas concurridas, pasadas las seis de la tarde. En Juan Simón concluía un lado de la ciudad. No había sido construido ninguno de los barrios principales de hoy. Ir a Chorrillos era ya una empresa grave. Generalmente tal viaje se hacía en carruaje, y con temor, de que los forajidos, que merodeaban por Villa, hubiéranse dado un paseo más cercano. Corrían las acequias por las calles, y ahí jugaban felices los muchachos. En tal ambiente pueblerino, sólo la mujer ponía su nota inconfundible de gracia. Era pícaro la tapada tras de su rebozo, lo mismo al asaetear un fulano, que bailaba en alguna fiesta, que al contestar sus piropos. Triunfaba en la calle, con el fulgor de sus ojazos, lo menino de su estatura y la brevedad de su piececito proverbial. Así aprendió Don Ricardo a sentir por la limeña la devoción que se manifiesta en sus Tradiciones. . .

El piropo era flor encendida y espontánea que subía del corazón a los labios. Los sembraba el taconeo de las limeñas embozadas, sus miradas de fuego, el capulí de su tez. Al caer la tarde, mientras el farolero, escalera al hombro, corría por las calles encendiendo los mecheros, en las ventanas de reja, a favor de la penumbra, enamoradas parejas, pelaban la pava, olvidadas de todo, como si pertenecieran a otro mundo. Mientras tanto el aire se poblaba de pregones y cantares. Pregón del "rosquetero" que rimaba sus anuncios. Cantar de los chiquillos del barrio tras del "farolero de la esquina el Sol". Y en la noche, serena como todas nuestras noches costeñas,

más de una murga o estudiantina, llenaba la calle de endechas y súplicas, con la serenata a la enamorada.

Interrumpía aquella égloga el pasar de tropas y el arrastrar de pesados cañones de mecha, que se cargaban por la boca. En la quietud de la ciudad, el alerta de los centinelas despertaba a muchos temerosos, y la lengua de bronce de las campanas no cesaba de anunciar prodigios celestes.

De pronto, la paz, quedaba rota. Una voz traía alguna nueva alborotadora, y automáticamente, entre un revuelo de voces, se clausuraban los portones, haciendo un estrépito formidable. Era el cierrapuertas típico. ¿Qué pasaba? Palma tenía apenas nueve años, cuando en Lima reinó un espanto enorme al saber que, de un balazo, al empezar la batalla, había caído muerto Gamarra. Palma era enemigo de éste, por tradición de familia, pero todos sintieron en el alma esa tragedia. Sobrevino el caos, y ya no hubo égloga ni pelar la pava, porque se temía asaltos y revueltas. La voz de los serenos no acallaban los continuos disparos que se oían. ¡Vidal, Torrico, Menéndez! Entre el pánico, cierto día un bandolero osado y negro entra a la ciudad aprovechando de la ausencia del Presidente y se sienta tranquilamente en la silla presidencial, siendo Jefe del Estado por algunas horas. Otro día, es un Presidente interino el que, harto de presenciar escándalos y de escuchar diatribas, manda a su hija arrojar la banda presidencial por el balcón de su casa, —calle de Plateros de San Agustín—, a la turba que se había congregado en son de protesta. Y se duerme, otra vez, sin acordarse de la multitud

que lleva la banda en triunfo, creyendo que con eso ha reconquistado su soberanía . . .

Lima está loca de revueltas: reina el caos. Cuando Castilla vence a Vivanco y se impone, nuevamente empieza a retoñar la ciudad, y las mujeres llenan las calles con sus polleras amplias, sus mantilladas calazas, sus ojazos enormes, sus pies diminutos. Pero, no cesan los bochinches. Los estudiantes de San Carlos andan en pleno alboroto porque los hay que siguen las huellas de su Rector, fray Bartolomé de Herrera, y otros que prefieren el liberalismo del joven don José Gálvez. Entre la lucha liberal y conservadora, Lima vive exaltada. Palma, que es primero vivanquista y luego liberal, se acostumbra así a aquilatar mejor el espíritu de su ciudad.

Sobrevienen los días de la Convención. No hay tarde en que los “vivas” y los disparos demasiado entusiastas no lleven la zozobra a las familias. La Convención quiere reunir todos los poderes y Castilla se ríe socarronamente. Como consecuencia, se echa en brazos de los conservadores. Y aunque se haya suprimido la pena de muerte y los negros recién libertados aprovechen las circunstancias para dejar oír sus clamores y su replana, el Perú vuelve a tener una Constitución conservadora.

En ese ambiente, Castilla afronta sublevaciones. La del general Castillo es una de las más serias. Un grupo de exaltados trama una conspiración, con Gálvez a la cabeza. En un rapto de furor asaltan la propia casa de Castilla en Lima. Como consecuencia reinan días de persecución y pavor. Palma hubo de emigrar a Chile.

La ciudad ofrece un aspecto curioso. Desaparecen los “cajones” o tenduchos de uno de los costados del Palacio de Gobierno. Como avanza la renovación, se piensa en dotar de comodidades modernas a Lima, en suprimir las acequias y darle desagües.

Pero, no ha nacido para vivir tranquila la ciudad. No tarda en verse envuelta en agitaciones tremendas. Palma asiste a la efervescencia, cuando se anuncia la proximidad de la llegada de la escuadra española, ya que estaba ausente cuando se crispó el Perú contra el Tratado Vivanco-Pareja, y los carolinos tuvieron la osadía de salir a una ceremonia oficial, con crespón de duelo sobre sus escarapelas nacionales. El cañoneo del Callao, el 2 de mayo del 66, produce una conmoción terrible en Lima. El triunfo enloquece a las gentes, si bien se atempera la alegría con el dolor de ver muerto al héroe Gálvez. Nuevamente vive Lima la inquietud de la montonera. Más tarde tiene que presenciar la más dolorosa visión del derrocamiento de Balta, de quien había sido secretario Palma, seguido de su fusilamiento inicuo por los Gutiérrez; la furia popular contra los cuatro hermanos usurpadores; la “Lección” —así la denominó un político desde los balcones del Club de la Unión— que significó la masacre de tres de los hermanos, y el sangriento epílogo de esa aventura absurda.

Presencia mucho en su Lima. Asiste a la agonía del 81, cuando las mujeres se aprestaban a defender sus hogares mientras los hombres combatían en Miraflores. Ve destruidos muchos monumentos, entre ellos la Biblioteca Na-

cional. Pero, le toca contemplar, tres años después, su renacimiento.

Lima enmudece durante la ocupación. Aquellas bellezas que se ven en el libro de Fuentes, son ocultadas por temor a la rapiña chilena, y otras desaparecieron en los asaltos de éstos.

La ciudad extendía su radio mucho más lejos que antes. Se vivía con criterio de cierta modernidad. Nuestros teatros acogían a figuras de primera fila. Sarah Bernhardt prestigiaría al Politeama; Adalguisa Gabbi vendría, luego, a regalarnos con su voz. Celebridades de todo género llegaban a la antigua sede virreinal. Pasada la época de la ocupación, Lima recuperaba su prestigio de antes, nimbado esta vez por el dolor. Así como durante la ocupación desaparecieron las fieras del Parque Zoológico, llevadas como inocentes rehenes a Chile, y hubo que pintar las puertas de bronce de la Penitenciaría para que no desaparecieran en garras de la voracidad del invasor, y se desarmó el ingenioso reloj de Ruiz, que al dar las horas dejaba aparecer soldados y escuchar bandas militares, para que los chilenos no lo pudiesen armar en su capital, y quedó sin libros la Biblioteca Nacional, y no se abrieron las puertas de muchas casas, y en algunas plazuelas se ven cruces negras, testimonio de algunos fusilamientos de peruanos patriotas, y se impusieron cupos de guerra a los vecinos notables; —así, pasada la ocupación, no reinó la alegría, pero se sintió que había nacido una conciencia nueva, y, por eso, sin duda, Lima no miró con buenos ojos a las tropas de Iglesias que habían sido respetadas por los chilenos después del grito de Mon-

tán, y se volvió cacerista, fervientemente cacerista, cuando se supo que el Brujo de los Andes se había levantado en armas contra Iglesias.

Por ese entonces, en el gobierno de Cáceres, el padre jesuita Cappa publica una antojadiza historia del Perú y Palma arremete violentamente contra él. Como resultado, los jesuitas fueron expulsados del país. Un día, Cáceres va a visitar la Biblioteca Nacional y asombrado de la prontitud con que Palma le da cuenta de los libros, le pregunta: “¿Y usted ha leído todos estos volúmenes?” —“Dos veces, sí, señor”, responde socarronamente Don Ricardo . . .

Pero ocurren los sucesos siguientes a la muerte de Morales Bermúdez, y el país se levanta contra Cáceres. Piérola encabeza la Coalición cívico-demócrata. Después de dos años de lucha, Piérola y la montonera se acercan a Lima. El ejército de Cáceres, intacto, con sus kepis rojos, espera el ataque. Los montoneros, una mañana, el 17 de marzo del 95, se lanzan por Cocharcas y arrojan a los soldados del gobierno. Otras montoneras entran por diversas portadas. Cáceres utiliza un tren blindado que cañonea el camino de Lima al Callao. Los montoneros se estacionan en la Plaza del Teatro. De las casas de Lima abalean muchas veces a los soldados. Los techos se vuelven trincheras, las torres de las iglesias, atalayas ocupadas por las tropas unas, otras por los revolucionarios. Un cañón se instala en la plaza de la Salud, otro en la del Teatro, otro en la de Armas, y así en muchos lugares. LOS VECINOS DE Lima, tiemblan de espanto al escuchar el cañoneo. Durante dos días no cesa el combate en las calles.

Los soldados pelean contra los montoneros y contra enemigos invisibles. Cuentan que Cáceres salió del Palacio para dirigir el combate, pero que llovieron sobre él balas de ignorados puntos, y sus ayudantes le obligaron a retirarse, a él, al héroe de la guerra con Chile, al brujo de los Andes, al último en resistir al enemigo. A los dos días de combate, el Delegado Apostólico salió a la calle presidiendo una procesión, para pedir tregua. Fue concedida ésta, con el objeto de retirar a los muertos. Luego se convino que Cáceres dejaría Lima y que el poder sería asumido por una Junta de Gobierno. Dos mil cadáveres quedaban en las calles. Durante muchas semanas el hedor fue insoportable. Pero, los limeños celebraron con júbilo el advenimiento de Piérola, ídolo popular desde que era ministro de Balta, y, luego, cuando a bordo del "Huáscar" resistió el ataque de los dos buques ingleses, el "Shah" y el "Amethyste".

Al punto, empieza la modernización de Lima. Contra la oposición de muchos, Piérola lleva adelante el proyecto de trazar el Paseo Colón. Lanza la idea de la avenida de la Colmena. Moderniza los servicios en general. Da vida a una Lima nueva. Y comienza a ser capital, la nuestra.

Aún ve Palma mucho más. Asiste a la organización del Ateneo de Lima y de la Academia Peruana de la Lengua; al Parlamento como senador por Loreto; a la logia del Perú como masón distinguido; a la Biblioteca en que pasó 28 años como director. Conocía todos los vericuetos de la ciudad. Gran amigo de algunos frailes sabios, hurgó en todos los archivos conventuales. Y

así llegó a asistir al advenimiento del nuevo siglo, en que Lima celebró fiestas ruidosas.

Ya no se pelaba la pava, sino en ciertos barrios. Los antiguos Bancos nacionales —el de Lima, el de la Providencia— habían dado paso a Bancos extranjeros. Poco después se estableció el servicio eléctrico de tranvías y, luego, el de alumbrado. Desapareció el farolero de la hora del crepúsculo, y los escuálidos jamelgos de los tranvías cedieron el paso a la electricidad. Como una bestia ignota surgió el primer automóvil. Fueron menos numerosas las cometas en los aires, y menos, también, las peleas entre colegio y colegio. El día de San Juan, ya no vio Amancaes el mismo cortejo de otrora ni matizó la ciudad con su amarillo violento la simbólica flor de aquellos días . . . El mozo cunda cayó en descrédito. Contra la "palizada" empezaba a erigirse el criterio de autoridad. Desierta y muda, la plazoleta del Cercado no volvió a ver las romerías alegres de antaño. Y no fue menester que, la víspera de las elecciones se encerrara a los capituleros para soltarlos, "a buena presión de pisco", el día de los votos. Se abrió la avenida de la Colmena. De la fachada de la iglesia de la Merced desaparecieron las columnas salomónicas y la portada barroca. Una noche voló al cielo el ángel de oro que se erguía sobre la pila de la plaza mayor. La piqueta demolió viejos rincones. El Callejón de Petateros se volvió Pasaje Olaya. Las huertas de chirimoyo se convirtieron en barrio bullicioso. En donde soledad reinaba, en La Victoria, nació una población bulliciosa. En cambio, poco a poco decaía el prestigio

del antiguo barrio de Abajo el Puente. Antc aquella transformación, Palma, desorientado, se retiró a Miraflores, después de la apoteosis de una noche en que recibió fervoroso homenaje. Y

no volvió a su ciudad, hasta que le trajeron las fúnebres mulillas del último paseo.

La Ciudad se estaba renovando más.

## “GONGORA EN AMERICA Y EL LUNAREJO Y GONGORA”

(1927)

### *El “Apologético” y su época*

Aparece el “Apologético” en 1662, como queda dicho. Prueba de sus excelencias y de la aprobación encontrada por doquiera, es que se hizo, poco después y probablemente en Europa, la segunda edición de 1694, en cuya portada se puso, maliciosamente, el nombre de Juan de Quevedo, impresor que ya había muerto y que fue el que publicó por vez primera la obra de Espinosa Medrano.

1662 coincide con un cambio completo en el ambiente literario español y americano. El propio Lunarejo insinúa algo sobre ello, cuando afirma en la dedicatoria de su libro dirigida a don Luis Méndez de Haro, duque conde de Olivares: “Célebre Francia las que florecen hoy en dulce vínculo de ambas coronas, pues debe a V. Exsa. el que Austria aspirase el suavissimo Austro pare fecundidad de los franceses “lirios”, alambicada frase que trasantaba la unión de Austria y Francia y su influencia en España.

Sale tarde a luz. El Lunarejo nació después de la muerte de Góngora ocurrida en 1627, conforme él lo confiesa cuando escribe: “Tarde parece que salgo a esta empresa: pero vivimos muy

lejos los Criollos, además que cuando Manuel de Faria pronunció su censura, Góngora era muerto; y *yo no avía nacido*”. Coincide, por tanto, con la época de revaluación de Góngora, con la de mayor ardentía en sus discípulos, y la de mayor enconamiento en sus enemigos. Aquellos, los fervorosos publican entonces encaminado a esclarecer sus oscuridades y a enaltecer su talento. José Pellicer de Salas y Tovar da a las prensas, en España, por 1630 sus “Lecciones solemnes”; entre Francisco Cascales y Martín de Angulo se traba una polémica respecto a Góngora por los años de 1634 y 35, en las obras tituladas “Cartas filológicas” y “epístolas satisfactorias”. Al año siguiente, o sea el 36, Coronel saca una cuidadosa edición de las obras de Góngora. Pero, en el siglo siguiente, Luzán, el preceptista, encabeza un violento ataque contra el cordobés. Antes, Quevedo, queriendo atacar el gongorismo, había editado (1631) los versos de Fray Luis de León, citándolos como ejemplo de sencillez, pero él mismo se internó, luego, en los vericuetos del conceptismo, como necesaria reacción contra el culteranismo. Gracián siguió

los pasos de Quevedo, y hay párrafos en que la desnudez verbal, por expresar sólo el concepto, llega a límites de oscuridad incomparables. Un exceso de parquedad en la forma produce el mismo resultado que la frondosidad gongórica. Antes de la muerte de Góngora, leemos, además, una punzante arremetida, el "Antídoto contra las Soledades" de Juan de Jáuregui, y Lope y, más tarde Calderón, trataron de opacar los méritos del gran renovador, si bien, no pocas veces, incurrieron ellos mismos en el pecado que censuraban. Cervantes, en cambio, tuvo frases de encomio para las "estancias polifemas" del cordobés, elogiándole en el "Viaje al Parnaso".

Trasladando el escenario a América, no es difícil advertir que el gongorismo, iniciado en vida del Maestro con suma levedad, se acentúa después de su muerte, cuando los discípulos exageraron la nota del rebuscamiento, sin poseer los altos quilates del modelo. En el Perú, en 1630, aparece el primer Poema netamente gongórico, el del fraile Ayllón, dedicado a los "23 mártires del Xapón", fruto de una juventud ardiente y novelera. En México, Sor Juana Inés, siguió, también, los pasos de Don Luis, y, además, fue número obligado en las fiestas de los colegios jesuitas, que los alumnos recitaban las "Soledades", según refiere Salazar y Torres, citado por Fitzmaurice.

El *Lunarejo*, pues, no llega ni temprano ni tarde. Aparece en pleno fervor culterano. La literatura del Perú estaba plagada de producciones alambicadas. Ya he dicho, en otro estudio, que el alambicamiento, lo ceremonioso, lo formalista, fue un distintivo de

la época, y que, quizás, aun sin Góngora, la literatura virreinal habría sido culterana, ya que no es privativo del Cordobés el movimiento así llamado, sino que trasuntó dos aspectos bien distintos de la literatura y el espíritu universales: los adoradores de la forma, o culteranos; los devotos del fondo, o conceptistas.

"El Apologético" aparece, pues, en su momento. 1662 marca, apenas, uno de los años de iniciación del gongorismo en el Perú. Yo no veo por qué ha de ser verdad la frase de García Calderón, cuando insinúa que "sorprende y sorprenderá siempre a los críticos que la más elegante prosa del coloniaje peruano, haya sido escrita en un rincón de provincia, por un cura de barrio, docto en profanas letras y remoto apasionado de Góngora". A mí me parece tan natural como que precisamente, este mismo cura de provincia, se libre bastante de la plaga que encomia, y su gongorismo, lejos de aventurarse por los vericuetos del mal gusto, cual hicieron los malos discípulos, se desenvuelva en un estilo impecable, con una majestad mondana y pulcra, sonora y elegante, un tanto crudita y no poco rebuscada, pero sin perder la claridad ni la innata sencillez de su alma indígena, tal cual le hubiera placido al cordobés don Luis.

Su loa, no es desmedida y ciega, ni le lleva a insultar ni befar demasiado a Faria, autor de un elogio de Camoens, antes que de su diatriba contra Góngora. En un párrafo escribe el Lunarejo: "No sé que furia se apoderó de Manuel de Faria y Sousa, para que de Comentador de Camoens se pasase a ladrador de Góngora: pudiera este

fidalgo correr su stadio, y proseguir su estudio sin enturbiar con polvo tan ruin en honrado sudor de su fatiga. Vileza es del ingenio no acertar con los fines del aplauso, sino tropezando en los medios de algún descrédito. Vituperar las Musas de Góngora, no es comentar la Luziada de Camoens, morder para pulir, beneficio es de lima; morder para sólo roer, hazaña será de perro. Cuando al libro le haga bueno la erudición propia; nunca le haze ni aun razonable el deslucimiento ajeno. De Don Luis de Góngora nadie dixo mal, sino quien le envidia, o no le entiende: si esto último es culpa, pendencia tienen que reñir con el Sol, muchos ciegos”.

Los conocimientos preceptivos del *Lunarejo* se ponen a cada paso de manifiesto y comenta con autoridad las caídas de Faria. “No inventó Góngora —dice— las transposiciones Castellanas, inventó el buen parecer y la hermosura de ellas, inventó la senda de conseguir las . . . O prodigios del ingenio de Góngora, levantó a toda superioridad la elocuencia Castellana: y sacándola de los rincones de su hispanismo, hízola de corta sublime, de balhuciente fecunda, de estéril opulenta, de encogida audaz, de bárbara culta”. Añade, más adelante, que comparar a Góngora con Juan de Mena, por el uso de ciertas figuras literarias, es “confundir con Sol flamante al candil moribundo”. Cita, único poeta americano a quien nombra, a Pedro de Oña, a propósito de ciertas figuras que copia del “Ignacio de Cantabria”, uno de los indigestos centones de la literatura virreinal, y, a renglón seguido, ofrece transposiciones tan violentas como las

de Góngora, escogidas de Barahona de Soto, Cervantes, el Pinciano, Alvar Gómez, etc. Su elocuencia, en fin, se sintetiza en estos hermosos párrafos, con que cierra su “Apologético”: “Cesse aquí la pluma, cesse ya el zelo de sacudir calumnias, de persuadir escarmientos . . . Salve tu Divino Poeta, Espíritu Vizarro, Cisne dulcísimo. Vive a pesar de la emulación; pues duras a despecho de la mortalidad. Coronen el sagrado mármol de tus cenizas los más hermosos libios del Ilelicón, *Manibus date ililia plenis*. Descansen tus gloriosos Manes en serenísimas claridades, sirvan a tus huesos de túmulo ambas cumbres del Parnaso, de antorchas todo el esplendor de los Astros, de lágrimas todas las ondas del Aganipe, de epitafio la Fama, de teatro el Orbe, de triunfo la Muerte, de reposo la Eternidad”.

Así termina, con tan exaltado loor, el “Apologético” de Espinosa Medrano.

Pero, al lado de los elogios encendidos y de las discretas censuras a don Manuel de Faria, no faltan ciertas arremetidas violentas. En algún párrafo (Sección II) stampa lisa y llanamente: “porque aunque él —se refiere a Faria— dice, que tenían medio pie en el Parnaso, supo entender que sólo quien tiene todos quatro allá (si a su contacto manado las aguas Cavallinas) pudo aver dado sentencia tan cavalina, y porque medio pie en el Parnaso basta saberlo que son hyperbatones . . .” En otro lugar (Sección III), ya más comedido se limita a aludir a las opiniones de Faria acerca del uso de transposiciones en la poesía del cordobés y a su constante endiosamiento de Camoens: “Véndenos el generoso

Néctar de los versos del Heroyco Portugués, y Poeta insigne Camoens; pero dale, aguado adulterado con la zupia de tanto disparate, como contra Góngora fabrica . . .” Con no poco donaire, escribe refiriéndose a un soneto de Lope, esta glosa llena de gracia : “Es forzoso el precipicio, siempre de tratarse de volar quien no ha nacido pájaro: que no bastan plumas para el vuelo, pues aunque dellas se hacen las alas; también los plumeros.”

Espinosa Medrano templa su indignación pronto. Al contendor le reconoce méritos en otros menesteres, que no en los de juzgar la poesía. “En lo que Manuel de Faria y Sousa se hizo dignamente famoso —dice— fueron las Historias Portuguesas. En esa facultad Cronística merece todo aprecio. Pero hizo mal en desvanecerse con ese aprecio, y soñarle luego un Homero, quando es más fácil ser buen Historiador que Poeta.”

“El Apologético”, según he dicho, llenó de fama a su autor, tanto que el prologuista de la Novena Maravilla alude a un cierto libro de Francisco

Gonzales Sambrano, titulado “Gloria Enigmática del doctor don Juan de Espinosa Medrano —citado también por Coronel Zegarra— y añade: “el aplauso que tuvo en Madrid su “Apologético” por Góngora. No le calle la celebridad que mereció en Roma su *Philosophia Tomisthica*.”

En el Perú causó profunda admiración la obra del doctor Lunarejo, colmándole de aplausos, como lo revelan los datos que acerca de sus prestigios de predicador cuentan Velasco y el anónimo de los “Anales del Cuzco”. Significó, además, esta obra de Espinosa, la entronización definitiva del gongorismo y, de ahí en adelante, durante una centuria campeó el culteranismo, aunque, ya a mediados del siglo diecisiete, multitud de sucesos provocan un cambio de orientación en la intelectualidad peruana, y el prosaísmo junto con cierta moda galáica, amén de las nacientes inquietudes nacionalistas, enrumban la literatura colonial por senderos más de acuerdo con la verdad y con la vida <sup>1</sup>.

1 Un estudio ampliatorio y en cierto modo rectificatorio sobre El Lunarejo, es el inserto por LAS en un capítulo de sus *Escritores representativos de América*, 1ª serie, tomo I, Madrid, Gredos, 1957, p. 87 y sigte.

## NUEVOS VERSOS DE CESAR VALLEJO

(1927)

Sin humos de Bautista, a Vallejo le comprendimos y admiramos muy poco antes de que su culto se volviera oficial. También hay oficialismos en la "vanguardia" y también hay vanguardia entre comillas y fuera de ellas. "Heraldos Negros" pasó inadvertido casi. "Trilce" no obstante el brioso y enfervorizado prólogo de Antenor Orrego, halló el silencio por eco. Apenas una nota mía en estas columnas de MUNDIAL saludó su aparición. Los demás hicieron muecas de desdén o tuvieron risas de burla ante la poesía de Vallejo. Cuando en algunos artículos y conferencias en Colombia, Venezuela, Ecuador, dije, por 1923, que Vallejo era nuestro más grande poeta "humano" nadie le conocía allá. Germán Arciniegas, mentor de la nueva generación colombiana, lo confesaba en una glosa aparecida en "El Tiempo" de Bogotá: nunca había tenido una sorpresa más rotunda, que cuando leyó los versos del trujillano, en una larga charla que tuviéramos con él y con Esguerra Serrano, otro de los mozos colombianos de valor.

Más tarde, en Lima, cuando en unos Juegos Florales arbitrarios, alguien di-

jo el elogio encendido del verso de Vallejo, la sorpresa fue igual que si recién hubiese aparecido el poeta. Y él estaba ya, hacía tiempo, en París, y había pasado la odisea de una tragicómica prisión en una cárcel provinciana, acusado de imaginarios crímenes, y había lanzado cuatro obras, una de las cuales, "Escalas", no ha sido suficientemente leída aún, y otra "Fable Salvaje", cayó como entonces, todo lo de Vallejo, en el vacío. En vano fue que Valdelomar, lo elogiase entusiastamente, cuando César publicaba sus primeras composiciones, y que los escritores de Lima rodeasen su figura, a raíz de su tragedia rural. Para los rotativos, para las revistas, para los "intelectuales" no existía Vallejo. Apenas, si su grupo, formado por muchachos que hoy son ya indiscutidos, le rodeaba. No necesita aliento. El sabía lo que llevaba adentro. Ni un desplante, ni un gesto egolátrico, a pesar de que era orgulloso. Ninguna pose para nada. Vallejo aparecía como en sus versos, al desgairre y sentidísimo. Como una emoción humana rezumando de cada palabra. Neologizando porque necesitaba de palabras íntimas y a menudo onomatopé-

yico, su emoción indescriptible. Agitando metáforas insospechadas, haciendo creacionismo, ultraísmo, estridentismo, vanguardismo, sin ser él ni creacionista, ni vanguardista. Se contentaba con expresar. Ahí quedaba su arte. Ahí quedaba su anhelo. Expresar desnudándose de retórica, pero sin fingir sencillez. Nervo manifiesta una sencillez fingida. A menudo esos enemigos de la retórica encierran una retórica constreñida, sí, pero siempre retórica. La de Vallejo no tuvo nunca nada de eso. Expresaba y sentía. Si algo de grande va a quedar de nuestros poetas, sin duda alguna que será el trujillano. Tan nuevo en nuestra poesía como Eguren, salvando distancias de edad y temperatura espiritual, le ganaba en ser humano. No arrancaba de cuentos infantiles, ni de leyenda de la infanta, su inspiración. Había desgarrones en su vida. Mucha vida auténtica. Mucha vida agitada. Mucha vida sentida y hecha verso, como pudiera haber sido hecha cualquier otra cosa, con un modo natural, sin que Vallejo se preocupase jamás de la literatura, sin que él buscara nunca el eco público, con una indiferencia —no desprecio— absoluta en la opinión propia y también por la ajena. Hierático y él, indio vivido y corrido, y sin vanidad, sin literatura y por eso mismo gran poeta, jamás perseguido por ninguna obsesión artística al escribir sus versos, ni la forma, ni el color, ni la metáfora, persecutor de la emoción y de expresarla desnudamente, con una castidad conmovedora . . . Si algo va quedando de poeta auténtico es este cholo de figura satánica . . .

Un gesto de los suyos, de los tantos, es que desde que salió de América no ha escrito un solo verso. Digo mal. Los ha escrito, pero no los ha querido publicar. “Usted sabe —me dice en carta recientísima— que soy hartamente avaro de mis cosas inéditas, y si me doy así hacia usted, lo hago en gratísimo impulso de simpatía intelectual. Para amigos tan grandes como usted, todo. Por eso van esos versos a usted. Son los primeros que saco a la publicidad, después de mi salida de América. Aún cuando se me ha solicitado poemas continuamente, mi voto de conciencia estética ha sido hasta ahora impertérrito: no publicar nada, mientras ello no obedezca a una entrañable necesidad mía, tan entrañable como extra-literaria” . . .

He cogido las cuartillas y las he devorado. Conserva en gran parte, Vallejo, el módulo de “Trilce”. Siempre el poeta humano por sobre todas las cosas y en pesquisa de una expresión que no se encuentra en la gramática, en el lenguaje académico.

La tortura de hallar una forma concreta para la emoción desbordante. Y la persistencia de viejos temas románticos, signos, según algunos, de estancamiento o de retraso, aunque para otros —yo, entre ellos— esos viejos temas inmortales no estancan ni retrasan, sino la manera de expresarlos. No hay mucha novedad en los temas de Neruda, sino en su enfocamiento. Vallejo, por siempre, desde “Heraldos” hasta “Trilce”, más aún, hasta estas nuevas composiciones, trasunta una angustia de abandonado, nostalgia profunda de hogar, quizás ansia de re-

poso o de regazo, sin el romanticismo ñoño con que suelen plantearse estas necesidades. Probablemente para una sensibilidad mecánica, el poste del telégrafo impresiona más que la madre: cuestión de no haberla tenido, seguramente . . . Pero, esto no quiere decir que a la madre haya que cantarla al modo romántico, con exclamaciones, testimonio de Dios, anhelo de cielo, lágrimas convencionales, ayes, sollozos, suspiros, melenas, ojeras, trasnoches . . . En los relatos de "Andrian Zografh", de Panait Istrati, resalta la ansiedad romántica del hogar deshecho, expresado sin romanticismo. César Vallejo también. Es todo lo nuevo, lo más avanzado que hubo en nuestra poesía de 1919 y 1922 y lo más sentido y hondo y sincero, en nuestra poesía de 1927. Cuanto en él hay nada es postizo. No reza con él la "deshumanización del arte", tema del ochocientos, siglo de escépticos y críticos genealogistas y geográficos al estilo Taine. Con Vallejo hay que sentir lo humano. Posiblemente se aleja por lo mismo del esteta, del artista sin complicidades con la realidad, al modo Eguren, pero su poesía se nos mete más en las entrañas . . .

Es uno de los nuevos versos, hay la aparición de un "terno azul", que sintetiza él sólo una etapa de amargura y de inopia económica . . .

Van, sin más comentarios, dos de las nuevas composiciones de Vallejo. Luego, quizás, publique otra. Lo dicho no tiene otro objeto que reivindicar el nombre del poeta Vallejo, un tanto olvidado, por el del cronista Vallejo,

para los lectores de MUNDIAL. Y el de exaltar su valor y su significado por sobre los alaridos de cualquier trailla . . .

### *Actitud de Excelencia*

*¿Quién no tiene su vestido azul  
y no almuerza y toma el tranvía  
con un cigarrillo echado y su dolor de  
(bolsillo?  
ay yo tan sólo he nacido.*

*¿Quién no escribe una carta  
y habla de un asunto muy importante?  
ay yo tan sólo he nacido.  
¿Quién no se llama Carlos  
y no dice al menos, gato, gato, gato, gato?  
ay yo tan sólo he nacido.*

### *Lomo de las Sagradas Escrituras*

*Sin haberlo advertido jamás, exceso por  
(turismo  
y sin agencias  
de pecho en pecho hacia la madre unánime.  
Hasta París ahora vengo a ser hijo.  
(Escucha,  
Hombre, en verdad te digo que eres el HIJO  
(ETERNO  
pues para ser hermano tus brazos son es-  
(casamente iguales  
y tu malicia para ser padre, es mucha.  
La tulla de mi madre moviéndome por  
(indole  
de movimiento,  
poniéndome serio, me llega exactamente al  
(corazón:  
pesando cuanto cayera de vuelo con mis  
(tristes abuelos,  
mi madre me oye en diámetro callándose  
(en altura.  
Mi metro está midiendo ya dos metros  
mis huesos concuerdan en género y en  
(número*

*y el verbo encarnado habita entre nosotros  
y el verbo encarnado habita, al hundirme  
(en el baño,  
un alto grado de perfección.*

César Vallejo

¿Serán heraldos de un nuevo libro de poemas, estos versos de Vallejo? Que ello sea así. Y ya que, una necesidad "tan entrañable como extraliteraria" le ha movido a salir de su mutismo poético, empiece, enhorabuena, la nueva etapa de tan gran espíritu... \*

---

(\*) En: Mundial, Lima, *Escritores representativos de América*, 7ª serie, tomo I, Madrid, Gredos, 1963, p. 9 y sig.

## LA LITERATURA PERUANA

*Derrotero para una Historia Espiritual del Perú*

(1ª ed. 1928; 2ª, 1946; 3ª, 1950; 4ª, 1965)

GENERALIDADES: EL HOMBRE Y EL MEDIO. LA CULTURA ABORIGEN

### CAPITULO PRIMERO

#### ORIENTACION Y PLAN

*“El terreno del espíritu lo abarca todo, encierra todo cuanto ha interesado e interesa todavía al hombre”. — Hegel, “Lecciones de Historia Universal”, ed. Madrid, 1928, I. 27.*

#### I

Aunque a muchos les parezca un atrevimiento relacionar íntimamente la historia literaria de un país con su vida cultural entera, comprendiendo bajo tal término todas las manifestaciones del espíritu, es seguro que sentirían menos desazón si recordaran que un hombre tan ponderado, ecuaníme y hasta conservador, como don Marcelino Menéndez y Pelayo, escribió, en uno de sus programas de curso, lo que sigue: •

“La historia literaria debe engarzarse con lo civil, pero no sacrificarse a ella ni mucho menos, porque a veces van por distinto sendero”<sup>1</sup>. Más pre-

ciso y rotundo, Mariano José de Larra había escrito ya en “*El Español*”, el año 1836: “Rehusemos, (pues), a lo que se llama en el día literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, al son de la rima, a entonar sonetos y odas de circunstancias, que concede todo a la expresión y nada a la idea, sino a una literatura hija de la experiencia y de la historia, y faro, por tanto, del porvenir, estudiosa, analizadora, filosófica, profunda, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aún; apostólica y de propaganda; enseñando *verdades* a aquellos a quienes interesa saberlas, mostrando al hombre *no como debe ser, sino como es*, para conocerle; literatura en fin, expresión toda de la

1. — Artigas, Miguel, “*Menéndez y Pelayo*”, Editorial Voluntad, Madrid. Santander, 1927, p. 145.

ciencia de la época, del progreso intelectual del siglo”<sup>2</sup>.

Si comparamos estos conceptos con otras apreciaciones, como, por ejemplo, las normas de Hipólito Taine en su “*Historia de la literatura Inglesa*”, y de Fernando Brunetière en su “*Evolución de los géneros*” y con advertencias tan breves y certeras como las de Alexander Brückner en su “*Historia de la Literatura Rusa*”, vendremos a concluir que el concepto de literatura no es tan restricto como se lo suelen figurar los preceptistas, y que dentro de ella caben todas las facetas de la vida espiritual. Esta es la razón por la que el subtítulo del presente libro reza: “Derrotero para una historia espiritual del Perú”.

En verdad, no existe obra literaria significativa que no se conecte con los más variados y aun antagónicos aspectos de la cultura. Incluso las aparentemente menos politizadas o más “puras”, no pueden eximirse de una honda y vasta raigambre social. Aunque tal vez sea exagerado afirmar que, despojada de la pasión política, “*La Divina Comedia*” resulta un poema insulso, no se puede, empero, prescindir de lo social y político para juzgar el “*Facundo*” de Sarmiento, los “*Siete Tratados*” de Montalvo y hasta las “*Tradiciones Peruanas*” de Palma<sup>3</sup>. Por eso, estimo llenar más cumplidamente mi objetivo al establecer una especie de permanente paralelismo o complementación

entre la literatura en sí, como arte, y su deliberada o inconsciente inspiración social.

La historia literaria se debe estudiar, pues, con un criterio amplísimo. No limitarla a una mera enumeración de autores, fichas biobibliográficas y unos cuantos argumentos. Aunque sea en extremo aleccionador el conocimiento minucioso del pasado, tampoco basta, para crigar una historia literaria, la más segura de las erudiciones. Se requiere, apreciables dosis de penetración crítica, sagacidad en la selección de las fuentes, golpe de vista para correlacionar fenómenos, flexibilidad de juicio, en suma, eso que Pascal denomina, con inimitable expresión, *esprit de finesse* y que, con palabra menos gráfica y sutil, solemos llamar lisamente “historia”. “*L’erudition est une chose, l’histoire en est une autre*” —escribe Albert Mathiez—; y añade: “*l’erudition recherche et rassemble les témoignages du passé, elle les étudie un a un, elle les confronte pour en faire jaillir la vérité. L’histoire reconstitue et expose. L’une est analyse, l’autre est synthèse*”<sup>4</sup>

De acuerdo con tal criterio, pretendo, hasta donde me alcancen las fuerzas, hacer más bien *historia* que *erudición*, estudiar los elementos primarios de nuestra personalidad espiritual: lo telúrico y el habitante; bocetar el contenido literario, es decir, cultural de la vida indígena; trazar un cuadro de la atmósfera poética de la Conquista; las características de sus juristas y mi-

2.—Larra, Mariano José. *Artículos de Crítica*, “La Lectura”, Madrid, 1923, págs. 197-198.

3.—Cfr., Palma R., *Epistolario*, Lima, 1949, 2 vols.; y *Cartas Desconocidas*, Lima, 1964.

4.—Albert Mathiez, *La Revolution Française*, I, la Chute de la Royauté, Colec. Armand Colin, París, 1928 (3ª edición), pág. V.

sioneros, a través de las letras; el advenimiento de lo barroco y su resonancia al chocar con el formalismo nativo; la aparición de la insurgencia criolla; el nacimiento de la curiosidad geográfica, sendero primordial del nacionalismo; la culminación de la heterodoxia, eco de los enciclopedistas. Pero, todo ello, siempre en función del pueblo que actúa como telón de fondo y dinamismo de sus aedas y prosadores. “No siendo, en suma, una literatura, sino de uno de los aspectos de un pueblo, dice Gastón París, es preciso, antes de abordar precisamente la historia de dicha literatura, darse cuenta de lo que es el pueblo que la ha producido, preguntarse qué influencia ha experimentado, qué medios ha atravesado, por qué fases ha pasado su desarrollo antes del instante en que, en realidad, comienza su historia literaria”<sup>5</sup>. A lo que habría que agregar la feliz frase de Menéndez y Pelayo: “Si los versos no se leen con los ojos de la historia, ¡cuán pocos versos habrán que sobrevivan!”<sup>6</sup>.

Eso, “leer los versos con los ojos de la historia”, es lo que he querido hacer a menudo aquí. De otro modo, habrían sobrevivido muy pocos. Y, como estoy seguro de que sólo estoy desbrozando el camino, dejo, hasta donde sea posible, intactos, los andamios de que me he valido para levantar este edificio, “es decir, según escribe Prescott, he manifestado al lector la marcha que

he seguido para llegar a mis conclusiones”<sup>7</sup>.

## II

La primera vez que se pensó entre nosotros que un curso de Literatura Peruana podía ser de algún interés, fue a fines de 1866. El famoso Deán Juan Gualberto Valdivia, pintoresco autor de “*Las Revoluciones de Arequipa*”, a la sazón Decano de la Facultad de Letras de la Universidad Mayor de San Marcos, incluyó el curso entre los de su claustro. Desapareció algún tiempo después. Acaso, en realidad, en aquel tiempo había sido ardua empresa llenar un año de clases con materia al parecer tan exigua, no obstante de que ya, para entonces, Juan María Gutiérrez y Félix Cipriano Coronel Zegarra habían llevado a cabo importantísimas investigaciones. Las del primero, publicadas, según se verá más adelante, en importantes periódicos literarios de la época, constituyen hasta hoy invalorable aporte al estudio de nuestra formación intelectual. Sin embargo, después de la guerra, y no obstante las recomendaciones del Decano don Sebastián Lorente, el curso desapareció de los programas de la Facultad. Con la Reforma Universitaria de 1919 se le dio nuevo impulso, pero, prácticamente, después de vaivenes, sólo logró disponer de catedrático más o menos permanente a partir de 1924, aunque como modestísimo curso semestral y formando parte

5.—París, Gastón, “*La poésie du Moyen Age*”, Ed. Hachette, París, 1906, pág. 43.

6.—Menéndez y Pelayo, M., “*Historia de la Poesía Hispano-Americana*”, t. I, Madrid, 1913.

7.—Prescott, William H., “*Historia de la Conquista del Perú*”, trad. de J. García Icazbalceta, México, 1850, Tomo I, pág. XIV.

de la cátedra de Literatura Americana. En 1927, nombrado el autor catedrático, tuvo que demostrar con hechos, que, en treinta clases, no se podía considerar toda la Literatura Peruana, y muchísimo menos la "Literatura Americana y del Perú", como pomposamente rezaba el título del curso. Sin embargo, hasta 1946 ambas materias formaban un todo, y se empleaba en dictarlas el estrecho espacio de un año. Desde la Rectoría de San Marcos desdobló el autor estos cursos, creando además asignaturas especiales de investigación.

En la mayoría de los países, la literatura *nacional* constituye una aspiración típica — y la *continental*, otra, que le es afín. Con razón escribía Carlos Roxlo, respecto a la literatura uruguaya: "Existe, pues, con caracteres firmes y diferenciales . . . Es preciso poner de relieve lo que hay de *típico* en nuestra copiosa producción intelectual"<sup>8</sup>. Y agregaba: "Para los alemanes, la incumbencia esencial de la enseñanza de la literatura es exaltar el sentimiento de amor al país".

A su turno, Ricardo Rojas, creador de la cátedra de Literatura Argentina, historiador de ella, expresaba: "El estudio completo de una literatura ha de abarcar, así, el *logos* del hombre, desde el folklore hasta el parnaso, desde el arte rústico hasta el del culto"<sup>9</sup>.

Parecidos conceptos se hallan en todas las obras sobre la materia, entre las cuales podríamos citar las de Julio

Jiménez-Rueda y Carlos González Peña, sobre México; las de Juan León Mera, Pablo Herrera, Isaac Barreda y Augusto Arias sobre Ecuador; la de John Erskine, William Trent (1929), y la de Spiller, Throp, Johnson y Canby (1949) sobre la de Estados Unidos; las de Vergara y Vergara, Gómez Restrepo y Javier Arango sobre Colombia; las de Zum Felde, "Lauxar", Gallinal y Laspalces, sobre Uruguay; las de Mariano Latorre, Samuel Lillo, José Toribio Medina, Raúl Silva Castro, sobre Chile; las de Finot, Guzmán, C. Medinacelli y F. Díaz de Medina, sobre Bolivia; la de Centurión sobre Paraguay; la de David Vela sobre Guatemala, etc. Todos y cada uno coinciden en que el estudio de la literatura —al menos entre nosotros— escapa al juego estrictamente estético y se confunde con los problemas básicos de la nación. Países aún indiferenciados, el hombre culto tiene que desempeñar hasta ahora oficios diversos, que, si bien le restan ímpetu para realizarse dentro de las disciplinas culturales, en cambio enriquecen su contenido, a veces en mengua de la forma, con los frutos de sus inevitables incursiones a campos de otras actividades.

La literatura no es, después de todo, otra cosa que la vida entera de un país en función de sus formas expresivas, de su espíritu; vida y modalidades patentizadas en el vocabulario, los estilos literarios predilectos, sus modelos intelectuales; pensamiento y acción que, aunque nutridos de savias auténticamente nacionales, tratan de hallar —y tienen que hallar— una expresión universal.

8.—Roxlo, Carlos, "Historia Crítica de la Literatura Uruguaya, Ed. Barreiro, Montevideo, 1912, tomo I, págs. 8-10.

9.—Rojas, Ricardo, "La Literatura Argentina", 2ª ed. de Juan Roldán, Buenos Aires, 1924, tomo I, págs. 24-26 y 75.

Por lo común, nuestros estudiosos de la literatura peruana dieron notable primacía a la investigación de los temas coloniales. Se explica que así fuera durante el pasado siglo, puesto que apenas salíamos del coloniaje; hoy se explica mucho menos, dado que el acervo bibliográfico acerca de los escritores republicanos es, hoy día, realmente impresionante. Hasta hoy, un apreciable sector de nuestros archivistas e investigadores rinde pleito homenaje al Virreinato, como si nada hubiese fuera de él. Ha sido tarea de incesantes refuerzos la de conseguir que las letras indígenas sean incorporadas a nuestro patrimonio literario. Hemos vivido exageradamente a espaldas de la tradición quechua, por cuyo motivo era lógico que la reacción antivirreinal se tiñese de un vivo indigenismo. El desmesurado culto a la anécdota tuvo que desembocar en lo que he llamado "perricholismo", o sea la deificación del episodio trivial y dieciochesco, limeño y salonero, dejando al margen lo nacional y popular, médula misma de la literatura de un país.

Ninguna época o escuela literaria, fue, jamás, el proceso multitudinario. Cuando trazamos la historia de los románticos, caracterizados por su aristocratismo y señoril empaque, vemos que su inspiración, por muy individual que se manifestara, tuvo una fuente estrictamente nacional. Las leyendas medievales de Schiller, Rückert y von Chamisso, de Vigny, Hugo y Nerval, de Bécquer, Zorrilla, Lara y Espronceda, nacieron para la mente vulgar, de las creencias callejeras, de lo que el hombre común confundía con la

realidad. El alma popular había hallado sus cantores: un alma proclive a la melancolía, a la credulidad, a la superstición, al erotismo, a la declamación.

Nosotros, hemos tenido, en cambio, la tendencia a suponer que un escrito es, por definición, un hombre que produce o crea al margen de su Medio: una excepción reñida con el vulgo. En vez de estimarlo como el portavoz y el estilizador de lo popular (Góngora, Dickens, Hugo, Carducci, Gogol, Proust), hemos preferido unirlo como el vocero de lo antipopular, como el representante exclusivo de la minoría. Tiempo es de cancelar tamaño error.

Hasta desde el punto de vista de la expresión estricta, nadie puede dudar de que si no se rastrea en las fuentes mismas del idioma, las cuales se hallan escondidas, pero vivas, en el corazón del pueblo, sería difícil que el estilo y el vocabulario se remozaran, puesto que ello se opera en virtud de un doble y hasta contradictorio proceso, por revitalización y estilizamiento de palabras desusadas y vulgares, y, por vulgarización de giros y vocablos empingorotados. O sea, según dicen los semánticos: por ennoblecimiento y por envilecimiento, o, también, por arcaísmo y neologismo. De tal suerte, el *sermo plebeyo*, y el *sermo erudito* confluyen en una tarea de renovación y embellecimiento constante.

De ahí que, aunque en apariencia exacta, adolezca de indudables defectos la clasificación que Mariátegui hace de nuestra literatura al dividirla en períodos *colonial*, *cosmopolita* y *nacional*, puesto que aunque parece justa, puesto que la época anterior a los es-

pañoles carece *hasta ahora* de escritura conocida, no la podríamos exonerar de contenido emotivo y de potencial expresión gráfica sin cometer un ostensible yerro <sup>10</sup>.

Hubo, en la etapa pre-hispánica, una rica floración literaria (aunque sin *litterae* sabida aún), cuya resonancia inunda nuestra sensibilidad, nuestros oídos y nuestro vocabulario. El sello quechua patenta ya en los “*Comentarios Reales*” del Inca Garcilaso, subsiste ahora, pese a la dilatada hegemonía de lo castellano. Si utilizando una inteligente distinción entre “indianismo” o “indigenismo”, hecha por una escritora argentina <sup>11</sup>, damos a aquél el valor de lo anecdótico, y a éste el de lo trascendental; si paramos mientes en que el “indianismo” representa una interpretación pintoresca del indio, mientras que el “indigenismo” encarna su violento contenido social, vendremos a caer en la conclusión de que si hoy ese dejo quechua es tan profundo todavía, muchísimo más hubo de serlo cuando en nuestro territorio hervía, a fuego vivo, la retorta de los diversos jugos indios, nada contaminados aún por los europeos.

Ese período que podríamos llamar “genuino” o “primordial”, forma parte de nuestro cuadro estético, tanto como los subsiguientes.

“Nuestra literatura castellana”, como alguna vez escribió refiriéndose a la de América Española, Menéndez y

Pelayo, comenzó con la Conquista. Pero, en virtud de la profunda influencia de lo indio y la vehemente actitud de lo negro, ella cuajó, desde el comienzo, en formas, desde entonces, diversas a las típicamente hispánicas. Tal como Henríquez Ureña y Alfonso Reyes han comprobado en Ruiz de Alarcón la ubicua y vigilante presencia de lo mexicano, no obstante su educación y su actividad, así también se hace posible comprobar en la mismísima prosa de *El Lunarejo*, y desde luego en la de Garcilaso, la acción de lo indio y, en el primero, hasta cierta lujuria verbal semiafricana; que Córdoba, patria de don Luis de Góngora, estaba muy cerca de las costas bereberes, y ardiente sangre mozárabe palpitaba en los pulsos de los paisanos y contertulios del ilustre canónigo-poeta.

Además, desde un punto de vista social, nuestros escritores coloniales eran tan colonizados como los colonizadores, igual que los españoles avendados entre nosotros (Caviedes, el Conde de la Granja, Teralla, etc.), auténticos “indianos” o “peruleros”, por cuanto su genuina españolidad había ya sufrido el impacto de lo telúrico.

En cuanto al “período cosmopolita”, no se diferencia muy claramente hasta hoy del “período nacional”. El cosmopolitismo empieza aquí mucho después de la cancelación del “período colonial”, estrictamente hablando. En puridad de verdades, la Colonia pervivió muy entrado el siglo XIX. Tal vez con el romanticismo se inicia una era menos castiza, pero no por eso cosmopolita. Las guerras de la segunda mitad del siglo XIX, retrotrajeron la inspiración —en todo caso, constreñida a las

10.—Mariátegui, José Carlos, “*Siete Ensayos de interpretación de la realidad Peruana*”, Biblioteca Amauta, Lima, 1928, pág. 169.

11.—Cometta-Manzoni, Aida, “*El indio en la poesía de América española*”, Buenos Aires, 1939, págs. 20 y sigte.

*élites*— a un agudo subnacionalismo. Lo llamo así, porque distó de ser un nacionalismo pleno, y admitió elementos bastardos, romos, sin altura. En realidad, el “período cosmopolita” se inaugura ampliamente con el advenimiento del modernismo. Para toda América fue así, aunque entre nosotros se desarrollara en grado inferior. Nuestro Chocano se encogía de hombros ante “los raros” de Darío, tal como en nuestros días muchos escritores se llaman a extrañeza cuando se les habla de necesidad de superar modelos que ya el resto del mundo literario americano ha despedido sin mucho dolimiento.

Si bien es cierto que, a través de una especie de reajuste “indigenista” y de una “revaluación” colonial, se opera un despertar de la conciencia “nacional”, no podríamos calificarla abiertamente de esta manera, sin incurrir en innegable hipérbole, toda vez

que nuestro neo-nacionalismo se encuentra hartamente coloreado de exóticos ejemplos.

Acaso, antes que consagrar nuestra atención a discutir acerca de la propiedad de tal o cual casillero, sea más fecundo investigar el fenómeno en sí, posible contenido de cualquier casillero futuro. Toda esquematización me parece prematura y ficticia. Tanto la cronológica como la biográfica, igual la genérica que la geográfica: fórmulas interesantes dentro de las que corre avasalladoramente, rompiendo todos los diques, el turbulento río de la vida. Si bien la literatura es un arte y una ciencia, también es —y en qué medida— un formidable fenómeno social, por su origen, su contenido y su fin; en la raíz, aunque no siempre en el tono, ya que el estilo se relaciona estrechamente con la época y con el individuo.

## SE HAN SUBLEVADO LOS INDIOS

( 1 9 2 8 )

### PRIMER TIEMPO

#### *PERRICHOLISMO, COLONIALISMO, PASADISMO*

Toda una literatura episódica, anecdótica, surgió en torno de la Perricholi y el Coloniaje. Desde un punto de vista social, aquello se denomina *pasadismo*; desde el político, *colonialismo*; desde el literario, *perricholismo*. A mí no me interesa, ahora, sino el literario. He aquí, pues, explicada la génesis de lo perricholesco. Literatura superficial, epidérmica, españolizante, coloniófila, anticriolla y seudocriolla como las niñas "bien" taconeando en la zamacueca; antipopular y seudopopular como los académicos que comen anticuchos con tenedor y cuchillo; intrascendente y antivernácula, por mucho que aplaudan el cabrioleo de una cabalgata criolla. Pura "categoría", "puf", pura crinolina para descaderadas. No es extraño que las abuelas señoriles hablen con el estilo de esa literatura, aunque con picardía. La técnica de la saudade, como toda técnica, es mil veces más seca y deplorable, que la saudade misma.

#### *"AMERICAN ROMANTIC"*

Hubo, pues, literatura portuguesa, de romanticismo saudoso. A los cincuenta años, los osos suelen volver irresistiblemente al pasado, según el testimonio de los que han llegado a esa tremenda etapa. Suspiros y recuerdos: el pasado anima la literatura americana y peruana. Ha sido, pues, el romanticismo esencia del arte nuestro. Aunque se diga que hay una indudable tonalidad clásica en Garcilaso, en Chocano, en González Prada, en Palma, yo creo precisamente, lo contrario. Garcilaso con su fervor recordatorio y su nostalgia penetrante; Chocano con su individualismo y su confesionalismo; Palma, con su inspiración, su época y su forma; Prada por el élan mismo de su obra, son definitivamente románticos. Si algo uniforma la literatura americana es el acento romántico: desde Garcilaso hasta César A. Vallejo, aquí, en el Perú; desde Bernal Díaz del Castillo y Sor Juana Inés, Sarmiento, e Isaacs, hasta Vasconcelos y Jorge Luis Borges, allá . . . Rojas anotaba algo se-

mejante en "Eurindia". Los norteamericanos también suspiran con Edgardo Poe, o bufan —tremar romántico, desmesurado— con Walt Whitmann. Un foxtrot gangoso, popularísimo en Yanquilandia, se titula "American Romantic". Demos cuerda a la victrola y escuche usted, lector.

¿SATIRA? ¿SATIRICOS?  
¿SATIRIASIS?

Las niñas "bien" gustan del chisme. Las niñas mal, también. Critican el sombrero de la amiga y la americana del amigo; o al amigo de la amiga y a la amiga del amigo, así, en total. El espíritu es lo que menos críticas atrae.

El charleston requiere soltura en las piernas, pero, según dicen los veteranos, en el valse había además esgrima de ingenio: puede ser, pero agita mucho.

La literatura perricholesca admira, también, el baile sabio y la americana bien cortada. (¡Cuántos evocadores sintieron determinarse su vocación nada más que por lo gentil de una silueta de redingote, o los vuelos de una gorgucra endomingada!). Es fisgona, pues, con la fisgonería callejonesa —conventillera dicen en otras partes— o con malevolencia salonera. De ahí arrancan la glosomanía y la llamada sátira nacional. Según los autores canonizados, la literatura nacional se caracteriza por la sátira. La sátira encarna, sintetiza, expresa, refleja, sublimizada, el alma nuestra. La sátira es la espuma del limeñismo y el limeñismo la savia de la nacionalidad. Para llegar a la originalidad hay que empezar por ser "satíricos" (las comillas son mías). De donde sátira y satíricos, equivalen

a literatura y literatos nacionales. Y de donde, además, la longeva satiriasis de Amat prolonga este perricholismo, que es satiriasis también, satiriasis cerebral con ideal de ingenio y donosura.

DOS PUNTOS: No confundo la sociología con la literatura. A mí se me da un piño, que un autor sea provinciano o capitalino, costeño o serrano. Ni en literatura, ni en historia, ni en sociología me han detenido jamás el árbol genealógico, ni la papeleta de residencia, tan del gusto de empleados municipales. Hablo de limeñismo en literatura, porque así lo han calificado lectores duchos en frivolidades extranjeras y en profundidades nacionales. Y porque siempre se parecen, si no son parientes, los literatos festejadores del oropel, lindantes con la nota social, el chisme malevolente y la zalema salonera... Evidente, sí, que la Colonia afincó mejor en Lima por razones de preferencia, conveniencia y engreimiento. Otra cosa habría sido absurda e irrisoria. No se molesten los profesionales de provincialismo: un limeño repite que Lima y el Virreinato confundieron en una sola sus aptitudes. También acepta que de Lima arrancó la reacción anticolonial; que en Lima iniciaron su colonialismo muchísimos provincianos, y que otros tantos agravaron la enfermedad capitalina con su hinojamiento previo. Síntesis: pandemonium de ideas, tendencias y orígenes.

SATIRA, IRONIA, CHISTE,  
LIBELO

Los prototipos de nuestros satíricos suelen ser así, en orden rigurosamente crítico-oficial: Caviedes, Teralla, Segu-

ra, Pardo, Fuentes, Juan de Arona, Palma, Yerovi, Gamarra. Un lápiz rojo tarja varios nombres: queda Pardo. Un lápiz azul añade: González Prada, Valdelomar, el anónimo. Porque, en fin de cuentas ¿Qué es lo que satirizan los demás? ¿Qué corrigieron o pretendieron corregir? Vamos a liquidar esta sociedad bluffista.

Caviedes hizo chistes, se burló de los médicos, les atacó, tuvo de chistoso y de libelista; de ataque acerado, envenenado, y de mofa bastante grosera como la consonancia en "ete" y demás. Teralla y Landa, un bilioso, enfermo de mal venéreo, lanzó insultos y befas por la boca o por la pluma que, anteriormente, habíale servido para adular al virrey Gil o Croix. Eso, ni panfleto; libelo, nada más. Ahí no hay asomos de fin moralizador; este señor resolvió vengarse de Lima, y la venganza es lo más distante de la sátira que existe, porque sátira supone amor, amor consciente, viril, empeñoso, amor, nada más que amor. Don Ascencio Segura, el tuerto y militar Segura —ya es oficial que los defectos físicos tengan relación con el alma de los literatos peruanos, a juzgar por algunas observaciones que More hacía—, posee gracia infinita, es pintoresco, retrata bien, sin ironía, con buen humor. Si este tuerto está profundamente enamorado de lo criollo, tal como es, ¿qué lo va a satirizar? Enamorado tal como es, fíjese bien, seor Zoilito. ¿Cómo va a querer corregir lo que le llena de deleite? Andemos con lógica . . . Y Fuentes, un epigramista, un episodio de nuestra literatura, un ingenio funcionaril, de esos que alternan la lectura de Código con una socarronería sobre los hijos de

la vecina; autor de estadística y de versada chistosas, abogado ducho en achaques de código y en chácharas picanterías y risueñas, mal podía representar la moral, el fin satírico, el afán de corregir, siendo abogado. Funcionario satirizable, ¿qué de idealista en su juicio de Trigamia, o aletazos de Murciélago? . . . Y la bilis de Juan de Arona, trocada en altitud de magisterio moralizante? No, por Dios: Arona, como Florentino Alcorta, es hombre de ingenio, de cultura clásica, pero de una biliosidad incomparable y de una mordacidad enconada. Con anagramas hirientes, no se satiriza, ni se corrige nada. Ni siquiera se arranca sonrisas, sino carcajadas gordas. El libelo no es sino pariente putativo y remoto de la sátira. Como el pasquín de la copla popular. También pudieron aspirar a ser satíricos multitud de periodiquitos de ocasión y de procacidad formidable. Una turba de "Leguitos", "Fray", etc. Bien definidos todos con la divisa de uno de ellos, creo que "La Tunda", la cual decía: "Garrotazo y ténte tieso — hasta no dejarle hueso"; y otra frase sintomática de espíritu de venganza: "Esta hoja no admite bromas — aquí quien las da las toma". Si confundimos rencor con indignación, no tenemos derecho para creer que la conveniencia y convicción no sean una misma cosa. En la sátira, hay indignación, sentimiento que supone la dignidad ofendida, la delicadeza irritada, la altitud herida. En el libelo y sus derivaciones, surge el rencor, que supone impotencia y odio disfrazado, bajuno.

Además se ha confundido de un modo lamentable lo pintoresco con la sátira y con el chiste. Ese "pintoresco"

prócer que aparece en Segura y en Abelardo Gamarra, quien a menudo tiene aciertos satíricos, ese pintoresco que es sal de una veta criolla costumbrista, como "Piltrafas" de Loayza, las improvisaciones del cojo Soria y las crónicas de Portal.

### LOS SATÍRICOS

Los grandes satíricos nuestros son, sin duda, Pardo y González Prada —qué oposición— y, luego, Gamarra y el anónimo. Pardo y Prada, dos tendencias políticas encontradas y, por lo mismo, más interesante el caso. Gamarra no tuvo la fuerza del uno, ni la refinada ironía del otro. Su sátira es más directa, más alusiva, más fragmentada, con por-menor, mayoritaria, de acuerdo con la tendencia del anónimo, menos artística. Por lo mismo lo situó en otro campo.

Pardo —hablo de Felipe, pues, claro—, hombre engreído, europeizante y españolista furibundo, hombre de aristarquías, escribió algunas piezas fundamentales dentro de lo satírico. Su "Constitución Política", su "Ministro", su "Niño Goyito", en general, "El Espejo de mi tierra", delatan al satírico de alcurnia, con guantes pulcros y buen gusto. Este sabe lo que acusa y desea una transformación de las costumbres. Este hace reír, pero corrige. Que fuera equivocado su europeísmo y antiperuano su españolismo, eso pertenece a la sociología, a la historia y a la política, no a la literatura neta. Este es, pues, un señor satírico (detalles en cualquier antología).

González Prada, jamás considerado

entre los satíricos, lo fue en verdad. *Opera omnia* es el título de sus escritos satíricos. El embate de "Horas de Lucha", esos desfiles de hechos y personajes tarados, esas figuras restallantes con que apostrofa a los adversarios ("ataúdes que caminan solos", etc.), esas remembranzas quevedescas del Licenciado Cabra, denuncian al satírico enfervorizado en una labor de moralista, que arranca sonrisas a menudo, y siempre hace meditar; mucho correctivo; quizás poca risa: Juvenal era así.

Pero una duda tremenda me atribula. Los críticos están de acuerdo en que Pardo y González Prada, por contrario modo, son los menos peruanos de los escritores peruanos. Y resulta que, la sátira es el género literario netamente nacional, como asegura la crítica oficial, sus cultivadores son los menos nacionales. Un galimatías cuya solución, aunque la dejo para el próximo congreso esperantista, podría encararse provisionalmente así: la sátira es el género literario menos nacional y sus cultivadores son los más nacionales; otra solución: la sátira es el género más nacional, pero sus cultivadores típicos son los menos nacionales, (criterio oficial), y otro, en fin, la sátira es lo menos nacional, y, como consecuencia, sus representantes son también los menos nacionales, conclusión, ésta, lógica, pero irreal. Mientras se reúne el congreso esperantista, pensemos que Sarmiento, gran europeizante, hizo por la Argentina más, mucho más que tanto gaucho auténtico. Y que Prada, gran amador de las ideas francesas, hizo por el Perú, más que mucho criollo de embelcco.

## PERFIL DE LO ROMANTICO E INDAGACION DEL "LEJANISMO"

( 1 9 2 9 )

Los lectores de los diarios de Lima —hojas pequeñas, modestas aún— no se explicaban, el 18 de setiembre de 1843, la avidez con que algunos escritores devoraban un suelto de "El Comercio" y acudían, al punto, a la librería de Poppert, en la calle de Mercaderes, de donde salían, discutiendo y declamando, entre grandes exclamaciones y frenéticos elogios. Los más jóvenes se disputaban un folleto de vistosas tapas, en cuya carátula se leía el nombre de José Zorrilla. Algunos miraban con cierto aire de superioridad a los sorprendidos compradores de las "Poesías" del vate granadino, reeditadas el mes anterior en Valparaíso, en los talleres de "El Mercurio", y que, ahora, aprovechando el entusiasmo juvenil despertado en torno a la figura del padre de "Don Juan" —y ya don Miguel Agustín Príncipe había puesto su nombre al pie de unas estrofas "A Zorrilla" en "El Comercio" del 1º de julio—, la librería Poppert comenzaba a imprimir en entregas quincenales de ochenta páginas, provistas de tapas de color, y al precio de seis reales cada entrega. Está demás añadir que la suscripción quedó cubierta en el instante,

y que el editor parece que realizó un pingüe negocio.

Desde un año antes, frecuentaba los círculos literarios un joven español, pedagogo y escritor, Sebastián Lorente, a quien se encomendó la dirección del Colegio de Guadalupe, y que, además, traía consigo el eco de las teorías poéticas de la Península. Hasta el propio y clásico don José Joaquín de Mora admitía en sus "Leyendas Españolas" la aparición de una nueva sensibilidad. Y en el mismo año 43, desde su temporal retiro de Yura, otro classicista empedernido, don Felipe Pardo, muy respetado por los escritores y políticos de entonces, intentaba una evasión hacia la nueva escuela, al escribir aquello de:

*Lámpara solitaria, ardí en el templo;  
Y aunque con luz escasa, ardí constante;  
Y por siete años que bramó incésante,  
No me apagó una vez el huracán.*

"La Lámpara", 1843, en "Poesías y escritos en prosa de don Felipe Pardo", París, 1869, p. 24.

En Argentina, ya Esteban de Echeverría imponía el módulo romántico: desde 1835 tenía escrito un tratado so-

bre el romanticismo, que Juan María Gutiérrez exhumaría siete lustros después, como sentido homenaje al maestro difunto. Y la tiranía de Rosas, con la reacción fervorosa, desesperada, que producía, hacía más propicio el advenimiento de una escuela literaria tremante, desproporcionada, individualista y con un hondo sentido del *fatum* y la naturaleza. Los emigrados aportaban ese elemento ignoto a los países teñidos de clasicismo, como Chile, aún bajo la férula de Andrés Bello, a quien habrían de suplantar el convulso y formidable Sarmiento, el estudioso y severo Gutiérrez, el hondo Alberdi, el apasionado López, el sentimental Mármol. En 1844 vendría a Lima el argentino Gutiérrez, portador de aquel fermento rebelde e inquieto. Tres años después llegaría el curioso poeta español Fernando Velarde, y desde ese momento, la renovación fue más intensa, y nadie pudo desdeñar a la escuela en que se iniciaba una generación agitada y entusiasta.

## 1

Es curioso observar cómo los tres españoles nombrados —Mora, Lorente y Velarde— coincidieron en su culto a la literatura y en su función pedagógica. El primero formó parte de la tertulia literaria en que se afianzó el gusto clásico de Pardo, así como su aristocratismo y su conservadorismo; además, dirigió un colegio y fue el sugeridor del Ateneo de Lima. El segundo dirigió el Colegio de Guadalupe, escribió la primera historia organizada del Perú, aunque ciñéndose casi exclusivamente a la colonial, y orientó los estudios de

la Facultad de Letras, en cuyo decanato sucedió al Deán Valdivia y en el cual murió hacia 1884. El tercero tuvo triple palmeta, triple férula, triple sujeción: dirigió un colegio afamadísimo en Lima, en la esquina de Boza y Mantequería de Boza; adquirió una imprenta, en la cual se editaron libros de los románticos y, además, fue un poeta avasallador, bajo cuya égida se formó el gusto literario de su época, en el Perú.

Nada tiene, por consiguiente, de extraño que el primer acento advertido en los románticos, deslumbrados en seguida por Zorrilla, ostentara un innegable dejo de españolismo. Con el romanticismo no se rompió ninguna tradición intelectual. Nuestro romanticismo siguió a los españoles y, sólo de segunda mano, a los franceses.

## 2

El movimiento romántico tenía necesariamente que surgir, aun cuando se hubieran resistido los círculos dominantes —lo cual estuvo lejos de ocurrir— porque la época en que apareció estaba teñida de azoramiento, de perplejidad. 1848 dice muchas cosas a la historia del mundo. 1848 marca una era, más que una fecha. 1848 encontró convulsa a toda América, como eco de la agitación profunda por la que atravesó Europa. Aparecían cierta inquietud, cierto desequilibrio social, cierta beligerancia del factor económico inexistentes antes de esa fecha. Los estudiantes solían crisparse un tanto, atraídos por el rumor de las discusiones doctrinarias. El ambiente político admitía el debate a regañadientes, lo

cual acrecentaba los deseos de debatirlo todo. Entre la dura mano —acción férrea— de Ramón Castilla, y la —teoría inflexible— de Bartolomé Herrera, dómine apegado a la disciplina rigurosa y al sofisma flexible —no otra cosa significa la titulada “soberanía del pueblo”—, lejos de ahuyentarse los deseos de pendencia y revuelta de la muchachada, se exaltaban y depuraban. Fresco el recuerdo de la revolución emancipadora, de la guerra contra Bolivia, de la penosa consecuencia de la Confederación, de la anarquía terrible en nuestra historia, ocurrida entre los años 41 a 44, nada es más lógico que existiera un estado de ánimo crispado, hiperbólico, activo, rebelde, individualista, indisciplinado.

Zorrilla apareció en los escaparates de Lima el mismo año que sobre el territorio peruano había tres Presidentes, seis posibles presidentes, veinte conatos de candidatos y una legión de jefecillos y caudillos. Los románticos levantaban el pendón individualista y rebelde. Coincidían con ellos, los caudillos.

## 3

Hay una opinión de Plejanov, el teórico del marxismo ruso, que parece escrita para el Perú romántico de entonces. Dice el maestro de Lenin: “Cuando la burguesía ocupó el lugar dominante en la sociedad, y cuando su vida no se exaltaba ya con el fuego de la lucha emancipadora, entonces el arte nuevo no tuvo otra tarea que idealizar la negación del orden burgués, de la vida. El arte romántico fue precisa-

mente esta idealización. Los románticos procuraban expresar su desacuerdo con la tuesura y puntualidad burguesas, no solamente en sus obras artísticas, sino hasta en su aspecto . . . La palidez del rostro era otro medio de expresión; fue como una protesta contra la sociedad burguesa”. Plejanov concluye teorizando que el “arte por el arte” aludiendo así a Gautier y sus secuaces, “surge en el terreno del desacuerdo insoluble con el medio social que lo rodea”.

Plejanov, “El arte y la vida social”, Madrid, 1929, p. 37-41.

Evidentemente, nuestros románticos tropezaron con situación semejante. El medio los ganaba con sus exigencias desorbitadas y ellos querían mantener un tono heroico que cada día era menos posible. Había caducado la era del martirologio, y ante las pasiones de antiguos sargentos y tenientes, no cabían las pomposas arengas a lo Choquehuanca, las aduladoras “Epístolas” a lo Pando, las odas panegíricas a lo Olmedo; y mucho menos cuando se carecía de efectivo contacto con el pueblo como Segura, de cultura extranjerista y selecta como Pardo; y, además, la influencia de maestros y guías españoles malcontentos con el nuevo sistema de cosas americano, producía la exasperación del sentimiento individualista y anárquico.

Los literatos traducían cierto afán, evocador de la fiereza conquistadora. Pizarro poeta, habría sido como Fernando Velarde: audaz, sin trabas. Velarde vistiendo coraza, habría pasado cien veces la histórica raya.

## 4

Muchas de las características apuntadas en el romanticismo europeo se infiltraron en el nuestro, a través de varios caminos. Nuestros románticos empezaron cultivando (a) el grupo; (b) el teatro; (c) las comparaciones de la naturaleza. Luego, agregaron más insistentemente el culto a la (ch) individualidad, pero, paradójicamente, dentro del grupo. Más adelante, veremos cómo se definen otras características.

Se formaron, no uno, sino varios grupos. A través de "*La bohemia de mi tiempo*" parece como si no hubiera existido sino una sola entidad, pero sabemos ya que en aquel relato de Palma la fantasía tomó parte activísima. La "bohemia" existió hasta cierto punto. Pero es mejor que eso lo deslindeemos con mayor detención.

Según la enumeración de don Ricardo Palma, los miembros de la "bohemia" —término que ya recuerda una frase de Gautier— fueron: José Arnaldo Márquez, Manuel Nicolás Corpancho, Adolfo García, Llona, Althaus, Luis B. Cisneros, Salaverry, Enrique Alvarado, J. A. de Lavalle, Mariano Amézaga, Francisco Lasso, Juan Arguedas, Trinidad Fernández, Toribio Mansilla, Melchor Pastor, Benito Bonifaz, Juan Sánchez Silva, Pedro Paz Soldán y Unanue, Constantino Carrasco, Acisclo Villarán, Juan de los Heros, los hermanos Pérez, Narciso Aréstegui y Ricardo Palma. El mismo cronista de aquella falange declara que siguieron, como modelos, aparte de Fernando Velarde, a Zorrilla, Leopardi,

Campoamor, Lamartine, Espronceda, Byron.

Aún habría que agregar algunos nombres, pero no es necesario hacerlo, toda vez que carece de importancia el saber si aquél o éste pertenecieron a la aparentemente rebelde agrupación. En realidad, habría que borrar a algunos. Así, por ejemplo, el mismo Palma estaba aparte del grupo, pues en la época de mayor agitación de la bohemia, es decir por 1868, cuando él tenía 35 años, se había apartado bastante de la literatura, vivía entregado a los asuntos públicos, y por sus relaciones con el Presidente Balta, de quien fue secretario, y con don Enrique Meiggs, de quien fue amigo, se inclinaba a otra laya de preocupaciones en seguida resultó electo senador por Loreto; vivía en una espléndida casa propia, en la calle de los Patos, y ahí solía recibir, de cuando en cuando, a sus excolegas.

(Datos transmitidos por T. E. Corpancho).

Althaus pasaba por terribles alternativas de imitación a Leopardi y vuelta a lo clásico tras de Safo y Fray Luis de León; y, exaltado por una terrible vanidad, cultivaba una hosca misantropía, irritada a veces cuando algún compañero, por halagarlo, cometía el crimen de compararle, a él, a Althaus, con Leopardi. . . . *Juan de Arona* estudiaba a los clásicos y su temperamento anárquico e inmisericorde se reveló en publicaciones disolventes y ácidas, y en capítulos de estudio: "*El Chispazo*", "*Páginas diplomáticas*", etc. Enrique Alvarado desapareció harto tempranamente, y sin

grabar su huella romántica, sino antes bien, como promesa de algo más duradero. Salaverry surgió tarde a la poesía: era militar y fue una apuesta con Trinidad Fernández la que le empujó a componer sus primeros versos.

Pero, con todo, había algunas reuniones literarias. En el entresuelo en que vivía Salaverry, en la calle de Piedra, casi frente a la casa en que nació González Prada, solían reunirse los escritores. Más tarde irían a ampararse en casa de Castillo y en la librería de Trinidad Pérez, en Espaderos. Algunas veces, buscaban a Márquez. No pocas les abrió sus puertas un anciano magistrado, aficionado a las musas y al chocolate humeante y oloroso, don Miguel del Carpio; o siguieron tras las huellas de Fernando Velarde, "gran capitán de la bohemia limeña", hasta la imprenta que éste poseía.

Palma, "La Bohemia de mi tiempo", Lima, 1899.— Datos transmitidos por don T. E. Corpancho.

A. J. Ureta, "Carlos Augusto Salaverry", Lima, 1918, p. 20.

El teatro, la otra manifestación de nuestros románticos, trató de renovar la escena, en que triunfaban escritores de anterior generación, a cuya cabeza estaba Manuel Ascensio Segura, ducho en el arte de retratar, en el tinglado, la vida nacional. Palma refiere, en el prólogo a la tercera edición a las obras de Segura, que sólo "hacia 1862 amainó la epidemia de autorcillos". Mas, en el entretanto, la cosecha había sido numerosa. Márquez escribió para el teatro: "La Bandera de Ayacucho", "Pablo, o la familia del mendigo", "La cartera del Ministro"; Corpancho, "El Poeta Cruzado", "El Templario", "El

barquero y el virrey" (sobre Olaya); Mariano Pérez, "el puñal de Bayaceto"; Palma, "La hermana del verdugo"; (sobre Juan Enríquez, verdugo del Cusco), "La muerte o la libertad", "Rodil" (prohibido en 1851 por la censura); Cisneros, "El pabellón peruano"; "Alfredo el sevillano" (virreinal ambiente, salpicado de Dumas"); Aréstegui, "La venganza de un marido"; Salaverry, "Abel o el pescador americano", "El bello ideal", "El pueblo y el tesoro", "Atahualpa", "El amor y el oro". *Juan de Arona*, "El intrigante castigado"; Camacho, "Buscarle tres pies al gato"; Mansilla, "Marion Delorme", "Un prisionero en Bolivia".

Segura, Obras, Lima, 1885.— Id. Comedias, Lima, 1858 y otra edición, Lima, 1869.

Y entretanto, por 1861 y 62, también cundía la moda dramática entre los colegiales. Uno de ellos, discreto traductor de Goethe y Schiller, Manuel González Prada, terminada los originales de dos obras de teatro: "Amor y pobreza" (1864) y "La tía y la sobrina" (1867); y, ya obtenido el pase de la censura municipal para la segunda, resolvía no tentar fortuna y guardar su obra en la gaveta: tenía diecinueve años.

Datos transmitidos por Alfredo González Prada, carta a Jorge Guillermo Leguía, fecha, 15 junio, 1925.— L. A. Sánchez, "Don Manuel", cap. 6, (por publicarse).

La preocupación por el teatro fue tal que hubo necesidad de dictar un nuevo reglamento en la materia. El primero de febrero de 1849, se pu-

blicó en "El Peruano". Pero al punto recibió duro ataque de algunos escritores, tanto en Lima como en provincias. Desde Arequipa comentaban acerbamente sus disposiciones "*Los verdaderos patriotas*". El reglamento exigía permiso para construir un teatro, y los exégetas sostenían que bastaba la censura para exhibir las obras; el reglamento exageraba la severidad con las compañías ambulantes, y los exégetas argüían oponiendo la exigüidad de los medios de que disponían las poblaciones peruanas, y los cortos recursos de dichas compañías. El reglamento prohibía teatralizar asuntos religiosos; pero los impugnadores sostenían, con harto fundamento, que, así como ocurría en la "Scala" de Milán y el Teatro San Carlos de Nápoles, así no había razón para tal prohibición, siempre que se rodease de "pompa y esplendor" a los "sagrados objetos". (Para patentizar la veneración que se sentía entonces por Víctor Hugo, es útil recordar que los impugnadores del reglamento citaban una frase suya: "El arte es grande. En el teatro, sobre todo, no hay más que dos cosas a las que se pueda dignamente alcanzar: Dios y el pueblo"). El reglamento sostenía, con cierta puerilidad, la necesidad de evitar "que se pervierta el gusto o se hastie a los espectadores con piezas indignas de un pueblo civilizado"; y añadía, en el artículo 45, esta curiosa y significativa disposición, contra la cual protestaron muchos: "Las piezas nuevas escritas en el país, serán antepuestas a las extranjeras para su representación". Indudablemente, autores, teatrales empeñados en representar sus propias obras, eran los

redactores del reglamento. Y más cuando agregaba el artículo 51 esta disposición aristocrática: "Aquellos autores, cuyas obras formasen parte de la galería dramática nacional, y que por su distinguido mérito contribuyan a su crédito y esplendor, tendrán en los teatros públicos billetes gratuitos de entrada y luneta". Se hablaba de porcentajes para los autores por el número de actos, del precio de las localidades, de la hora para empezar las funciones y hasta de días fijos para las funciones líricas o dramáticas.

"El Peruano". Lima, 1º febrero, 1849;— "Examen crítico del Reglamento para los teatros del Perú, publicado el primero de febrero último en "El Peruano"— Arequipa, Imprenta Francisco Ibáñez y Herm. Junio de 1849".

Había por consiguiente verdadera afición teatral, hasta el punto de hacer necesario tomar todas esas disposiciones. Pero, no correspondía el reglamento sino a un criterio de círculo. Los autores de él debieron ser interesados, e interesados limeños. Se cerraba el teatro en los poblachos, en los que la farándula planta su tienda trasumante y activa, con telones y bambalinas arrancados a la naturaleza. Primaba un criterio limeño.

## 5

A pesar de esto, nuestros románticos pretendían rendir pleitesía, sin reservas, al precepto, esencia de la escuela, según el cual, las metáforas surgen de la naturaleza misma. Emile Bouvier observa, con este respecto, que la literatura ha atravesado por tres grandes

etapas, en la edad moderna, a juzgar por la renovación de su arsenal de comparaciones. La metáfora se volvió clasicista, humanista, con el Renacimiento. No tuvo otra alteración fundamental hasta que advino el romanticismo; y sólo desde fines del siglo dieciocho buscó en las fuerzas y fenómenos naturales su fuerza inspiradora. Rousseau, St. Pierre y Chateaubriand seguían en ésto la sugestión fresca y penetrante de los románticos alemanes, que determinaron aquella etapa.

Bouvier, "Introduction a la literature d'aujourd' hui", París, 1927, p. 16.— Laló L'Art et la vie sociale, París, 1921, p. 244.

Nuestros románticos trataron de hallar a la naturaleza, no obstante que la buscaban por medios indirectos y a tientas. Quien les mostró el derrotero fue Velarde. Este descubrió a los ojos de los románticos peruanos su propio escenario. Escenario tormentoso, desproporcionado, alucinante, pero siempre más sugestivo que el desfilar de próceres de las décadas anteriores, y el aluvión de metáforas buscadas en Virgilio de la era colonial. De ahí la gran importancia que adquirió el poeta español. No es raro que en él saludaran los románticos peruanos al gran iniciador: "*Tu duca, tu maestro, tu signor*".

## 6

Velarde llegó en 1847. Había estado antes en Cuba, en donde su temperamento tropical aguzó su connatural grandilocuencia. Menéndez y Pelayo confiesa que Velarde, su compatriota, poseía, entre otras cualidades, "un sentimiento profundo y casi místico de la

naturaleza; elevadas aunque confusas aspiraciones de ultratumba; un idealismo más germánico que español ataviado con el sombrero de jipijapa y el lujo charro de indiano de nuestra costa cantábrica". Riva-Agüero reconoce en él hiperbolismo, hinchazón, desatada elocuencia. Mas, no interesan tanto tales exégesis, sino seguir cómo se desarrolla su temperamento y cómo reacciona frente al panorama literario nuestro.

Menéndez y Pelayo, "Historia de la Poesía hispanoamericana", Madrid, 1913, t. II p. 256; — Riva-Agüero, "Perú histórico y artístico", Santander, 1921. p. 165.

Venía sobrecargado de imágenes deslumbradoras. Tenía 24 años. Le contagió la exuberancia tropical de las Antillas. No pudo olvidar jamás aquella primera lección de la naturaleza americana. . . . . Apenas arribado a Lima, publicó, en 1848, su libro "Flores del Desierto", con prólogo de Alcalá-Galiano. Pero, ya le habían acogido con entusiasmo Márquez, Cisneros, y los demás protorrománticos que entonces eran unos adolescentes —salvo Márquez, pues Palma contaba 15 años—, y los números de "El Talismán", periódico que publicó Velarde durante dos años, encontraron gran acogida, especialmente en los salones de algunas familias linajudas, como las de Riglos y Rábago, descendientes, como dice Riva-Agüero, de troncos montañeses.

"Flores del Desierto" fue un grito de alarma. El prólogo desafiaba: "Una injusticia sería ver juzgada esta obra con arreglo a doctrinas diversas de aquellas que profesa" (p. 6). Y pro-

cesaba al clasicismo imperante aun en los círculos afines a Pardo y Aliaga, aquí, a Lista, allá. “En efecto, los poetas de la anterior generación, que militan bajo las banderas del mal llamado clasicismo, tenían un sistema de leyes perfecto, un código escrito y universalmente acatado, en cuya infalibilidad y supremacía profesaban ciega fe; y sobraba su adherencia al dogma, para que con los preceptos de Horacio y Boileau en la mano fuese deslindado minuciosamente el crítico, si su observancia era estricta. . . . .; pero como la moderna escuela, cuyas máximas se sustentan aquí. . . . ., *ha erigido en principio la independencia y casi cupiera decir la anarquía del individualismo*”. Y continuaba su peroraciónseudodoctrinaria. Mas no circunscrita a un simple alegato, sino que arremetía contra la literatura castellana, contra la poesía objetiva y externa de antes, para propugnar una poesía interna y subjetiva. A los grandes poetas españoles los calificaba desdeñosamente. Y aunque Riva-Agüero observe que había un despertar gongorino en esa aparición de Velarde, es bueno recordar que, en el prólogo de “Flores del Desierto”, se afirmaba que las “Soledades” gongorinas “no aventajan en mucho a la mala fama de que disfrutaban”, y más aún —risueño anacronismo— los versos de las “Soledades” (“pasos de un peregrino son errantes”) plagiaban a otros del “Child Harold”.

“Las flores del desierto”. Colección de poesías de D. Fernando Velarde. Lima, 1848. Imprenta de J. M. Masías”.

Los jóvenes literatos desviaron sus miradas de los ídolos nacionales de

entonces. Y las pusieron en Velarde, el extranjero grandilocuente y frenético. ¡Cómo mezclaba ritmos de distinto número de sílabas! ¡Y cómo se le veía sombrío, trágico, perseguido por una divinidad sañuda, que le acosaba sin cesar! Devotos e ingenuos, los muchos coleccionaban los adjetivos del maestro Velarde, para producir sensaciones análogas: “silencio y avancemos al negro porvenir”; “la negra confusión”, “en lóbrego montón”, “oyendo de mis trovas las notas plañideras”, “el genio que preside mi triste juventud”, “mi fúnebre laúd” etc. . . . . (Y, sin embargo, en medio de todo aquello, el arranque de una estrofa que pudiera ser firmada por un poeta moderno, por el Juan Ramón de la “Elegía a Georgina Hübner”; arranque que me concilia con Velarde aun hoy mismo:

*El piloto por fin nos anuncia  
que hoy veremos las costas de Cuba. . . . .)*

La aparición de Velarde fue de un efecto inmediato. Y él no perdió su tiempo. En seguida tuvo en sus manos un colegio y una revista. Cinco años después, funcionaba perfectamente su imprenta. En ella publicó Manuel Nicolás Corpancho su “Lira Patriótica” de 1853.

7

Ligada a España por tan sólidos vínculos —y tanto que, en un decreto gubernativo, a propósito de la suspensión del Fiscal don Francisco Javier Mariátegui, en 1849, se citaba una ley de Indias—, aquella generación sintió

el virreinal deseo de mantenerse unida al oficialismo, pese a su decantado individualismo y anarquismo, circunscritos al arte. Velarde, bien quisto en los salones; Lorente, funcionario oficial, admirablemente colocado en el gobierno; Palma, funcionario de Enseñanza, luego en las islas guaneras, para acabar de secretario de Balta y senador; Cisneros, también en la política, funcionario consular en Europa, y otras derivaciones; el patriarca del Carpio, político, personaje figurante en las esferas oficiales, lo que le permitió ser Meccnas; Salaverry, militar y funcionario; Bonifaz, militar; Fernández, militar en servicio; Corpancho, que acabó sus días en un naufragio, cuando regresaba al Perú, después de haber sido representante diplomático ante México; Althaus, excéntrico, pero, por su posición social, personaje influyente y bien mirado, con cierto criterio de *élite* y aristocracia. Un dato más decisivo: el traductor de "Child Harold" fue, entre nosotros, un personaje burocrático, escuetamente funcionaril, don Manuel B. Ferreyros, Director de Estudios. ¡Byron en un gabinete ministerial! Otro dato: la historia de Lorente se publicó mediante la subvención oficial del gobierno, según lo anota J. T. Polo en su "Parnaso" (1862).

En cambio, no figuran en el grupo el ciego Elera, ni el loco Quiroz; y apenas se menciona a Acisclo Villarán, tipo efectivo de lealtad a la bohemia y al romanticismo típico de entonces. Se llamaba "bohemia" a un grupo bien colocado social y económicamente. Apenas si asoma el blasón de la locura en Althaus y en García. Porque *Juan*

*de Arona* es perfectamente marginal dentro de aquel sector. Elera, en cambio, bien pudo figurar al lado de los demás. El huancabambino trovador había cegado en 1843, cuando tenía 23 años, y desde entonces cargó sobre sus espaldas la tarea de artesano del canto, para sostener una realidad —no romántica— de cinco hijos. Tenía su destino efectivo de héroe romántico, un poco *Manfredo*. No conoció a sus padres. Y sin embargo, él, bohemio efectivo, cantor trashumante, trovador, rápsoda, él no aparece entre los bohemios que vivían cómodamente y fingían un gesto de cansancio demasiado ritual. "Entonces —dice Teófilo Gautier— dominaba la escuela romántica, la moda de tener el semblante pálido y cadavérico. Esto daba al hombre un aspecto fatal, byroniano; demostraba que sufría pasiones y le torturaban remordimientos, lo cual hacía interesante a los ojos de las mujeres". La "bohemia", la llamada "bohemia" nuestra, fue semejante. Usaba palidez y declamaba, porque aquéllo estaba bien. En cambio al pobre Elera se le arrinconaba. El mismo ciego decía:

*No extrañe en el acento que sin orden levanto  
que no brille un reflejo de leve erudición;  
porque jamás la historia a mi sentido canto  
le dio, con sus lecciones, benéfica instrucción.*

"Poesías del ciego Pedro Elera, dedicadas al vicepresidente de la República. Lima, 1859. Tipografía de Aurelio Alfaro y Cía. Calle de Baquíjano, 11 y 13".

Al "loco" Angel Fernando de Quiroz no se le concedió mayor beligerancia. Sin embargo, Palma le recordaría después, en un artículo. Pero sus "Delirios de un loco" no aparecen en la

foja de servicios o anales oficiales del romanticismo o "bohemia" peruanos. Y además, como los versos de Elera, se publicaron por entregas.

La locura, romántica enfermedad como la tisis de Margarita, obsesionaba a tales escritores. Mientras rugía afuera el vendaval político, los literatos soñaban con *Manfredo*. En realidad, el romanticismo y la bohemia nuestros, nacieron o se fortalecieron cuando reinó forzada paz en el país, es decir, bajo la dictadura de Castilla. Adularon a éste o le temieron. Para olvidar aquello se lanzaron al arte, como quien se aferra a un salvavidas. Entre 1845-51 y 1855-62, períodos de Castilla, surge el romanticismo; se aburguesa más, pero siempre predominante —ya sin bohemia— cuando el auge económico, engendrado por el guano, produce un desorbitamiento súbito en la vida de la nación. Hubo bohemia bajo la dictadura; romanticismo burgués bajo los gobiernos de Echenique, Prado y Balta, no obstante el paréntesis desenfrenado que significó el 66.

## 8

Sin embargo, por aquel mismo año 66 se insinuaba ya el aquietamiento de los señores bohemios. Algunos de ellos resolvieron fundar un centro de literatura bajo la égida de personajes políticos, es decir, sin apartarse del módulo oficial del romanticismo nuestro. Fundaron la *Sociedad de Amigos de las Letras*, el periodista y orador Chacaltana, Luis Benjamín Cisneros, poeta y funcionario, Ricardo Heredia, el militar Norberto Eléspuru, que tenía sus debilidades por las musas, Enrique

Ramos, Natalio Irigoyen y Félix C. Zegarra. La sociedad recibió estímulo del Gobierno. Pudo publicar unos *Anales*, dirigidos por el socio Heredia. Tuvo como local, primero, la casa del consocio fundador Félix C. Zegarra, en donde se reunieron desde su fundación hasta que oficialmente se les cedió un salón de la Universidad. *Los Anales de la Sociedad Amigos de las Letras* publicaban artículos diversos: sobre "Asilo diplomático", escritos por Irigoyen, versos del presbítero Quiroga, de Molestina, Yáñez, Terrazas.

A pesar de su carácter semioficial, la Sociedad deambuló más que los futuros "bohemios". De la Universidad pasó a un salón del Senado. De ahí, a otro de la Escuela Industrial de San Pedro. Y era presidente de la sociedad Simeón Tejeda, cuando ésta se transformó en *Club Literario*. El Club sería, luego, *Ateneo*.

Subió a la Presidencia del Club, para continuar la labor de Tejeda, el jurista Francisco García Calderón. El Presidente Prado acogía a los señores escritores, entretenidos en sus divagaciones históricas y literarias, mientras los partidos y los prestamistas deshacían el país, y les cedió un salón de la Biblioteca Nacional. García Calderón obsequió mobiliario al Club. El expresidente Manuel Pardo, entonces senador, cedió sus dietas en beneficio de la institución bien amada, cortés, sossegada, altruista, disciplinada, desvinculada de las pasiones del momento, aristocrática, selecta. El Club había cambiado locales siempre oficiales o cenales, como el que ocupó en los altos de Mercaderes y las Mantas.

En 1873, la sección Literaria del

*Club Literario*, reducto de la antigua bohemia romántica, tenía 32 socios: el número 1, Cisneros; el 12, González Prada; el 5, Teobaldo Elías Corpancho; el 18, Llona; el 19, Luis Márquez; el 21, Ricardo Palma; el 22, Juan de Arona; el 26, Ricardo Rossel; el 30, Acisclo Villarán, y el 32, Félix C. Zegarra. Bajo la Presidencia de Cisneros aprobaron sus estatutos. En ese tiempo, González Prada no venía casi a Lima, porque vivía entregado a sus experimentos en pos de un almidón industrial, en su hacienda de Mala. La sección literaria del Club se proponía, entre otras cosas, “analizar constantemente las obras de autores clásicos” (Art. 1º). Cuando faltaba el Presidente, decía el artículo 3º, “presidirá el mayor de edad”. No cabe duda que los románticos se habían jerarquizado desembozadamente, y que la bohemia había sido una estancia vencida.

Club Literario de Lima. Anales de la Sección de Literatura, Primer año, 1873-1874, Lima, Imprenta del Universo, de Carlos Prince, Escuela Industrial, Municipal de San Pedro. 1874;— “Anales del Club Literario de Lima, segundo período. Inauguración. Lima, primero de agosto de 1885. Imprenta liberal de F. Masías y Cía. Unión (Baquíjano) 817-1885”.

## 9

La reacción del romanticismo, durante su largo período de predominio en el Perú, es decir entre 1848 y 1870, se caracteriza, aparte de los perfiles indicados, por algunas otras notas que es preciso tener muy en cuenta para filiar bien la calidad de aquel movimiento y de sus directores.

Contagiados por la terminología sibilina —por lo vaporosa, no por lo incomprensible—, de los románticos, adolecieron todos de un idealismo gaseoso. De Lamartine aprendieron a creer en las abstracciones que se escriben con mayúscula, y a la política llevaron y de la política extrajeron la afición a las palabras resonantes que, por contener mucho, no sugieren nada: Bien, Orden, Verdad, Justicia, Amor, Humanidad, Dolor. . . . .

Fieles a su sino romántico se creían signados todos por un destino inflexible. Sentíanse autómatas, manejados por un demiurgo hosco y sádico. El mismo demiurgo era aquel a quien invocaban en sus plegarias, porque, no obstante la camaradería de cenáculo en que vivían, se sentían profundamente solos. Esta sensación de soledad asoma en los cantos de nuestros románticos, como cumplía a discípulos fieles de Velarde. A veces deshaciéndose en acentos líricos, a veces con hurañez de anacoreta tentado por la carne:

*Oh, cuánto tiempo silenciosa el alma,  
Mira en redor su soledad que aumenta,*

dirá Salaverry, en “Acuérdate de mí”, y Juan de Arona, escribirá, ríspido y agrio:

*Hay unos días desesperantes  
en que me carga la humanidad,  
en que las horas y los instantes  
son largos siglos de oscuridad.*

En Rossel, la soledad adoptará una tonalidad madura y sentenciosa:

*Ya estoy aquí, en la mansión del duelo,  
En la morada silenciosa y santa. . .*

Y hasta en González Prada, muy joven aún, y tocado apenas por aquel romanticismo que en él mondó sus arrumacos, aparece una oda "A la Soledad":

*Y en el mar proceloso de la vida,  
eres mi puerto, soledad querida.*

Salaverry, "Cartas a un ángel" en Albores y destellos, Le Havre, 1871; Juan de Arona, Ruinas, Lima, 1863; Rossel, obras poéticas, tomo II 1891; Cortez, Parnaso Peruano, Valparaíso, 1871.

Dentro de semejante soledad, no es raro que los escritores disfruten de una vida llena de compañía y camaradería. Pocas veces hubo más grupos literarios, bien en la Sociedad de Amigos de las Letras, o en los cenáculos a que me he referido antes, en casa de Salaverry, del Carpio, Castillo, etc. También abrió sus puertas "El Correo del Perú". También la casa de Velarde. También algunas redacciones de periódicos. Pero, la soledad vestía de fatalismo y de tristeza al poeta, y hubo que pregonarla, aun cuando al escribir alabanzas, rieran, en torno de la mesa, varios melenudos vates de palidez de cera. Sólo en Márquez (Arnaldo) y en González Prada fue honda la sensación de soledad. Y aparte de ellos, en el infeliz ciego Elera, tan poco apreciado por aquellos bohemios que no supieron entender el mensaje de Murger...

El ambiente era pequeño, circunscrito. Si no se explotaban los sucesos políticos, como se hacía en Argentina, México, Francia, faltaban móviles, incitaciones a la literatura. Mas nuestros bohemios tenían en demasiada estima a los magnates políticos, y no se

atrevían contra ellos. Mientras el romanticismo argentino, por ejemplo, se bautiza con el destierro y la incesante campaña de Sarmiento, Mármol, López, Echeverría, y hasta con la dramática claudicación de Rivera Indarte, nuestro romanticismo no resiste sino destierros fugaces. Unos meses fuera del país visten de arrogancia al escritor. Palma residió apenas breve tiempo en Chile, pero nunca lo olvidó. En cambio, Sarmiento, el ático Gutiérrez, el sentimental Mármol, vivieron lustros, décadas, fuera de su patria, perseguidos, hostigados y combatiendo sin tregua. Por fuerza tuvieron que engendrar una literatura definida y concreta.

Los románticos franceses tropezaron con igual obstáculo. Napoleón III, y, antes, la Restauración habían perseguido tenazmente a los escritores adversos. Víctor Hugo, como Musset, vivió en abierta pugna con el medio oficial. En Guernesey se levantó una tienda de exilado, no una oficina de funcionario. Chateaubriand había vivido malquisto con Napoleón, que le creía mal hombre y mediocre literato, y Mad. Stael se vio en el mismo caso; pero ambos determinaron un nuevo movimiento literario.

Nuestros románticos no pudieron seguir tales ejemplos, y lógicamente, sin un gran ambiente para una literatura apolítica, tuvieron que volver los ojos al pasado. Además, a ello los movía la tendencia de los románticos españoles y franceses. Zorrilla había escrito "Tradiciones Poéticas". En las "Leyendas" de Bécquer surgía un mundo cuajado de tragos, endriagos, fantasmas, elfos, gnomos, y el terror presidiendo la rara

teoría. No faltó el Duque de Rivas en aquella pesquisa de motivos del pasado, y escribió también tradiciones y leyendas poéticas. Espronceda, que fue menos al pasado y tuvo aliento épico en determinados momentos, optó por el “*lejanismo*” en el espacio, ya que no en el tiempo, y cantó siempre algo irreal, algo distante: el pirata de Estambul, los cosacos del desierto, sin dejar, por eso, de ir en busca de don Félix de Montemar, para que cruzara su acero con el don Juan zorrillesco.

Había cundido la moda de lo germano, siempre soñador. La copa del Rey de Thulé, la campana de Schiller llamando a las edades, todo aquello seducía la huérfana imaginación de nuestros románticos, opresos por el tabú de la política propicia. En la leyenda de Fausto vislumbraron sendero imprevisto: la lejanía —distancia, pasado— vistió el disfraz de Mefisto y rejuveneció a sus musas.

## 10

Se abrió la etapa de la lejanía que pervivió en nuestra literatura más aún que el romanticismo y que la bohemia, aunque, en realidad, a la bohemia auténtica le repugna ese lejanismo erigido en culto, puesto que vive absorta y oprimida por el presente urgente.

Los románticos abrieron el ciclo de lo lejano. No es precisamente pasadismo, porque admite la lejanía, el horizonte. Fue lejanismo. Lejanía de tiempo o de espacio: es decir, pasado o distancia. Cultivaron la lejanía. Cuando era un “lejos” de años, buscaban leyendas del *pasado*; cuando era un “lejos” de climas y millas, buscaban lo

*exótico*. Pasadismo y exotismo no son, entonces, sino dos aspectos de la lejanía. O, si se quiere precisar más, de la ausencia de presente, la falta de tema actual, la desvinculación forzada o espontánea del medio.

Existe una cuestión decisiva para apreciar esto, aparte de las razones que expondré después: el indio.

Los románticos a menudo buscaron al indio para hablar de él en sus obras: Salaverry, Palma, García, hasta Rocca de Vergallo, que escribía en francés, explotaron temas indígenas; pero no se detuvieron jamás ante el *indio-problema*. Se limitaron al *indio-espectáculo*. Un indio ahí, en esas obras, era tan exótico como un turco de Estambul, como el pirata de Espronceda, como el Ben Humeya de la leyenda granadina, como el Nibelungo Gunnar, que, simbólicamente, aparecería en una poesía de González Prada. Los románticos estaban a la caza de temas, de escenarios, de telones: nada más. Una vez hallado el escenario, lo demás pasaba a segundo plano: ellos parecían resueltos a que don Félix de Montemar hablara por boca de “Abel, el pescador americano”, como en el drama de Salaverry; o que Hugo pronunciara sus apóstrofes, por medio de “Inca Cahui-de au sommet du Sacsahuaman”, como en Rocca de Vergallo. El *indio-espectáculo* proporcionó abundantes estrofas a los escritores. Quedó inédito, intacto, el *indio-problema*.

Y es que triunfaba la lejanía ante la pequeñez del medio y la firme decisión de los escritores de no intervenir con demasiado calor contra los poderes constituídos. Muy pocas veces surgen, y lo hacen aisladamente. La ciu-

dad era pequeña, absorbente, inquiridora. Cuando aparecía un soneto, se le discutía y alababa en todos los círculos. O se le atacaba, injuriando a su autor, desde las columnas de los “*comunicados*” de los diarios. Otro indicio más: los periódicos reemplazaban o traducían el ambiente que se forma en torno a los caños en los callejones y casas de vecindad, a donde van a lavar su ropa todos los vecinos, y, junto con su ropa, a exhibir sus pasiones. Periódicos de aldea, preocupados por sucesos nimios, por personajes subalternos: en tal medio, la liberación estaba en lo distante, o en resolverse a que la literatura fuese algo más que entretenimiento limeño y de grupo, como lo hizo, más tarde, González Prada.

## II

La lejanía tenía que surgir, porque la literatura vivía encerrada en Lima. Se ignoraba al resto del país. Lima los absorbía a todos. Literatura limeña, como la de la colonia, fue aquella. No es tan maliciosa ni desprovista de fundamento la afirmación de More cuando califica de “*Tradiciones limeñas*” a las “*Tradiciones Peruanas*” de Palma. Un inventario de ellas daría como resultado la justificación de esa opinión.

La lejanía se explotaba, pues, en forma de espacio (*exotismo*) y tiempo (*pasadismo*). En tal esquema quedan comprendidos treinta y hasta cuarenta años de nuestra literatura republicana, que apenas cuenta cien años de existencia.

Buscaron lo distante, lo “lejos” casi todos. Palma, recordando demasiado *Les Orientales* de Hugo, diría:

*Pues tienes, nazarena,  
castanes de tisú,  
y chales Cachemira  
brinda a tu juventud...*

Palma, *Armonías*, París, 1865.

Corpancho (Manuel Nicolás) escribió “*El Poeta Cruzado*” (1848) y “*El Templario*” (1855). En las “*Obras Poéticas*” de Althaus abundan las reminiscencias arábigas, a lo Zorrilla, las rapsodias de Leopardi, los elogios a Fray Luis, a Petrarca y a Safo. Márquez —él, con razón, pues fue un deambulador insigne— es menos extranjero que los otros. De puro andar en busca de lo distante, se acostumbraron a cantar siempre a enamoradas inaccesibles. Aparecen castellanas en torres almenadas, trovadores que pulsan guzla y rabel (ya hemos visto un “*negro laúd*”, en Velarde). Tal inaccesibilidad se transparenta en los títulos de los libros. Uno de Márquez se llamará “*Notas perdidas*”. Juan de Arona —tan hombruno— titulará al suyo “*Ruinas*”. Pero ninguno tendrá la lejanía incomparable de un título de Salaverry: “*Cartas a un ángel*”; es lo más distante que se ha escrito en nuestra literatura.

La lejanía en el tiempo se transforma, en seguida, según que la toquen cerebros archivadores o sensibilidades más o menos afinadas. O de eruditos, o de fantaseadores. Pero, en ambos casos, y esto comprueba la estrechez del ambiente, no produce ningún sintetizador. Fantaseadores o eruditos, no trascienden de lo pequeño: tradiciones, anécdotas, leyenditas, biografías de diccionarios, críticas menudas. Falta el empuje de una obra de aliento, de sín-

tesis, porque hay ausencia de pasión y de franqueza, y los literatos se marginalizan demasiado de la vida misma. En Argentina, sin la tradición cultural nuestra, surgen *Facundo*, las *Bases* y *Amalia*. En los Estados Unidos, la liberación de los esclavos va precedida por *La Cabaña del tío Tom*. Aquí la liberación de los esclavos fue precedida por diminutos folletos, muy pocos versos y algunos balazos.

El pasado, como dato, producirá a Mendiburu, Polo, Zegarra; más tarde a los Paz Soldán y Larrabure. Mendiburu se dedica a un diccionario; Polo, a rectificarlo y publicar estudios parciales y minuciosos; Zegarra, a unos cuantos bocetos sobre cosas menores de la historia, igual que Larrabure; los Paz Soldán, en medio de su apego al dato, son los únicos que siquiera traspasan lo colonial y van a lo republicano.

Como imaginativos del pasado, aparecen, entre otros, Palma, Lavalle, Salaverry, Rocca, el venezolano Camacho, algunos más. Después, la señora Matto de Turner, pero ya dentro de otra tesitura, saliendo de lo limeño.

Naturalmente, no es el caso de discriminar a Palma aquí. Palma enfoca el pasado a fuerza de una información de leídas y voladas, y de una imaginación firme y constante. Alguna vez, en estas mismas páginas de *Mercurio*, me correspondió ocuparme de sus vacíos como historiador; y algo más he añadido en mi libro *Don Ricardo Palma*, y *Lima* (1927). Pero, de todos modos, hay que repetir que Palma se valió del pasado como de un acicate para su imaginación, para su fantasía. Nunca pudo vivir entre datos. Los que le to-

man por datista, son los que le traicionan. Era tan volandera su memoria que olvidaba lo que él mismo hacía: cuando editó por segunda vez las obras de Segura, equivocó la fecha de la primera edición que él mismo hiciera; y en la tercera volvió a equivocarla, pero señalando ya otra fecha. En Palma triunfaba la imaginación, y fue el primero en evadirse de la erudición, aunque, como buen conocedor del medio, cuidó mucho de no hacerlo notar, y fingió, al contrario, gran seriedad historiográfica, por más que, quizás, a fuerza de imaginar, tal vez llegó a persuadirse a sí mismo de que la verdad era su verdad, y que la historia eran sus historias.

Ya en menor escala, asoma Camacho, que publicó tradiciones en la *Revista de Lima* (1861); Salaverry, que escribió los dramas *Abel* y *Atahualpa* a base de historia; Lavalle, autor de muchos estudios y bocetos sobre personajes coloniales, especialmente Olavide y Juan de la Torre, y Rocca, que tejió hasta dos libros de versos franceses titulados *Le Livre des Incas* y *Atahualpa*. El *Parnaso Peruano* (1862) de don J. T. Polo podría colocarse en este capítulo, a consecuencia de su inocente e involuntaria novelación de varios pseudo-poetas, como don Bernardino Ruiz.

## 12

Todos los evocadores coinciden en algo, en que se ve patente la influencia de los maestros españoles, especialmente Velarde y Lorente: el colonialismo. Y se explica. El primero que organizó una historia del Perú, fue

Lorente. Pero, esta historia, hecha un poco a lo Herodoto, con largos parlamentos, mucha literatura, poca interpretación y escasos datos, versó de preferencia sobre la Conquista y la época colonial (4 volúmenes 1860-71). A la Historia Antigua del Perú le dedicó un volumen poco denso (1860). Y sólo mucho después, su interesante epítome sobre "La Civilización Peruana" (Lima, 1879).

Dentro del ambiente españolizante que, necesariamente, difundieron Mora, Pando, Velarde, Lorente, —profesores, escritores, publicistas— mal podía alimentarse la tradición indígena. Además, la historia sobre la cual se hacían investigaciones era la colonial. Se ignoraba el Perú. Lima había sido la Colonia. Mendiburu escribió un *Diccionario histórico-biográfico*, en ocho volúmenes, sólo sobre la época colonial. Las tradiciones de Palma casi todas se refieren a la conquista y a la colonia. Los arzobispos y los virreyes coloniales atrajeron la diligencia de Polo. Salaverry coloca a su "Abel" entre personajes españoles, nobles y arrogantes. Creo inútil añadir que para Lavalle resultan Olavide, la Perricholi, Juan de la Torre, el P. Valdez, personajes definidos. Es decir, el españolismo proseguía en la generación romántica que buscó lo nacional, a través de maestros españoles, y sólo en la época en que España interpretaba al Perú.

Muy pocos se preocuparon de la República y del Incario. Entre los primeros, Luis B. Cisneros, con sus novelas, germen de un sentimiento más comprensivo y que anunciaba el seguro rumbo de "Aurora Amor"; y Corpancho, con su colección de poesías pa-

trióticas "La Lira" ya citada. El "Edgardo o un joven de mi generación" (1864) fue para nuestros románticos lo que la "*Confession d'un enfant du siècle*" de Musset, para los franceses. Evidentemente Cisneros interpretaba algo más que su grupo. Su personaje ya no era limeño, sino moqueguano; y aunque sus amores fueron carnales y sentimentales, y mezcla la lujuria en el idilio, la enamorada Adriana conserva su perfume virginal, su actitud de Ofelia, quizás, mejor, de Julieta. Hasta en la indispensable peroración sobre el pasado peruano, surgen el Incario, la Independencia y la poética figura de Salaverry como contrapeso a la remembranza colonial. Y la triste realidad de las guerras civiles, de los cuartelazos, arrancando la vida a hombres en su plenitud, asoma por vez primera ante el trunco destino de aquel Edgardo, apasionado y valeroso, muerto prematuramente en la revolución del 55.

Aparecía ahí algo de la realidad, en lugar de tantos cruzados, tantas huríes, tantos virreyes. Mas no escucharon aquel mensaje los románticos, y prosiguieron su ruta hacia Bizancio. Crecían aparentemente los caudales, aumentaban las ferrovías, la riqueza del guano parecía inextinguible. Vivíamos en plena edad de concordia americana. Ningún peligro se adivinaba en el horizonte. Los escritores alababan la previsión de los gobernantes, la felicidad de la patria, el dichoso porvenir que se vislumbraba ya, tras del predominio militar. Como eco de todo aquello. Don Ricardo Heredia, miembro del "Club Literario", hablaría, al evocar esa edad, del "admirable genio" de

que la Naturaleza dotara a don Manuel Pardo. Ignoraban los literatos, ocupados en sus problemas de pequeña vanidad y en su centralismo absurdo, que se firmaban pactos secretos, que el salitre era una fuente de disturbios, que la política marchaba dando tumbos hacia otro militar. Pero este militar favorecía a los escritores, les cedía locales, les llamaba a su vera. Verdad que a la holgura había sucedido luego la crisis, a consecuencia de empréstitos imprevisores y leoninos. Verdad que el país pasaba después por una etapa dura. Pero, la perturbación tenía que ser fugaz. Dentro del fatalismo romántico, jamás se tomó al país como elemento de tristeza. El Perú era sinónimo de riqueza, de orgullo; los poetas sólo lloraban el trágico des-

tino personal que les perseguía. Y, en fin de cuentas, hasta el término de "mendigo" sentado en un banco de oro", con que algunos llamaban a la Patria, resultaba propicio, porque así el Perú se convertía en un nuevo personaje romántico, condenado a silencioso y soledoso destino: ¡habría que prestarle plectro, voz, rima, y un tratado de retórica para que no atentara contra los cánones!

Por eso, cuando el 5 de abril de 1879 se supo que estábamos definitivamente en guerra, los románticos —a pesar de su locuacidad proverbial y de su exaltación irrefrenable— no encontraron ni en la imaginación ni en el tratado de Retórica y Poética predilecto, la estrofa exacta para traducir su asombro.

(De *Mercurio Peruano*).

## NUESTRO “AÑO TERRIBLE”

( 1929 )

La “montonera” y el idilio, aunque aparentemente opuestos, vivieron en feliz consorcio. El corbatón y la mekena de Byron auspiciaron las lamentaciones de “Child Harold”, las disputas con Shelley, la rebeldía que terminó en Missolonghi. Nicolás Corpancho cantor de “*El Templario*” (1855) y “*El Poeta Cruzado*” (1848), había coleccionado también una “*Lira Patriótica del Perú*”, toda ella loa encendida a la libertad, y ataque a los opresores. Los más parcos y atildados no se pudieron libertar de esa doble condición de montoneros y amadores como Byron, también como Vigny. Don Felipe Pardo —“el señor Pardo, Decano de los bardos nacionales”, como respetuosamente le nombraría, en el 62, el erudito Polo—, terminó cantando románticamente en “*La Lámpara*”; pero, antes de sonreír con la *Constitución Política*, ya había pagado su tributo al fervor bélico y patriótico en su oda “*Al Aniversario de la Independencia del Perú*” (1828), y había pedido, jubiloso y tremante, “*Al General Gamarra*”: “De tí el bravo La Mar auxilio espera —corre veloz a las boreales playas—; y el laurel inmortal de la

victoria— lo hallarás en las márgenes del Guayas”. Al futuro tradicionalista Palma alternaba versiones poéticas de Heine y Hugo, con diatribas versificadas contra Belzu —“malvado”, “inspirado sin duda por Satán”—. Pero toda esa beligerancia tenía un matiz aristocrático, individualista y demagógico. El amor también era demagógico. Porque voceaba a pulmón lleno en las plazas, sin el rubor de la confidencia. La confidencia se gritaba: de donde, lejos la sordina sugerente e insinuante de Musset, se amó al modo como odió Hugo: a grandes voces. Hubiera sido curiosa una encuesta sobre el amor de entonces. Y otra sobre los límites del Perú.

Continuaba nuestro pensamiento vinculado a España. La acción de varios españoles y no pocos españolizantes, había dejado honda huella en la imaginación nacional. Primero, José Joaquín de Mora con José María Pardo, dirigiendo el grupo aristocrático en que militaba Pardo; luego, este mismo, teñido del imperecedero clasicismo de su maestro Lista, a quien veneró sin tragua; el triple señuelo del desmeleñado y grandilocuente Fernando Velarde —poeta contagioso, impresor exigen-

te, maestrescuela monopolizador— y la acción de Sebastián Lorente, director del Colegio de Guadalupe, verdadero fundador de la Facultad de Letras, aunque cronológicamente le antecediera en ello el Deán Valdivia y creador de una historia del Perú, a base de españolismo, de virreinato y de suscripción del gobierno, según lo declara Polo en un párrafo insinuante de su “Parnaso”. Nada tiene pues de extraño que la literatura, el pensamiento, vivieran unidos a un módulo virreinal. El romanticismo también se había nutrido de iberismo. Sobre las leyendas y tradiciones de Bécquer, el Duque de Rivas y Zorrilla, se formó el género tradicionalista nacional, en el que se injertó la manía costumbrista costeña que, arrancando de la Colonia, se cristalizó en Segura. No había otro remedio, por consiguiente, que imitar a España. Y como esta imitación tenía un fundamento costeño y capitalino, la literatura vivió una era capitalina y costeña.

El 65 despertó de aquel error a los poetas. Violentamente cambiaron los motivos de inspiración. España se presentaba peligrosa, obsesionante. Los bohemios que admiraron tanto a Pelayo y su prole, se alzaron contra “don Mendo”. Uno de los primeros, un romántico empedernido, Acisclo Villarán. Se atrevían al fin a rebelarse contra el dogal exmetropolitano, contra el cual insurgiera tímidamente aún, Palma en su “Rodil” (1851), que fue prohibido en seguida. Al promediar el 66, el 2 de mayo rompió un mito y despertó el buscar otros modelos. La literatura agitó el plectro antiespañol. Los escritores avivaron su sed de ce-

náculos —secuela virreinal, a base de chocolate y buenas maneras—; pero se ensayó un poco de organización. La sociedad de “Amigos de las Letras” quedó constituida por iniciativa de Cesáreo Chacaltana, Félix Cipriano, Coronel Zegarra, Ricardo Heredia, Luis Benjamín Cisneros, Enrique Ramos, J. N. Eléspuru, Natalio Irigoyen; y publicó los “Anales de la Sociedad Amigos de las Letras” dirigidos por el socio Heredia. Gentes acomodadas, al punto encontraron amparo oficial. Verdad que anduvieron un poco de la Cecca a la Meca, pero siempre la Cecca y la Meca ostentaban rótulo oficial en la portada: Universidad, Senado, Escuela Industrial de San Pedro. En este último local nació el “Club Literario” bajo la presidencia de don José Simeón Tejada, más político que literario, y luego de don Francisco García Calderón, más jurista que político y que literato. El gobierno del general Prado le cedió al Club un salón de la Biblioteca Nacional; García Calderón, un mobiliario lujoso. Don Manuel Pardo entregó sus dietas de senador en beneficio de la institución. No cabía duda: era un centro conservador, bien educado, germen de ateneo, élite, aristocracia. El señor Heredia, al recordar aquello, casi veinte años más tarde, todavía se llenaba la boca hablando de Manuel Pardo: “del genio privilegiado que le diera la Providencia”.

Los fundadores del Club Literario, reunidos bajo la égida de Tejada, ministro de Prado, había sido Félix Castro, Ricardo Palma, Modesto Molina, Ricardo Rossel, Eugenio Larrabure, Juan Norberto Eléspuru —militar dado a la literatura—, Acisclo Villarán y

otros. Al joven poeta Manuel González Prada lo incorporaron más tarde. En 1874 figuraba ya en la sección literaria, pero concurría poco al Club. El local estuvo, un tiempo, en un lugar céntrico, como cumple a una institución que se respeta y respeta a sus asociados: los altos en la esquina de Mercaderes y las Mantas. Entre los jóvenes figuraba Teobaldo Elías Corpancho. González Prada iba poco al Club, porque, por naturaleza retraído, aumentaba su retraimiento la circunstancia de vivir fuera de Lima, en el valle de Mala, dedicado a la agricultura, desde hacía años. Pero, en él se advertían ya gérmenes nuevos. Seguramente su frecuentamiento de autores alemanes e ingleses —traducía a Goethe, a Schiller— revestía de mesura y un matiz de sugerencia, a su poesía. Ya había publicado el soneto “Al amor” y el rondel “Aves de paso”. Reinaba cierto ambiente americanista. A pesar de la guerra del Paraguay, se pensaba en la posibilidad de una reanudación fraternal de relaciones. Uruguay no había querido rehenes, sanciones, en aquella guerra. El Perú se había permitido un gesto heroico. . . líricamente heroico y a la distancia. En “El Correo del Perú” reinaba gran actividad literaria. Un tanto desengañadas del españolismo, las gentes literarias desembocaban en la historia: Palma, Paz-Soldán, Mendiburu, Polo, Lavalle, el venezolano Camacho. El propio Casós incidía en la historia a través de sus “Romanes históricos”, novelas preñadas de alusiones y germen de polémicas. En el “Club Literario” se asentaban las bases para un Ateneo, que no fue del Perú, sino, significativamente, “de Li-

ma”. Antes había habido una “Revista de Lima” (1861). La “Revista Peruana” fue de exclusiva historia. Se publicaba en 1879. Todavía recordaban los románticos la figura prócer de Manuel Nicolás Corpancho —nuestro Byron— realizando su obra de “Poeta Cruzado”. A pesar de las protecciones del general Prado y de los señores Pardo, Tejeda y García Calderón, cuántos no hubieran preferido el destino luminoso y breve de Corpancho: joven Ministro en México, campaña al lado de Juárez, guerra contra los franceses, persecución por el general francés, embarque forzoso, naufragio casi imprevisto, muerte a los 33 años; y el verso romántico: “tierna y bella esposa” . . .

## II

### *El 79 ocurrió la guerra*

Dice Ruskin que “la guerra es la esencia de todo gran arte”, pero a condición de que dicha guerra sea “nacida de instintos disciplinados y santificados por la grandeza de sus fines”. Más preciso es Sorel cuando escribe que “el arte se muestra casi siempre en estrecha relación con las manifestaciones de la fuerza”. Trotsky glosa un pensamiento semejante en “Literatura y Revolución”. Marinetti —otro bando— creó el futurismo sobre la base de la violencia. ¿Creamos nosotros un arte peruano, sobre la violencia del 79; con la guerra nacida de instintos no disciplinados, pero sí “santificados por la grandeza de sus fines”? Por lo pronto, como productos típicos de la guerra, podríamos calificar los siguientes:

- a) —Carlylismo (culto al personaje nuestro, sin valuación).
- b) —acercamiento a las provincias y principios federalistas.
- c) —radicalismo religioso y político (equivalente del futurismo, violencia).
- ch) —acercamiento de la literatura a la política: antimilitarismo.
- d) —planteamiento del problema indígena en la literatura.
- e) —nacimiento de la emoción social.
- f) —romanticismo patriótico y cierto mesianismo.
- g) —nuevo concepto de lo americano.
- h) —reacción anticolonial (antiespañola) en lo lingüístico: la ciencia y el positivismo.

Por consiguiente amaneció una literatura diferente, ya que no muy nueva, en el Perú. La guerra no pasó tan inadvertida, como se cree, para nuestros escritores. Los debates del 88, y la aparición del "Círculo Literario" en el 85, son la vanguardia de la tendencia que habría de aportar elementos inéditos al pensamiento y la expresión nacionales.

### III

Por fuerza, toda guerra, aun trayendo el triunfo, crea un nuevo estado espiritual. Ya se ha observado que a la claridad lógica, y al escarceo psicológico de la literatura pre-guerra de 1914, sucedió la literatura atormentada, incoherente y llena de lo imprevisto de postguerra. Dadá germinó en las trincheras, aunque Tzara escribiese al principio desde Zurich, territorio neutral. Pero, apenas llegado a París, los

escritores franceses —muchos de ellos sobrevivientes de las trincheras— lo acogieron entusiastas.

Breton, Soupault y Aragón conocían la realidad de la guerra y encabezaron el movimiento dadá. Más tarde aparecerían "Les Enchainements" de Barbusse, y aunque algunos manuales digan otra cosa, éstos y no "El Fuego" constituyen la verdadera obra de guerra del escritor.

Lo evidente es que de las trincheras surgió, junto con una humanidad nueva, un nuevo estilo. Espectador tan desinteresado como Emile Bouvier no puede menos de reconocerlo en su reciente "Introduction a la litterature d'aujourd' hui" (París, 1928). En Inglaterra pasó algo semejante: la literatura de Joyce se encabritó en pos de la incoherencia y lo imprevisto. En la de Rusia amaneció la preocupación social, pero cinematográficamente plasmada en obra de estilo tan distinto a Gorky, como Gladkov y Fedin.

No había razón alguna para que el Perú, a raíz de su gran desastre, no experimentara la misma sensación de desconuelo. Y este desconuelo asumió formas diversas, pero reñidas con el pasado. La tradición fue el primer enemigo de los renovadores; su nuevo culto: el Pueblo y la Patria. Arremetieron contra lo viejo, abiertamente. El grito del Politeama en 1888. "Los viejos a la tumba, los jóvenes a la obra", que tantos ataques costó a González Prada, su autor, equivale al grito de los nuevos escritores salidos de las trincheras en 1918. Y esta actitud, violenta polémica de la literatura peruana postguerra, tuvo ribetes futuristas en su culto a la ciencia, en su pleitesía al

progreso, en su idolatría a la fuerza. El futurismo —maquinismo, violencia, ímpetu—, más que un movimiento literario, fue una actitud política. Andrés Breton declaraba en “Les pas perdus” que, si el cubismo era una escuela de pintura, el futurismo era un movimiento político. Nuestros prefuturistas del 885 tuvieron que adoptar dos actitudes: la social, una fue mesiánica en el porvenir y censura implacable para la tradicional; la literaria, un nuevo estilo. En realidad perduró el romanticismo, pero despenachado.

#### IV

La primera actitud significó reverencia incondicional al personaje. Se necesitaba de héroes, de tipos cumbres, de hombres representativos. Emerson y Carlyle trasladaron su cátedra al Perú. Era como una anunciación de Nietzsche, la religión del hombre superior. Cada jefe caído arrancaba una oda. Los periódicos de entonces se llenan de alabanzas, en prosa, en verso. El año 85, González Prada, en el elogio de Grau que publicó en un folleto circunstancial, decía: “El Perú de 1879 no era Prado, La Puerta ni Piérola: era Grau”. Y efectivamente, todos vivieron pendientes del héroe, y, muerto él, de su recuerdo y de las nuevas glorias que se alzaban como estímulo.

Habían sido derrotados, por consiguiente, los héroes extranjeros. Nadie se acordaba de Napoleón, de Luis el Santo, de Dantón, de Nelson, de Alejandro Magno, ni de Godofredo de Bouillon: los héroes eran peruanos. Había comenzado la política de nacionalización, aunque sólo fuera por los per-

sonajes que vestían uniforme y comandaban tropas.

A este ciclo pertenece, además, el cultivo de la anécdota histórica. En ellos los escritores continuaron fieles al método romántico peruano, de explotar lo microscópico. El ecuatoriano Nicolás Augusto González, miembro entusiasta del Círculo Literario y Ernesto Rivas, publicaron gruesos volúmenes de “Episodios Nacionales”, es decir relatos de la guerra. El poeta cautivo Modesto Molina encontró en sus versos acentos patéticos para cantar a la prisionera Tacna. Más tarde, Chocano todavía haría eco a aquel movimiento, dentro del cual nació a la literatura, con su “Epopéya del Morro”.

#### V

En los campos de batalla, en los reductos —nuestras trincheras— la juventud conoció, antes de morir, su gran error. Más allá de las portadas de Lima también habían hombres inteligentes y preocupados. El limeño, único que vivió para la literatura romántica, supo, repentinamente, que el resto del país también tenía cerebro: fue una gran ocasión para el mutuo conocimiento. En las largas noches de centinela cambiaron impresiones. Se convencieron de que la Colonia había perdurado a través del centralismo excesivo y absorbente de la capital. Y, como reacción, se inició un viaje de la imaginación a las provincias, y el fermento del federalismo.

De aquella actitud de reconocimiento a las provincias, surgirán las primeras alusiones de González Prada en sus discursos y artículos; la novela de la

señora Matto, sobre Cusco y los problemas serranos; los cuadros de costumbres de Abelardo Gamarra coleccionados en "Rasgos de Pluma"; el tono de "La Integridad" y "La Luz Eléctrica", periódicos del "Círculo Literario"; la inspiración selvática de Amézaga —anuncio de tanto pintoresco posterior—, y la enunciación perentoria en los Estatutos de la "Unión Nacional" partido político radical, constituido a base del "Círculo" y presidido por González Prada —en favor del Federalismo, considerando la fórmula unitaria sólo como un sistema provisional.

La guerra reveló el Perú a sí mismo. La "Unión Nacional" tuvo eco enorme en las provincias, entre tanto excombatiente. Un afiliado, Ramón Chaparro, sostuvo conferencias en favor de la federación en Cusco, hacia 1892. En Arequipa fue en donde más se lamentó —por Gómez de la Torre—, la separación de Prada de 1902. Piura defendió bravamente, con López Albuja y Pita, los principios de aquel partido, formado por literatos desengañados de las épocas anteriores. "La Gironda" de Ayacucho lo exaltó tenazmente. En Lima, en cambio, se le miró con ojeriza. El "Club Literario", de civilista tradición atraía más a los limeños. El "Círculo Literario", de origen guerrero, a los provincianos.

## VI

Al emprender una reevaluación, la generación del 79 afrontó resueltamente el problema del radicalismo.

Era necesario ser radical en política y también en religión. Vincularon ambos problemas, y para ello tejieron tácticos elogios a Vigil, representante del más puro pensamiento radical en el Perú. González Prada denunció la influencia clerical en sus obras todas, desde el 85, Radical fue todo el movimiento. Lino Urquieta, fundador de un Partido Liberal, Independiente, Francisco Mostajo, Gliserio Tassara, Alberto Secada, Víctor Maúrtua fueron radicales. El Partido Liberal, formado a raíz de la revolución del 95, enarboló un ideario reñido con la clerecía, al cual no fue siempre fiel. Para la generación aquélla, se vinculaban tradición, caudillos, partidos, clerecía, derrota, como sinónimos. La clerecía quemó en efígie en Piura a González Prada. A José Arnaldo Márquez, gran amigo de los radicales, se le quemó en efígie en Arequipa. Las "Páginas Libres" tuvieron su polemizante en el R. P. B. González con sus "Páginas razonables".

Piérola fue atacado duramente por los radicales a causa de su clericalismo. Basta leer la conferencia sobre Los Partidos y la Unión Nacional en 1898. El radicalismo equivalía a violencia. En 1894 el radicalismo contagiaba a espíritus alejados de la polémica doctrinaria. Un joven profesor civilista y conservador, como Javier Prado —verdad que teñido de cierto liberalismo romántico— se manifestaba también anticlerical en las páginas de su discurso académico en la Universidad de San Marcos, el año 1894, en que habló sobre el "Estado social del Perú durante la dominación española".

## VII

Para cumplir sus fines de pura campaña, sintieron la necesidad de supe-  
 ditar la literatura a la política. González Prada definió ese papel del es-  
 critor en su artículo "Propaganda y  
 Ataque" en que incitaba a la revolu-  
 ción anticacerista. La fundación de la  
 Unión Nacional, derivación política del  
 "Círculo Literario", fue una prueba  
 más de ese movimiento. Cuando ocu-  
 rrió la discusión periodística sobre el  
 discurso del politeama en setiembre de  
 1888 —dos meses después de la fiesta—  
 "La Luz Eléctrica", periódico de com-  
 bate del Círculo Literario, que atacaba  
 el contrato Grace, intervino con un solo  
 artículo, y al concluir dijo, en una no-  
 ta, terminantemente, que no volvería a  
 ocuparse del asunto, porque todas las  
 energías del "Círculo" estaban dedica-  
 das a combatir el contrato aquel.  
 Chocano, arrullado por el ideario de  
 la generación del 79, diría en 1893:  
 "Es el poeta un redentor que canta —y  
 así cuando la luz en él palpita— debe  
 decirle a Lázaro: Levanta; — y decirle  
 al Derecho: Resucita". Tales versos  
 aparecían en "Iras Santas"; y el vo-  
 lumen total tuvo años después prólogo  
 de González Prada. "Yo doblegarme  
 ante el mandón no puedo", añadiría  
 el mismo Chocano en el mismo libro.  
 Leguía y Martínez fue a la política,  
 abandonando momentáneamente los  
 versos, el 95. Carlos Germán Amé-  
 zaga sustentaba conferencias a los obreros.  
 De la Unión Nacional zarparon mu-  
 chos poetas empavesados hacia las pla-  
 yas diputariles. . . . Pero, todos coin-  
 cidieron en una actitud, engendrada  
 por la guerra: odio al militarismo. El

militar representaba para ellos, sino la  
 causa en sí, la responsabilidad en la  
 derrota. Insurgieron abiertamente con-  
 tra el militarismo. Desde 1888 hasta  
 1895 fue la actitud permanente. En  
 1914 González Prada y unos pocos, la  
 continuarían sosteniendo. No habían  
 olvidado la enseñanza de la guerra.

## VIII

La guerra puso ante los ojos de los  
 combatientes, al soldado indígena. Ad-  
 miraron su valor, su resistencia y su  
 ignorancia. Los "Episodios Nacionales"  
 de Rivas y González encierran un can-  
 to épico al valor del indio. Prada alu-  
 dió a él en "Propaganda y Ataque"  
 cuando hablaba de la esperanza que  
 estaba muriendo asesinada, en su pe-  
 cho. La Matto de Turner escribió, ins-  
 pirada por Prada, sus "Aves sin nido",  
 primera obra de reivindicación serra-  
 na. Luego, transacción con Palma, las  
 "Tradiciones Cusqueñas o extranje-  
 ras"; ahora, después de la guerra, se  
 avivaba la atención por lo nacional.

El mismo González Prada escribió  
 Baladas indígenas. En "El Perú Ilus-  
 trado" se publicaba, el año 1890, "El  
 Mitayo", contra el gamonal. El mismo  
 civilista y liberaloide doctor Prado es-  
 cribía en su citado discurso, un elo-  
 gio del indio y exclamaba, contradi-  
 ciendo a algunos historiadores: "es in-  
 sostenible la tesis de que el gobierno  
 español fomentó más el desarrollo de  
 la agricultura que el incaico". En  
 1904, González Prada escribiría pági-  
 nas perdurables sobre "Nuestros in-  
 dios". Aparecieron poemas, traduccio-  
 nes, estudios indigenistas. Todavía no  
 se plasmaba la cuestión agraria pero

palpitaba la injusticia del gamonalismo.

## IX

Este Pueblo es, pues, un candidato en ciernes. El sentido multitudinario tiene algo de espectacular: “el enorme concierto de mil liras – y el bronco aplauso de un millón de manos”, escribirá el mismo Chocano hacia 1894.

“La Integridad” es un periódico obrerista. Ahelardo Gamarra inicia un movimiento obrero. En 1904 los sobrevivientes del grupo serán todos, socialistas o anarquistas. Del Barzo, uno de los fundadores del obrerismo, anduvo al lado de González Prada. De la Unión Nacional, es decir del Círculo Literario, partió Luis Ulloa, fundador del primer Partido Socialista Peruano, en 1919. Lino Urquieta, Francisco Mostajo, se dieron a la causa del Pueblo. Secada más de una vez representó intereses colectivos con cierto romanticismo, ya entonces demodé. . . . .

## X

Para realizar esa obra había menester de cierto mesianismo. González Prada enarboló la trompeta huguesca. La generación postguerra buscó la tribuna, el diario, la proclama, la hoja volandera, el proscenio de un teatro. Su aparición oficial fue desde el escenario del Politeama. Los primeros tanteos en el Ateneo. Más tarde, en pugna con el militarismo, Chocano sentirá la nostalgia de Guernessey desde las Casasmatas del Callao. “Yo luchar en la sombra no quiero” – dirá en “Morir”, poema íntimo, cuyo lirismo se ve trai-

cionado por este rasgo proselitista y exhibitor. Germán Leguía creará en el destino místico de la generación aquella. Todos sintieron el contagio. La juventud les siguió. Su mesianismo se marca hasta por el vacío de los diarios serios, y la hostilidad de los gobiernos (no hay mesianismo desde el poder sino trae una gran revolución realista y positiva). Para hacerse más perfecta la ilusión, los de la generación del 95 –subconsecuente de la del 79– erigieron a Cáceres, su Napoleón el Pequeño. “Oh libertad, oh libertad bendita –Ella ha sido la luz de mis veinte años– Dios me la da y un hombre me la quita” dirá en otro poema el poeta representativo. En los versos de aquella época se encuentran acentos semejantes. La monotonía se juntó de extraño modo a la poesía. Fue la derivación de la prédica de la generación nacida en los “reductos”. En angustia tan grande, no cabía ironía: mesianismo sí.

Se advierte esto hasta en el tono acre de las censuras. Así sólo se niega a los apóstoles. Y los de la generación postguerra tuvieron el suyo.

## XI

La reacción operada en aquellos momentos dolorosos implicaba una ruptura con el pasado. Para ello se procedió, quizás sin propósito previo, en todos los sectores. González Prada atacó a la Academia y el arcaísmo con sus conferencias del Ateneo y el Olimpo (1886-88). Pero, un académico y humanista, como Juan de Arona, le antecedió desde un punto de vista filólogo no obstante que otros académi-

cos habían ya salido al encuentro del novador de 1888 —con la publicación de su “Diccionario de Peruanismos”. (1884). Tal publicación significaba la iniciación de un vocabulario nuestro, es decir —cada palabra representa una idea— la aparición de un ideario y sentimientos típicos. Años más tarde, otro académico —que había acogido de mala gana las arremetidas de González Prada contra la Academia— ampliaría el Diccionario de Peruanismos de Juan de Arona; me refiero a Ricardo Palma con sus Neologismos y Arcaísmos y sus “Papeles Lexicográficos”. Gamarra, por su parte, trabajaba en prosa criolla, pese a la interdicción académica. En la generación del 95, Loayza llevaría a la práctica el mismo empeño costumbrista en lenguaje local.

La palabra no habría bastado en esta tarea renovadora. Los radicales propugnaron la necesidad de observar la naturaleza de buscar metáforas en la Ciencia. González Prada habló de un estilo “natural, como movimiento respiratorio”, “claro como alcohol rectificado”. Aquello cundió. En adelante los escritores trataron de cumplir el consejo. Algunos exageraron con evidente mal gusto. La señora Matto, en su novela “Herencia” llevaba el consejo al extremo. En aquel libro, el deseo sacudía a una mujer con el poder “de una pila de Volta”; un beso era “la fuerza de Volta que deprimida en la nube busca la tierra”; la pasión tenía un “calórico hipnótico”; la ansiedad provocada “borbotones de oxígeno (que) le ahogaba el pecho”; y, por fin, en el hombre, “el vapor de la ilusión es producido por el calor del deseo físico”.

El culto a la realidad, produjo cierto medianismo. También condujo a la historia, pero poco, y, en general, una historia erudita, documentada, severa.

## XII

Seguramente, muchas veces en los reductos pensaron los combatientes en la posibilidad de una intervención americana. El Perú era el país que había enviado su palabra de aliento al Paraguay durante la contienda con los aliados. Cuando llegó el mensaje de Guzmán Blanco se esperó mucho más, El desengaño fue enorme. Ni el canto de un García Mcrou, ni el desinterés de un Sáenz Peña bastaban para desvanecer la dolorosa lección. Los combatientes del 79 no cultivaron ningún americanismo. Se aislaron. Antes cultivaron venganza y odio, violencia y rencor, como el futurismo. La generación siguiente volvió a creer en el americanismo, pero sólo literariamente, y a base de la naturaleza, no del hombre. Así apareció, en riña con el hombre egoísta ese falso americanismo, adjetivo, pintoresco, episódico, superficial, que se nutrió con descripciones de la selva y de los caudalosos ríos. Y naturalmente los preceptistas españoles encontraron que ese era el verdadero americanismo, no el otro que, desconfiado de Europa, había acariciado la ilusión de una unión más sólida, más duradera, sobre bases de alianzas políticas, de cesiones desinteresadas, de intereses coincidentes.

“Generación desventurada”, decía de ella, uno de sus combatientes, Germán Leguía; “generación más triste”,

González Prada. Le tocó deshacer la tradición, pero conservó el penacho romántico. Fue un romanticismo nuevo, pero siempre desmelenado y desorbitado. Enseñó la necesidad de acercar al escritor a la realidad. Y comprendió que en países recién nacidos, la literatura tiene un destino inexorable que no le permite vivir dentro de

los límites de lo puramente estético. El 79 reveló las grandes necesidades nacionales. El 95 fue la resultante de aquella prédica insistente. El modernismo, lleno de Darío y Rodó, nada más que una tregua, para reabrir el debate de postguerra, en las generaciones aparecidas después de 1919.